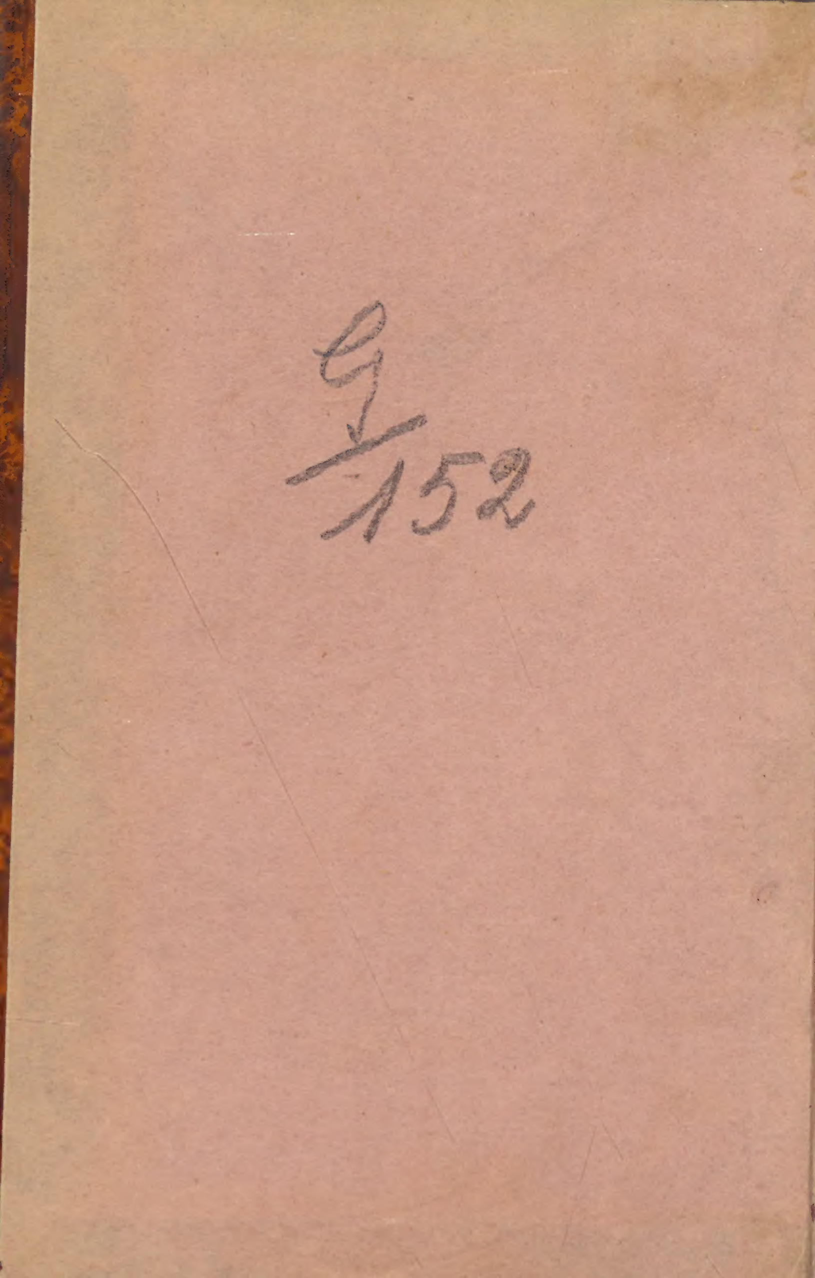



G
152

EL TRÉBOL DE CUATRO HOJAS.

SEVILLA.—Imp. y lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35 y sierpes 21.

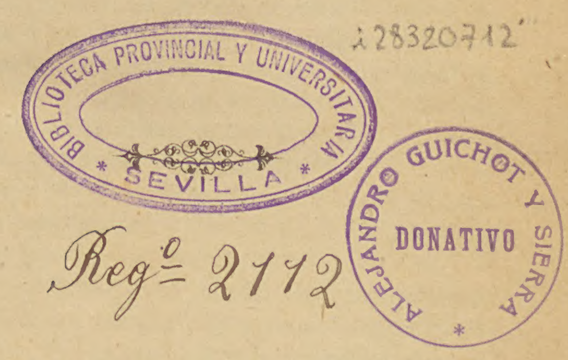
EL TRÉBOL

DE

CUATRO HOJAS

POR

EDUARDO LABOULAYE.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35.

F. PERIÉ.
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1870.

PREFACIO.

Los autores son como los padres: el hijo que mas quieren no es por lo mas hermoso ni el mas afortunado. Hé aquí un libro que vino modestamente al mundo de la publicidad sin meter el ruido que sus hermanos menores *París en América* y *El Príncipe-Perro:* y no obstante, es el que prefiero á todos. Lo concebí en dias mas felices, cuando la vida me sonreia aun. Le he llevado un año entero en mi cabeza, y en medio de mis ocupaciones, ha sido el único objeto de mi amor y de mis pensamientos. Para que nada faltase á la verdad de mi relacion, me he rodeado de libros árabes y persas, he leido dos veces el Korán, y he procurado vivir con la imaginacion en el desierto. Me parece que alguna vez lo he conseguido, y que en mi cuadro brilla á intérvalos un rayo del sol de Oriente. ¿Es esto ilusion mia? Lo ignoro: he tenido sin embargo, una satisfaccion: ha desagradado á viajeros que han vivido bajo la tienda, encontrando lectores hasta entre los mismos musulmanes.

Se me ha tachado de rehacer la moral del Korán haciendo á mi héroe cristiano y no moro, pero yo recuso esta crítica. No se encontrará en mi libro

un precepto que no esté sacado del Korán ó de la tradicion: no he prestado á mi Abdallah una idea ni un sentimiento que no encontrara antes en algun autor musulman. Se olvida por muchos que Mahoma se inspiró en la Biblia, y se olvida, sobre todo, que el hombre encuentra en su corazon la ley que dispone el bien y condena el mal. Sin duda pertenece al cristianismo la confirmacion mas hermosa de esta ley: pero es preciso recordar que el Evangelio perfecciona la naturaleza humana sin truncarla. Seamos mejores que los musulmanes porque es deber nuestro, pero no le disputemos su bondad ni su caridad.

Si se quiere saber lo que son los sentimientos mas comunes entre esos orientales que tan ligeramente juzgamos, léase la historia de *Aziz* y *Aziza*, que he añadido á este volúmen. Si solo hubiera tenido presente mi amor propio de autor, hubiera evitado las comparaciones: toda imitacion palidece junto á una obra original, pero he pensado principalmente en el público. Sin dejar de distraerle, he querido mostrarle una vez mas que todos los hombres se asemejan y que el género humano es una familia.

Sea la que quiera nuestra religion, se ama, se sufre, y es cada uno pérfido ó generoso, bueno ó malo. Cualesquiera que sea la Iglesia en que se haya nacido, la conciencia detesta el egoismo y admira el sacrificio. Separados por el pensamiento, todos estamos unidos por el corazon.

Si resulta esta leccion de mi libro, bien puede

decirse que equivale á un tratado de moral. En buen hora los delicados desdeñen las obras de imaginacion: por mi parte creo que ocupan el primer lugar en el arte y en la vida. En cuestion de sentimiento vivan las ficciones: son el camino mas corto de los que conducen á la verdad.

PRÓLOGO.

«En el nombre de Dios clemente y misericor-»dioso que nos ha dado la caña para escribir y que »cada dia enseña al hombre una cosa de las mu-»chas que no saben.» (1). Esta no es la leyenda de Abu-Zeyd, ni la vida de Ez-Zahir ni ninguna de esas maravillosas historias que los dias de fiesta declaman y cantan en los cafés del Cairo. Esta es la sencilla conseja que el camellero Ben-Ahmed nos refirió en el desierto en una tarde que acampamos reunidos junto á los pozos de la Bendicion. La noche avanzaba, las estrellas resplandecian en el cielo y todo parecia dormir; el aire, la tierra y los hombres. Solo Dios velaba contemplando la creacion. Fatigados del calor y del peso del dia, esta historia fué para nosotros como agua cristalina que trae consigo la vida y la frescura. ¡Ojalá refrigere igualmente á otros viajeros derramando sobre su espíritu la paz, el sueño y el olvido!

---

(1) Korán XCVI 3.

ABDALLAH
ó
EL TRÉBOL DE CUATRO HOJAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA ALEGRIA DE LA CASA.

No hace mucho tiempo que vivia en Djeddah la rica, ciudad situada á orillas del mar Rojo, un mercader egipcio llamado Hadji-Mansur. Este mercader, era al decir de las gentes, un antiguo esclavo del famoso Ali-Bey, el cual durante las guerras de Egipto habia servido alternativamente y algunas veces al mismo tiempo á los franceses y los turcos, á los mamelucos y á Mehemed-Aly.

Durante la lucha todos los partidos contaban con él para procurarse víveres, armas y camellos, y sin embargo, se quejaba siempre despues de la batalla de haber sido sacrificado por los vencedores. Verdad es que nadie se mostraba en estas ocasiones mas ardiente partidario del que triunfaba, ni nadie, obtenia á menos precio el despojo de los vencidos.

El complaciente Mansur habia àdquirido en es-

te honrado tráfico, grandes riquezas aunque á costa de algun otro disgusto. En una ocasion sus envidiosos le acusaron como á espía, mas tarde unos fanáticos le apalearon por traidor y por último se decia que estuvo á punto de ser ahorcado, lo cual se hubiera llevado á efecto á no intervenir un bajá caritativo que no tuvo dificultad en reconocer su inocencia, mediante la suma de un millon de piastras. Pero Mansur tenia el alma demasiado bien templada para intimidarse por estos pequeños tropiezos, y si al consolidarse la paz se habia retirado á Djeddah, era porque habia comprendido que durante aquella nueva época solo el comercio en sus naturales condiciones podia ser camino de la fortuna.

En este nuevo género de vida habia desplegado Mansur las mismas brillantes facultades obteniendo idénticas ventajas. Á dar crédito á las hablillas del vulgo, su casa estaba empedrada de oro y diamantes. Á pesar de todo, el egipcio no gozaba de grandes simpatías: sobre ser estranjero en Arabia, pasaba por uno de los acreedores mas duros: pero en Djeddah, como en muchas otras partes del mundo, nadie se atreve á despreciar públicamente á un hombre que mide el dinero por celemines; de modo que cuando Mansur aparecia en el bazar, todos salian á su encuentro disputándose el honor de tenerle el estribo y besarle la mano.

El mercader recibia estos homenajes con la modestia del que conoce los derechos del oro á ser respetado y temido: treinta años de avaricia y de astu-

cia habian puesto á sus pies á muchas personas honradas que sin sus riquezas le habrian despreciado.

Solo una cosa faltaba á este favorito de la suerte y nublaba el cielo de su dicha; no tenia hijos. Cuando pasaba por delante de la tienda de algun otro mercader pobre y veia en el fondo á un padre rodeado de sus hijos, esperanza y orgullo de la casa, suspiraba de envidia y sentimiento. Retirado al fondo de sus almacenes, olvidaba aquel dia su pipa, y en vez de repasar las cuentas del rosario ó de recitar algunos versículos del Koran, acariciaba lentamente su barba gris, lo cual era en él evidente signo de preocupacion. En lo íntimo de su conciencia pensaba con espanto en que la edad comenzaba á pesarle y que tras él no quedaria nadie para continuar los negocios de la casa. Su único heredero era el bajá, el cual podia cansarse de esperar su muerte y en este caso, ¿quién le impediria aplastar á un estranjero sin parientes ni verdaderos amigos para apoderarse de los tesoros adquiridos con tanta fatiga?

Estas ideas y estos temores envenenaban la vida del egipcio, así que podeis figuraros cuál seria su gozo al anunciarle una de sus mujeres, una abisinia, que pronto seria padre. Al recibir esta noticia estuvo en poco que el pobre hombre perdiese el juicio. Doblemente avaro desde que atesoraba para su hijo, solia encerrarse para contar y pesar por centésima vez su oro, desplegar las ricas telas que poseia y desenterrar y admirar estasiado sus monto-

nes de diamantes, perlas y rubíes. Mansur hablaba á aquellos objetos inanimados como si pudieran comprenderle y les anunciaba el advenimiento de un nuevo dueño que á su vez los amaria y los guardaria como él lo habia hecho hasta entonces. Si daba una vuelta por las calles de la ciudad, era preciso que todo el mundo le hablase de su hijo porque sin duda alguna debia ser hijo el que Dios deparara á su fiel servidor, y una de las cosas que mas le estrañaban era ver á todo el mundo ocupado en sus quehaceres ordinarios, cuando segun él los habitantes de Djeddah no debian tener mas que un solo pensamiento, una esclusiva preocupacion: la de que Dios, consecuente en su justicia, iba á bendecir la casa del hábil y afortunado Mansur.

El egipcio, vió cumplidos sus deseos, y para que nada faltase á su dicha, le nació un hijo en la hora mas favorable del mes de mejor augurio. Cuando trascurridos ocho dias le permitieron ver á aquel niño tan ansiosamente deseado, se aproximó tembloroso á la cuna tejida de palmas y guarnecida de algodon, en la que descansando sobre un pañuelo de seda bordado de oro reposaba el heredero de los Mansur.

Levantó suavemente el velo que lo cubria y vió un niño casi tan negro como su madre, pero robusto y que con sus manecitas atraia ya hácia si el algodon de la cuna. El mercader permaneció un momento absorto y mudo, mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Despues tomó al recien

nacido en brazos, y aproximándole los lábios al oido, esclamó:

—¡Dios es grande! ¡Yo afirmo que no hay mas Dios que Dios y que Mahoma es su profeta!

—Concluida esta oracion y sintiéndose mas tranquilo comenzó á contemplar á su hijo con la mayor ternura:

—¡Oh presente de Dios! esclamaba, tienes apenas ocho dias, pero al ver tu robustez y tu gracia diriase que eras un niño de un año. Tu cara brilla como la luna llena.

Luego volviéndose á la madre preguntó:

—¿Qué nombre le has puesto?

—Si Dios me hubiera castigado con una hija respondió la etiope, yo hubiera pensado cómo llamarle, pero habiendo tenido la gloria de dar á luz un hijo, á vos os pertenece ese honor. Guardaos, no obstante, de ponerle un nombre, demasiado pretencioso, pues podria atraer sobre sí el mal de ojo.

Mansur reflexionaba aun sobre estas palabras, cuando oyó un gran ruido en la calle. Un dervis persa arreaba un borriquillo cargado de provisiones, mientras una turba de chicos perseguia al hereje llenándole de injurias y acosándole á pedradas. Como quien no desea ni teme el martirio, el dervis apretaba el paso sin dejar por eso de insultar á sus enemigos.

—Maldito seas, Omar (1), esclamaba pegándole al asno, y malditos sean como tú todos los que te se parecen.

—Hé aquí, dijo Mansur, una nueva prueba de

que la suerte me favorece. Mi hijo se llamará Omar: este nombre no llamará la atencion á las que hacen mal de ojo y le preservará de todo maleficio.

En el momento en que volvia á colocar al recien nacido en su cuna, una beduina entró en la habitacion con otro niño próximamente de la misma edad en los brazos. Era una mujer alta y tenia la cara descubierta segun costumbre de las mujeres del desierto. Aunque pobremente vestida andaba con tal lentitud y dignidad que se la hubiera tomado por una sultana.

—Halima, le dijo Mansur, te doy gracias por haber venido. No he olvidado que Yussuf, tu esposo, murió defendiendo mi última caravana: hé aquí la ocasion de probarte que no soy un ingrato. Ya sabes lo que espero de tí. Si no puedo hacer de mi hijo un sherif, ni darle el turbante verde, está en mi mano educarle como á tal, bajo la tienda movible y en medio de los nobles Beni-amers. Adoptado por tu familia, y criado con tu hijo, aprenderá lenguaje mas puro y maneras mas elegantes que las mias, encontrando al mismo tiempo entre los tuyos amigos que le protegerán mas tarde. Por mi parte sabré mostrarme reconocido á tu adhesion. Que la amistad de nuestros hijos comience desde hoy: que desde hoy duerman en la misma cuna. Mañana te los llevarás para que crezcan juntos en la tríbu. Omar será hijo tuyo como Abdallah lo será mio: ¡Quiera Dios que á ambos les sonria la fortuna!

—Que Dios sea su refugio conrta el maldito Sa-

tanás, respondió la mujer inclinándose. ¡De Dios somos y á Dios hemos de volver!

Mansur la miró sonriéndose. El mercader era lo que se llamaba un hombre despreocupado, que no creia en Dios, aunque siempre estuviese su nombre en la boca. Habia vivido bastante y habia tratado demasiado á los hombres para creer que Dios se mezclaba en las cosas del mundo: en cambio creia á pié juntillas en el diablo y le tenia un miedo atroz. La única mala accion de su vida de que solia reprocharse á sí mismo, era haber arrojado siete piedras al gran diablo de Jamrat, cuando hizo la peregrinacion á la Meca. Verdad es que se encontraba satisfecho de haber ganado á tan poca costa el sonoro título de Hadji que le valia el respeto de sus clientes, y que siempre hablaba con aire de compuncion de la Kaaba, rubí del paraiso que nuestro padre Abraham colocó en el santo lugar de la Meca, pero en el fondo de su conciencia no estaba perfectamente tranquilo acerca de los resultados que podria tener su temeridad, y hubiera dado con gusto hasta el título de Hadji por que el demonio le perdonase làs pedradas.

—

CAPITULO II.

EL HORÓSCOPO.

Aquella misma noche, en el momento en que la luna se levantaba, y mientras los dos niños dormian tranquilamente el uno en brazos del otro, el prudente Mansur entró en la habitacion llevando en su compañía á un dervis harapiento y con la barba descuidada y sucia, en todo semejante al hereje que por la mañana perseguian los muchachos. Era uno de esos desvergonzados mendigos que buscan en los astros el secreto del destino de los otros, sin encontrar jamás el de su propia fortuna, y que generalmente escarnecidos, pero siempre ocupados por los mismos que los escarnecen, duraran tanto tiempo como dure la malicia de Satanás y la ambicion y la credulidad de los hombres.

---

(1) Aquí hay un juego de palabras intraducible: *homar*, en árabe, significa asno.

Halima abandonó muy contra su gusto á los niños, dejando á su lado aquel personaje sospechoso; pero Mansur lo habia mandado y fué preciso obedecer.

Apenas salió la beduina, el egipcio condujo al dervis junto á la cuna y le pidió que sacara el horóscopo de su hijo.

El astrólogo, despues de contemplar al niño con grande atencion, subió al mirador mas alto de la casa y observó largo tiempo los astros: en seguida cogió un carbon y trazó en el suelo un gran cuadro que subdividió en casillas, colocando en ellas los planetas. Hechas estas operaciones, dijo que el cielo no se mostraba desfavorable, pues si bien Marte y Vénus aparecian indiferentes, Mercurio en cambio se presentaba bajo el mejor aspecto. Esto era cuanto podia decir por los dos cequíes que Mansur le habia dado.

El mercader condujo nuevamente al adivino á la habitacion, y enseñándole un par de relucientes doblas de oro, le dijo:

—¿No habria medio de saber algo mas? ¿Han agotado ya los astros toda su ciencia?

—El arte es infinito, respondió el dervis arrojándose sobre las monedas; aun puedo decirte cual es el sino bajo cuya influencia está destinada á vivir esta criatura.

Diciendo esto, sacó del pecho unas tablillas cabalísticas y una pluma de bronce: escribió los nombres del niño y de la madre, y colocando cada letra en distinta línea, hizo en seguida el cálculo del

valor numérico de las letras, y esclamó por último mirando á Mansur con ojos brillantes:

—¡Oh! padre siete veces dichoso, tu hijo ha nacido bajo el signo de la balanza: si vive se puede esperar todo de su fortuna.

—¿Cómo si vive? le interrumpió Mansur, ¿qué lees en esas malditas tablas? ¿Le amenaza algun peligro?

—Sí, respondió el astrólogo, un peligro que no puedo definir. Su mejor amigo será su mayor enemigo.

—¡Cómo! ¿Qué iba yo á hacer? dijo el egipcio, ¿este hijo de beduino que he colocado en su cuna será un dia el matador de mi hijo? Si lo supiera ó lo imaginara lo estrangulaba en el instante.

—Guárdate muy bien de hacerlo, replicó el dervis; la existencia de tu hijo está unida á la de este niño, y matarías á los dos de un golpe. ¿Por donde se ha de colegir que ese beduino destinado á vivir bajo la tienda del desierto, será el mejor amigo del mas poderoso mercader de Djeddah? Y aun cuando esto no fuera, ¿conoces tú un refugio contra el destino? ¿Puede borrar nadie lo que ha trazado la pluma de los ángeles? Lo que está escrito está escrito.

—Sin duda, objetó el mercader, pero Dios (cuyo nombre sea alabado) ha dicho en el libro por excelencia: «No os arrojeis por vuestros propios piés á la perdicion.» (1)

—El dia de la muerte, replicó gravemente el

(1) Koran, II. 191.

dervis, es uno de los cinco misterios de los cuales se ha reservado Dios la llave (1). Acuérdate de la historia del hombre que estaba sentado junto á Salomon el dia que Azrael vino á visitar al rey. Asustado de las miradas que el extranjero le dirigia, el hombre le preguntó á Salomon quién era aquel terrible y desconocido personaje. Cuando supo que era el ángel de la muerte, dijo á Salomon: «Me parece que quiere apoderarse de mí. Ordena al viento que me lleve á la India,» y el viento lo llevó.

Azrael dijo entonces á Salomon:

—Miraba á ese hombre con estrañeza porque he recibido órden de arrebatar su alma en la India y lo encontraba en Palestina.

De la muerte para huir
No hay alas bastante leves;
Al grande como al pequeño,
Alcanza su brazo fuerte.
El mas sábio es el que vive
Como Dios dispone y quiere,
Y ni altivo ni medroso
Á contemplarla se atreve.

Esto dicho, el astrólogo se inclinó, despidiéndose de Mansur, que le retuvo por un estremo de su harapiento traje.

—¿Tienes que pedirme alguna otra cosa? dijo el dervis fijando sus pequeños ojos en el egipcio.

—Sí, replicó el mercader; pero no me atrevo á

(1) Koran, XXXI, 34.

hablar. Sin embargo, me pareces persona de confianza, y tratándose de mi hijo creo que escusarás mi debilidad. Un sábio como tú, que lee en los astros, debe haber ido aun mas lejos impulsado por el deseo de saber. Dicen que hay hombres que á fuerza de estudios han descubierto el gran nombre de Dios, ese nombre misterioso que solo ha sido revelado á los profetas y al Apóstol, que sea por siempre bendito ese nombre que basta á resucitar á los muertos y matar á los vivos, que obliga á las potencias infernales y al mismo Eblis á obedecer como un esclavo. ¡Conocerias tú por casualidad, á alguno de esos espíritus superiores que no desdeñase hacer un favor á un hombre que no tiene fama de desagradecido?

—Eres la misma prudencia, replicó en voz baja el astrólogo aproximándose á Mansur, y veo que que de tí puede fiarse cualquiera. No obstante, las palabras son aire, y las mas hermosas promesas como sueños que se desvanecen á la mañana.

Por toda respuesta Mansur colocó uno de sus dedos en la mano del adivino.

—Una bolsa, replicó el dervis con tono desdeñoso, eso vale un camello. ¿Quién seria tan insensato que á riesgo de su vida incomodaria á Satanás por tan poca cosa?

El egipcio alargó otro dedo y miró al adivino, que conservaba aun su aire de indiferencia: trascurrido un momento, durante el cual ninguno de los dos habló palabra, arrojó un profundo suspiro y estendió el tercer dedo.

—¡Tres bolsas! dijo el astrólogo, eso vale un esclavo, un infiel. El alma de un musulman se paga algo mas cara. Separémonos, Mansur, y olvidemos las indiscretas palabras que has pronunciado.

—No me abandones, esclamó el mercader colocando la mano abierta ante los ojos del dervis. Cinco bolsas componen una suma respetable y cuanto puedo ofrecerte. Si es preciso añadiré mi alma á la oferta: el comun peligro te responde de mi discrecion.

—Dame las cinco bolsas y el resto queda de mi cuenta. Confieso mi debilidad, desde que te ví, sentí un afecto extraordinario hácia tu persona; ojalá no me cueste cara la prueba que de él voy á darte.

Mansur llevó el dinero; el dervis lo sopesó en la mano y lo guardó en la faja que le rodeaba la cintura, despues tomando la lámpara dió tres vueltas alrededor de la cuna murmurando palabras ininteligibles, pasó la luz sobre la frente del niño, y se prosternó varias veces en los cuatro rincones de la sala, seguido siempre de Mansur, que temblaba de ansiedad y de miedo. Concluidas estas ceremonias, que parecieron interminables al mercader, el mágico colocó la lámpara sobre un asiento que se apoyaba en el muro, y sacando de entre los plieges de la faja una cajita, tomó con la punta de los dedos un poco de polvo negro que arrojó sobre la mecha inflamada. En el momento una nube de humo espeso que parecia salir del muro llenó toda la habitacion, y enmedio de aquella humareda, Mansur.

mas muerto que vivo, creyó entrever la figura infernal y los llameantes ojos de un Afrit ó génio infernal.

El dervis se agarró al brazo del mercader, y ambos cayeron sobre la alfombra con la frente contra el suelo y los ojos ocultos entre las manos.

—Habla, dijo el dervis con voz temblorosa; habla, pero sin levantar la cabeza, porque te costaria la vida. Puedes formular tres peticiones; Eblis está presente; y te complacerá.

—Quisiera, murmuró Mansur, que mi hijo fuese rico toda su vida.

—Sea, respondió una voz tenebrosa, que parecia resonar en el fondo de la sala, aunque Mansur habia visto la aparicion á su lado.

—Quisiera además, añadió el egipcio, que mi hijo gozase siempre perfecta salud: ¿porque sin la salud de qué sirve la fortuna?

Sea, respondió la misma voz.

En este punto reinó un instante de silencio. Mansur dudaba acerca de cual seria su tercer peticion.

—¿Le desearé talento? pensaba; no, es mi hijo y será listo como yo.

La profecía del dervis volvió de repente á su memoria.

—Amenazado por su mejor amigo, dijo para sí, solo le queda un medio de salvarse. No querer á nadie ni ocuparse mas que de su persona. Además, tomando á pechos las desgracias agenas se gasta el corazon y se siembran beneficios para cosechar in-

gratitudes. Quisiera, dijo por último, que mi hijo fuese un perfecto egoista.

—Sea, respondió la voz con acento doblemente atronador y medroso.

El último eco de la voz misteriosa causó tal pavor en el ánimo del egipcio, que permaneció postrado é inmóvil hasta que el adivino, tirándole de un estremo del trage, le ordenó que se levantara.

En aquel instante salió de la lámpara una gran llamarada que iluminó tan vivamente la habitacion que parecia que toda ella comenzaba á arder.

Mansur espantado de su atrevimiento se precipitó hácia la puerta para asegurarse de que vivia aun, y que nada habia cambiado á su alrededor.

Mientras el dervis se arreglaba el trage y volvia á ponerse las sandalias como hombre acostumbrado á aquellas escenas, una mujer entró en la habitacion y se dirigió presurosa á la cuna en que dormian los niños. Era Halima, que habia permanecido en la habitacion inmediata todo el tiempo que duró el encanto, y que se habia asustado doblemente al ver salir á Mansur con las facciones contraidas y los ojos estraviados. Su primer cuidado fué mojar uno de sus dedos y pasarlo por la frente de los niños, repitiendo una fórmula contra los maleficios. La serenidad del dervis y la benevolencia de su sonrisa, fueron calmándola poco á poco, y concluyó por arrepentirse de haber sospechado de aquel piadoso personaje que tenia todo el aspecto de un santo. Aproximándose á él con respeto le besó la orla de la túnica, y le dijo:

—Santo varon, mi hijo es huérfano, yo soy pobre, no puedo ofrecerte mas que gratitud; sin embargo.....

—Bien, bien, esclamó el astrólogo: sé antes que me lo digas lo que vas á pedirme. Quieres que tu hijo sea rico. ¿No es eso? Para conseguirlo no me necesitas absolutamente. Haz á tu hijo mercader y que robe como Mansur; hazlo *bachi-bozuk* y que despoje á sus hermanos, ó hazlo dervis y que adule y mienta. Todos los vicios conducen á la fortuna cuando se les reune el mas feo de todos ellos, la avaricia. Hé aquí el secreto de la vida. Adios.

—No es eso lo que quiero, esclamó la beduina, y haces mal en burlarte de mí. Mi hijo será honrado como lo fué su padre; lo que quiero es que sea feliz.

—Virtuoso y feliz, dijo el astrólogo sonriendo de una manera estraña, ¿y te diriges á mí para conseguirlo? Buena mujer, tú quieres nada menos que el trébol de cuatro hojas: que desde Adan acá aun no ha visto nadie. Sin embargo, haz que tu hijo lo busque, y cuando lo encuentre puedes estar segura de que no le faltará nada de lo que desee?

—¿Y qué es el trébol de cuatro hojas? Preguntó la madre con aire de inquietud.

Pero al querer interrogar de nuevo al mágico éste habia desaparecido. Hombre ó demonio nadie ha vuelto á saber de él. Halima, conmovida aun, se inclinó sobre la cuna y contempló largo rato á su hijo que parecia sonreirle entre sueños.

—Duerme en paz, le dijo, y cuenta con el amor de tu madre. Ignoro qué talisman es ese de que me ha hablado el dervis, pero no tengas cuidado, hijo de mi alma, le buscaremos juntos y una voz secreta me dice que lo encontrarás. Satanás es astuto y el hombre es débil, pero Dios guia el corazon de sus fieles y hace su voluntad á despecho del demonio.

CAPÍTULO III.

LA EDUCACION.

Mansur habia dado una nueva prueba de su habitual prudencia confiando á Omar al cuidado de la beduina. Desde el primer dia tuvo Halima toda la ternura de una madre para con su hijo adoptivo, mirándole como fruto de sus propias entrañas. Si se la ofrecia salir de la tienda, el niño mimado que llevaba siempre apoyado en la cadera ó sobre las espaldas era el *mercaderillo*, como llamaban á Omar entre los Beni-amers. Y sin embargo ¡qué diferencia entre los dos hermanos! Alto, esbelto, ágil y nervioso, Abdallah, con sus ojos claros y su tez dorada, hubiera sido el orgullo de todos los padres, en tanto que el hijo de Mansur, con su piel negruzca, su cuello corto y su abultado vientre, dejaba ver que era un egipcio trasplantado al desierto. Pero ¿qué importaba esto á la beduina? ¿No habia

criado los dos á sus pechos? ¿Quién sabe si como madre verdadera no sentia una secreta debilidad por el que consideraba con mas necesidad de cariño?

Al crecer mostró Abdallah bien pronto toda la nobleza de su raza. Viéndole junto al egipcio, se hubiera dicho que comprendia que él era el dueño de la tienda y que se mostraba orgulloso ejerciendo los deberes de la hospitalidad. Aun cuando solo tenía seis meses mas que Omar, se habia constituido en guardá y protector de su hermano, y su mayor placer era divertirlo y defenderlo. En todos los juegos y fiestas buscaba el sitio preferente para el mercaderillo, y si á propósito de esto sobrevenia una cuestion, siempre era él solo quien peleaba, hábil, fuerte y atrevido como un verdadero hijo del desierto.

Omar se escudaba gustoso con Abdallah, como si ya comenzara á comprender todo el partido que puede sacarse de una amistad que no calcula. Indolente como un habitante de la ciudad, rara vez salia de la tienda, y mientras el beduino corria entre los pies de las yeguas, luchaba con los potros y se encaramaba sobre los camellos sin que doblasen la rodilla, el egipcio, que miraba con el mas profundo desden todas aquellas travesuras ruidosas, pasaba la mayor parte del dia durmiendo, con las piernas cruzadas sobre una estera. Si se reunia alguna vez á los otros muchachos, era para jugar con ellos al mercader, porque el hijo de Mansur tenia gracia particular para cambiar un dátil por un limon, un

limon por una naranja y una naranja por un pedazo de coral ú otro dige cualquiera. A los diez años habia adivinado Omar que el mejor uso que puede hacerse de un rosario es servirse de él para contar. Por lo demás no podia decirse que era un ingrato, y queria al beduino á su manera, acogiéndole con mil caricias cuando volvia á la tienda cargado de plátanos, granadas, albaricoques ó algunos otros frutos, que le daban las mujeres de la vecindad, encantadas por su gracia y su viveza.

Omar conseguia siempre á fuerza de cariños, que su hermano le ofreciese aquello que mas deseaba; pero la verdad es que si satisfecho se encontraba el egipcio de haber conseguido su deseo, mediante á su habilidad, no lo quedaba menos Abdallah de haberse dejado despojar por aquel hermano á quien tanto queria. Cada cual nace con un sino que lleva al cuello como un collar inquebrantable. El zorro criado por una leona será siempre un zorro, y nunca se hará un beduino del hijo de un mercader.

Gracias á los cuidados de Halima, Abdallah sabia á los diez años todo lo que debia saber un Benyamer. El hijo de Yusuf recitaba la genealogía de su familia y de su tribu, conocia la ascendencia, el nombre, el sobrenombre, el pelo y la marca de todos los caballos: leia en las estrellas las horas de la noche y las del dia en la proyeccion de las sombras. Nadie obligaba mejor que él á los camellos á arrodillarse, ni les cantaba con mas dulce voz esas romanzas plañideras que les acortan el camino y les

hacen alargar el paso á pesar del calor y la fatiga. Manejaba el fusil y jugaba la lanza y el sable como si hubiera escoltado ya diez caravanas. Su madre le contemplaba con lágrimas de alegría, sintiéndose orgullosa por haber dado á luz un hijo que seria con el tiempo la gloria de su pueblo y el amor de su tribu.

Halima era una verdadera musulmana, y sabia que no hay sabiduría, fuerza ni consuelo mas que en Dios, de modo que aun no contaban los niños siete años cuando ya les habia enseñado a recitar las cinco plegarias y á hacer las abluciones. Por las mañanas, apenas una débil claridad iluminaba el Oriente, al medio dia, cuando el sol tocaba en lo mas alto del cielo, en la siesta, cuando se prolongaban las sombras, por la tarde, cuando el sol desaparecia tras los horizontes, por la noche, en fin, cuando se borraban los últimos reflejos del crepúsculo, Omar y Abdallah tendian en el suelo el tapiz de la plegaria, y vueltos hácia la Meca, repetian las santas palabras que contienen toda la religion: «No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta.» Cuando terminaba la oracion, Halima solia repetirles los preceptos de Aisha, preceptos que eran su norma.

—Hijos de mi alma, les decia, oid lo que Aisha, la esposa bien amada del profeta, la vírgen incomparable, la madre de los creyentes, respondió á un musulman que le pedia consejo. Retened en la memoria estas santas máximas, que son la herencia del mismo apóstol y la perla de la verdad: «Re-

conoced que no hay mas que un solo Dios; permaneced firmes en vuestras creencias religiosas; instruíos, contened vuestra lengua, reprimid vuestra cólera, guardaos de hacer mal, tratad con los buenos, disimulad los defectos del prógimo, consolad á los pobres con vuestras limosnas y esperad la eternidad por recompensa.»

Así se educaban los niños al abrigo de un amor maternal tan tierno y semejante, que nunca dudaron que fuesen de la misma sangre. Un dia, sin embargo, entró en la tienda un viejo con unas tablillas pintadas de blanco, sobre las cuales se veian unos caractéres primorosamente trazados con negro. Era el sheik ó maestro, el cual gozaba de gran renombre en la tribu, pues se decia de él que en otro tiempo habia estudiado en el Cairo y en la espléndida mezquita de El-Azhar, fuente de luz, que es alegría de los creyentes y desesperacion de los infieles. Era todo un verdadero sábio, hasta el punto que podia leer en el Korán y reproducir con una caña los noventa y nueve nombres de Dios y el *Fattah*. Con no poca sorpresa por parte del beduino, el viejo, despues de hablar con Halima en voz baja y recibir de manos de esta una bolsa, no fijó su atencion mas que en el hijo de Mansur, al cual acarició con ternura paternal, le hizo sentarse á su lado, y entregándole las tablillas, despues de haberle enseñado cómo se baulancean la cabeza y el cuerpo para ayudar á la memoria, le hizo repetir cantando el alfabeto. Omar encontró este egercicio tan de su gusto, que desde el primer dia aprendió

el valor numérico de las letras de modo que al dejarle el sheik le abrazó una vez mas, prometiéndole que si continuaba asi, llegaria un tiempo en que sabria mas que su maestro. Dicho lo cual salió sin mirar siquiera á Abdallah.

Al concluir esta leccion dada á su hermano, y de la cual él tambien hubiera querido aprovecharse, Abdallah se mostró contristado, por lo que á fin de evitarle sentimientos, su madre le envió á guardar el ganado desde el siguiente dia. En esta ocupacion no estaba solo, pues lo habian confiado á la solicitud de un pastor ya viejo, tuerto y cojo, pero hombre de buen juicio y su mas próximo pariente.

Hafiz, que tal era el nombre del pastor hermano de Halima, era un valiente soldado y un piadoso musulman que habia visto mucho y habia sufrido mucho. Compañero de Yusuf, padre de Abdallah y herido á su lado en el combate en que aquel perdió la vida, servia de único apoyo á una familia casi deshecha, y viéndose solo y sin hijos, tenia para su sobrino todo el amor de un padre.

El fué quien se opuso á que hicieran un sábio de Abdallah.

—¿Quieres tú saber más que el profeta? (á quien Dios dé su favor) decia al jóven beduino. ¿Qué piensas leer? ¿El Korán? ¿Y sus santas palabras deben grabarse en un vil harapo ó en tu corazon? Libros estranjeros no los necesitas. ¿No está todo el saber contenido en el Korán? ¿No se ha dicho aludiendo á los espiritus temerarios que buscan la verdad fue-

ra de él: «Los que buscan protectores fuera de Dios, se parecen á la araña que se construye una casa. ¿Hay una habitacion mas endeble que la de la araña? ¡Si lo supieran!» (1) Todas esas gentes cuyo talento está en los libros, son como asnos cargados de tesoros agenos que solo le sirven de molestia. El hombre no ha nacido para atesorar los pensamientos de los otros; ha nacido para hacer. Marcha, pues, por tu camino con el espíritu levantado y en él un santo temor de Dios. En la edad de la fuerza, Dios te dará la sabiduría como á los hijos de Jacob, porque así segun su palabra recompensa á los justos (2).

Estas frases inflamaban el corazon de Abdallah. Todos los dias durante las horas que el escesivo calor retenia á los hombres bajo la tienda, Hafiz recitaba al hijo de Yusuf algunos versículos del libro santo y se los hacia repetir de memoria. Así fué como poco á poco le enseñó el Korán entero, comenzando despues del Fattah por los breves capitulos *de los Hombres, del Alba del Dia* y *de la Unidad de Dios*, hasta concluir por las hermosas máximas contenidas en los capítulos *de las Mujeres, de la Familia de Amram* y *de la Vaca*. El niño se asemejaba oyéndole á la arena del desierto que bebe todas las gotas de la lluvia sin perder una sola. Por su parte, no se cansaba jamás de cantar aquella prosa cadenciosa, tan superior á la poesía como la palabra de

(1) Korán XXIX, 40.
(2) Korán XII, 22.

Dios, es superior al lenguaje de los hombres. Dia y noche repetia aquellos preceptos, donde la sabiduría y la elocuencia se siguen y se tocan como las perlas de un collar, de modo que cuando un buen musulman queria dar una fiesta á sus compañeros ú honrar la sepultura de un amigo, siempre llamaba al cojo y á su discípulo para que recitaran el Korán entero ó alguna de sus treinta lecciones.

Sentados en el suelo, formando círculo al rededor del maestro y de Abdallah, los Beny-Amers se embriagaban con la palabra divina, esclamando: «¡Dios es grande! Gabriel no estaba mas hermoso que este jóven, cuando depositó en el corazon del profeta la eterna revelacion.»

Hafiz no enseñaba á su sobrino el testo del Korán solamente, sino le repetia á menudo las palabras del apóstol que sus amigos nos han conservado, enseñándole igualmente los cuatro principales deberes que Dios impone á todos los que se quieren salvar; las cinco oraciones diarias, la limosna del cuadragésimo; el ayuno del Ramadam y la peregrinacion á la Meca. Asimismo le enseñaba á aborrecer los siete grandes pecados, de los cuales cada uno engendra otros setecientos que matan las almas; la idolatría, crímen que segun su palabra formal no perdona nunca Dios; el homicidio, la falsa acusacion de adulterio dirigida contra una mujer honrada, el perjuicio hecho á los huérfanos, la usura, la fuga en una espedicion contra infieles y la desobediencia á los padres.

—Oh hijo mio! le decia al acabar cada una de

sus lecciones; tú que por permision divina te cuentas en el número de los que han recibido las Santas Escrituras, repite diariamente esta promesa, que constituye toda nuestra energía y nuestra esperanza en el mundo: «El que obedezca á Dios y al apóstol irá con aquellos para quienes Dios ha sido misericordioso, con los profetas, con los hombres sinceros, con los mártires y con los justos. ¡Qué compañía tan escelente! Tal es la bondad de Dios, y Dios no ignora nada (1).

Tambien para no fatigar á su discípulo, solia Hafiz mezclar en su enseñanza la historia de algunos de aquellos innumerables profetas á quienes Dios entregó la verdad en depósito, esperando la venida de Mahoma. Ya le hablaba de Adan, nuestro primer padre, á quien Dios en su bondad infinita enseñó el nombre de todos los séres. Los ángeles, criaturas sacadas del fuego, adoraron por órden del Señor al hombre sacado del limo de la tierra: solo uno se resintió, el ingrato Eblis, y su orgullo fué la causa de su perdicion. Desgraciadamente Adan y Eva fueron tentados por el enemigo y probaron la fruta prohibida, arrojándoles Dios del Paraiso para castigarles.

Adan fué arrojado á la isla de Serendib, donde se encuentra aun la huella de su pie; Eva cayó en Djeddad, donde vivió doscientos años sola hasta que el Señor se apiadó de los esposos é hizo que Gabriel les reuniese sobre el monte Ararat, cerca

(1) Korán IV, 71, 72.

de aquel lugar de portentos en que Abraham é Ismael debian fundar mas tarde la Santa Kaaba.

Otras veces le refería el Cojo, como hizo ver Dios á Abraham el reino de los cielos y de la tierra á fin de que supiese la verdad de la ciencia que no engaña.

Educado en el culto de sus padres, el hijo de Azar adoraba los astros. Una noche, cuando le rodearon las sombras, vió una estrella y dijo: «Ese es mi señor.» Desapareció la estrella y añadió entonces: «No quiero por señor lo que desaparece.» La luna se levantaba y Abraham esclamó: «Ese es mi señor.» Pero cuando se escondió la luna, dijo: «Si por mi señor me hubiera guiado, ahora estaria perdido.» Y vió al sol alzarse y esclamó de nuevo: «Este sí que será mi señor, que es mas grande y mas hermoso.» Mas luego que el sol se puso, esclamó: «¡Oh pueblo mio! ¡yo soy inocente del culto de idolatría que profesais!» (1). El hijo de Azar habia comprendido que los astros sembrados por el cielo revelan una mano suprema como las huellas impresas en la arena atestiguan el paso de un caminante.

Cumpliendo como buen musulman, apenas Abraham conoció su error, hizo pedazos todos los ídolos de su pueblo, escepto Baal, al cual suspendió del cuello el hacha destructora. Cuando los caldeos le preguntaron furiosos quién habia puesto á sus dioses en aquel estado, Abraham les respondió: «Baal ha sido; preguntádselo y os responderá »—

---

(1) **Korán VI, 74, 78.**

Un ídolo no habla, esclamaban los caldeos, y se llamaban *impíos* los unos á los otros. Pero ¿quién puede hacer la luz en la inteligencia de los que tienen ojos y no ven? La misma verdad es un resplandor que los ciega. Nenrod, rey de los caldeos, hizo que arrojasen á Abraham en una hoguera. ¡Crueldad inútil! El Eterno es quien da la vida y la muerte. Á una señal suya, el fuego se revolvió, consumiendo á los infieles, trasformándose la hoguera para Abraham en un prado verde y fresco, y las llamas en ramaje que le prestaba sombra y frescura. De esta manera el Señor sublima al justo y abate al orgulloso.

¿Quién podria referir todas las santas historias que el Korán y la tradicion nos han guardado? Son mas innumerables y mas hermosas que las estrellas del cielo de una noche de verano. Hafiz las contaba tal y como las habia oido á sus padres: Abdallah las repetia con el mismo entusiasmo y la misma fé. Tan pronto era de David, el rey herrero, á quien Dios enseñó el arte de fabricar las cotas de malla, para proteger á los verdaderos creyentes, como se trataba de Salomon, á quien el Señor sometió los vientos, los génios y los pájaros. Figúrate, le decia, á Balisis, la reina de Saba, sentada sobre un trono de plata, oro y pedrerías, cuando recibe la carta de Salomon que le trae un pájaro y besa el sello misterioso que aterra á Satanás, y se hace musulmana por consejo del mas sábio de los reyes, ó á los compañeros de la caverna, que esperan el reinado de la verdad durmiendo durante

trescientos nueve años con su fiel perro El-Kakim acostado á sus piés, ó la camella sagrada, pariendo una rosa cuando Saleh quiso confundir la incredulidad de los talmudistas. ¿En qué tiempos se ha cansado el señor de obrar prodigios para socorrer á sus fieles?

De todas estas historias maravillosas, que siempre se escuchan con placer, habia una que Halima pedia á menudo á su hijo que le recitase, y era la de Job, aquel hombre escelente que en medio de sus trabajos siempre volvia el rostro á Dios. En vano su mujer cansada de sufrir, consentia en adorar al demonio por volver á su pasada opulencia; Job rehusaba el socorro de aquella mano maldita, y si levantaba del estercolero su cuerpo roido de gusanos, era para dirigir al Señor esta conmovedora plegaria, que arrancó á Dios el perdon del desgraciado: «En verdad que los trabajos me consumen; ¡pero tú eres el mas misericordioso de todos los que tienen misericordia!» (1) Hermosas palabras que solo puede pronunciar un verdadero creyente.

Hafiz era piadoso, pero al mismo tiempo era un beduino lleno del orgullo de su raza, un soldado que gustaba del olor de la pólvora y del estruendo del combate.

—Piensa, hijo mio, solia decir á Abdallah, en los privilegios que nos ha conquistado el profeta: privilegios que debemos defender hasta morir. Pa-

---

(1) Korán XXI, 83.

ra facilitarnos la vida, nos ha dado Dios los jardines, las fuentes de aguas puras, numerosos rebaños, el durah (1) y la palmera: para gloria nuestra nos ha dado noble sangre, un país que jamás fué conquistado y una libertad que no puede manchar ningun dueño. Somos los reyes del desierto; nuestros turbantes son nuestras diademas; tiendas nuestros palacios, las espadas nuestros baluartes, la palabra de Dios nuestra ley. Tu padre murió peleando: fué un mártir. Entre tus abuelos, para cada uno que por casualidad ha muerto bajo la tienda, tres han caido en el desierto, con la lanza en la mano. Ellos te enseñan la senda que debes seguir, pues comprendieron el testo divino: «Los que sacrifican la vida de la tierra á la vida futura, combaten en el camino del Señor. El bien de la vida presente, es corto: la vida futura es el verdadero bien para los que temen á Dios (2).»

¿Habeis visto al caballo de guerra cuando oye el clamor de los clarines escarbar con el casco la arena y relinchar dilatando la nariz y olfateando el aire? Pues tal parecia Abdallah cuando Hafiz le hablaba de los combates: palpitaba su corazon, brillaban sus ojos, la sangre encendia sus mejillas y exclamaba ardiendo en entusiasmo: «¡Dios mio! ¡haz que pronto llegue mi vez para que pueda

---

(1) Cereal que consumen los árabes como el maiz y el arroz.

(2) Korán IV, 76, 79.

aplastar á los infieles y hacerme digno del pueblo en que he nacido!»

¡Cuán hermoso era aquel hijo del desierto! Era preciso verle con su larga túnica azul sujeta á la cintura con una trenza de cuero que le daba diez veces la vuelta al cuerpo. Sus espesos cabellos oscuros le caian sobre la frente y se derramaban en bucles por la espalda. Bajo su capucha, sujeto por una negra rosa de resino, resplandecian sus ojos con un brillo mas suave que el de esos azulados planetas que tiemblan en el fondo del cielo. Llevando en su mano la lanza, rodeada de un hilo plateado y brillante como una espada, andaba lentamente con la gracia de un niño y la gravedad de un hombre, sin hablar mas que cuando era necesario, sin reir nunca.

Cuando volvia del campo trayendo los corderillos en el pliegue de su vestidura, mientras las ovejas le seguian balando y refregando la cabeza contra su mano, los pastores compañeros suyos se detenian para verle pasar, y en aquel instante, se parecia á José adorado por las once estrellas.

Por la tarde, cuando iba á los pozos, y con fuerza superior á su edad, levantaba la pesada piedra para que bebiese su rebaño, las mujeres se olvidaban de llenar sus cántaros y esclamaban: «Es hermoso como su padre;» y los hombres añadian: «Y como él será valiente.

CAPÍTULO IV.

—

EL RECONOCIMIENTO.

Ya habian pasado quince años desde el dia en que Halima llevó á su tienda al heredero del rico Mansur, pero Omar no conocia aun el secreto de su nacimiento. Algunas burlas amargas de sus compañeros le habian hecho comprender que no pertenecia á la raza de los Beni-Amer, y que la sangre que circulaba por sus venas no era tan pura como la de Abdallah. No obstante, aun cuando le llamaban Omar el mercadercillo, nadie en la tribu sabia su orígen, y él mismo se juzgaba un huérfano recogido por la bondad de Halima, y destinado á vivir en el desierto. Una tarde que los dos hermanos volvian del campo, se sorprendieron al ver á la puerta de la tienda dos camellos ricamente adornados, á los que acompañaba una mula cubierta con un hermoso tapiz, tenida del diestro

por un negro vestido con túnica blanca.

—¿De dónde viene esta múla? preguntó Omar: ¿á quién pertenece?

—Esta mula pertenece á tu padre, respondió el esclavo, que por su semejanza reconoció al hijo de Mansur. Venimos de Djeddah en tu busca.

—¿Y quién es mi padre? preguntó Omar conmovido.

—Tu padre, respondió el negro, es el rico Mansur, síndico de los mercaderes de Djeddah, y sultan de los hijos de Egipto. No entra en la rada ni sale por las tres puertas de la ciudad un fardo, grande ó chico, sin que se le ofrezcan antes que á nadie, y del cual no pueda disponer á su antojo. Tu padre tiene esclavos al frente de sus establecimientos en Yambo, en Suez, en Karthum y en el Cairo. Su fortuna es tan grande que sus servidores no le consultan para negocios que importen menos de cien mil piastras.

—¡Oh padre mio! ¿Dónde estais? esclamó el jóven entrando precipitadamente en el interior de la tienda. ¡Gracias sean dadas á Dios que me ha deparado un padre tan digno de mi ternura! Y esto diciendo, se arrojó en brazos de Mansur, con tan vehementes demostraciones de afecto, que el viejo mercader se sintió lleno de gozo y Halima no pudo reprimir un involuntario suspiro.

Al dia siguiente, se pusieron de mañana en camino para Djeddah, con gran sentimiento de la beduina, que no podia separarse de aquel niño á quien solo ella habia amado hasta entonces.

—Adios, hijo mas querido que un hijo, le decia cubriéndole de lágrimas y besos.

Omar se mostró mas firme y abandonó á su madre con la satisfaccion de un cautivo que encuentra á la vez libertad y fortuna.

Abdallah acompañó hasta la ciudad á su hermano. Mansur habia mostrado empeño en ello. Para Mansur hacer ver al beduino que la consideracion en que se tiene en las ciudades á los ricos, coloca á un mercader muy por cima de los pastores del desierto, y que por lo tanto él y su madre debian considerarse dichosos por haber amado y servido á Omar, era una manera especial de pagarles la deuda de gratitud que con ellos habia contraido. El poderoso no conoce su locura y su vanidad sino del lado allá del sepulcro.

Cuando llegaron á Djeddah, el jóven egipcio no pudo contener sus trasportes de gozo. Sentia algo semejante á lo que sentiria un desterrado vuelto á la madre pátria. Todo le parecia inmejorable, las calles angostas con sus grandes casas de piedra, el puerto donde descargaban barricas de azúcar, sacos de café y fardos de algodon y la abigarrada multitud que se dirigia en grupos hácia el bazar. Turcos, sirios, griegos, árabes, persas, indios, negros de todas castas; judíos, peregrinos, dervises, mendigos, ricos mercaderes montados sobre mulas enjaezadas, conductores de asnos llevando mujeres envueltas en mantos negros, y semejantes á fantasmas que solo dejaban ver los ojos; conductores de camellos dando voces por entre la apiñada mul-

titud para abrirse camino: arnautes de continente audaz y amenazador, orgullosos con sus armas damasquinas, y fumadores pacíficos sentados con las piernas cruzadas á la puerta de los cafés, esclavos conducidos al mercado, todas estas gentes confundidas y revueltas formaban un conjunto mas hermoso para Omar que el paraiso de sus sueños. En un lugar semejante ¡cuánto se podia comprar y vender! Durante el camino habia ya preguntado á su padre el precio de todas las cosas y no ignoraba á cuanto podia montar el pago de la integridad del cadí, dos escrúpulos de los sheyks y la virtud del bajá.

La casa de Mansur se encontraba en el fondo de una calleja angosta y sombría. Era un edificio de modesta apariencia; desde la calle no se veia mas que un patio oscuro, al que servian de ornato algunas esteras de juncos suspendidas de las paredes encaladas; pero en el primer piso cuidadosamente cerrado, y al que solo daban luz ventanas cubiertas por celosías que defendian el interior de los rayos solares y de las miradas de los curiosos, se veian ya espaciosas habitaciones adornadas con tapices turcos y rodeadas de divanes de terciopelo bordados de plata. Apenas tomaron asiento los viajeros, vieron colocar en medio de la sala un velador primorosamente esculpido, cargado de platos llenos de frutos y bebidas heladas. Mientras un esclavo vertia un frasco de agua de rosas sobre las ennegrecidas manos de Abdallah, otro quemaba incienso delante del viejo Mansur, el cual atraia há-

cia su barba y vestidos, haciendo aire con la mano, aquellas nubes de humo perfumado y azul. Despues sirvieron café en pequeñas copas de porcelana chinesca, colocadas en tazas de filigrana de oro: tras el café les ofrecieron esquisitos sorbetes preparados con jugo de violetas y sumo de granadas esprimido al través de la cáscara. Por último, tres negrillos vestidos de rojo y cubiertos de brazaletes y collares, encendieron pipas de jazmin de largos tubos á los convidados, que abandonaron la mesa para sentarse en el suelo, absortos y en el mas profundo silencio.

Largo tiempo fumaron sin hablar. Mansur gozaba con el placer que dejaba adivinar el semblante de su hijo y la admiracion que suponía en Abdallah. La espresion del rostro de este último no habia cambiado, y en medio de aquel lujo nuevo para él, permanecía tan grave y tranquilo como lo estaba de ordinario en medio de sus ovejas. ¡Qué valen las galas del mundo para el que aguarda las recompensas magníficas que Dios tiene preparadas á sus creyentes?

—Y bien, hijo mio, dijo al cabo el viejo Mansur, dirigiéndose á Abdallad, ¿te encuentras satisfecho de tu viaje?

—Padre, respondió el jóven, te doy gracias por tu hospitalidad. Tu corazon es mas rico que tu tesoro.

—¡Bien, bien! replicó el mercader: pero lo que te pregunto es: ¿qué opinion has formado de Djeddah, y si te agradaria quedarte con nosotros?

—No. Esta ciudad parece infestada. El aire se me hace apestado y el agua corrompida. Me daña ver esos dervises holgazanes que tienen á gala mostrar al público su avidez y su impudencia; esos soldados orgullosos, cuya insolencia no se puede castigar con una cuchillada; esos esclavos que nos rodean impidiéndonos el uso de nuestras manos, y espiando las pasiones de sus dueños para fomentarlas. Viva el desierto. A mí me gustan mas nuestros terribles huracanes, que el viento pesado y caliente de esta prision. Bajo la tienda solo se encuentran hombres, y con la lanza empuñada cada cual se hace allí justicia por su mano. En la tribu se arroja al perro que mendiga por cobardía, y se humilla al orgulloso que no sabe respetar á los que valen mas que él.

—Hablas como un libro, dijo Mansur acariciándose la barba; un wabita no se mostraria mas rígido. Yo pensaba como tú cuando era niño, y recitaba aun las lecciones de mi ama de cria. Quédate con nosotros algun tiempo. Hazte mercader, y cuando veas de qué modo presta la fortuna al último de los hombres autoridad, juventud y virtudes; cuando veas cómo los poderosos de la tierra, las mugeres y hasta los santos se arrodillan delante de ese metal que desprecias, cambiarás de opinion y te agradará la atmósfera infecta de las ciudades. Vivir libre en el espacio, como la alondra, es por cierto muy hermoso, pero tarde ó temprano se cae como ella en la red. El oro es el rey del mundo y llega un dia en que el mas sábio y el mas valiente

acaban por convertirse en servidores del rico.

—Sé, replicó dignamente Abdallah, que nada es bastante á aplacar la ambicion del hombre, y que solo el polvo de la tumba es capaz de llenarle el vientre: pero al menos en el desierto, una onza de honor vale mas que un quintal de oro. Con la ayuda de Dios viviré como vivieron mis padres. Quién nada desea, siempre será libre.

—¡Adios, pues, Mansur: adios, hermano mio! Nuestros caminos se separan hoy, ¡ojalá la senda que has tomado te conduzca al término que debe desear todo buen creyente!

—¡Adios, mi querido Abdallah! esclamó el jóven egipcio, cada uno de nosotros sigue su suerte. Lo que está escrito, está escrito. Tú has nacido para vivir bajo la tienda; yo para ser mercader. ¡Adios! no olvidaré nunca nuestra amistad de la infancia, y puedes estar seguro de que si algun dia me hacen falta un brazo vigoroso y un corazon esforzado, me acordaré de tí.

—Gracias, hermano mio; esclamó el beduino, y echando sus brazos al cuello de Omar, le besó tiernamente, sin contener ni ocultar sus lágrimas.

Omar recibió impasible estas pruebas de cariño, y cuando Abdallah con la cabeza baja y el aspecto triste salió de la habitacion, no sin volver los ojos por dos ó tres veces, esclamó el egipcio dirigiéndose á su padre.

—¿En qué estabas pensando al dejarme tanto tiempo con ese beduino? ¿No comprendes que si te hubieses muerto y yo me hubiera presentado para

recojer tu herencia, los ancianos de la ciudad hubieran dicho: «Nosotros no sabemos que el mercader Mansur tenga hijo ni hija, y entónces quién sino el bajá se hubiera hecho dueño de tus tesoros? Llévame, llévame cuanto antes al bazar, preséntame á todos los mercaderes amigos tuyos, asóciame á tu fortuna abriéndome un almacen. Siento un ánsia infinita de remover oro: ya he calculado bastante al abrigo de la tienda, y sé como se deben manejar los hombres para ganar mucho arriesgando poco. Pierde cuidado, no tendrás que avergonzarte de tu hijo.

Al oir estas palabras Mansur, levantando al cielo sus manos temblorosas, esclamó lleno de la emocion mas profunda:

—¡Oh, hijo mio: la sabiduría habla con tu lengua! Hoy es ya tarde para salir, y además no tienes el traje que te conviene. Mañana iremos al bazar, y todo Djeddah tendrá mañana noticia de mi felicidad y mi gloria.

Durante la noche soñó Omar con oro y plata, y Mansur vió llegar el dia agitándose en el lecho sin poder cerrar los ojos: se veia renacer en un hijo mas hábil, mas astuto, mas duro de corazon y mas avaro que él.

—¡Ah, esclamaba en medio de sus trasportes de alegría, soy el mas dichoso de los padres! El dervis no me engañó: si mi hijo escapa del peligro que le amenaza ¿quién sabe hasta dónde llegará nuestra fortuna?

Insensato! Olvidaba que el oro es una bendi-

cion para quien lo dá y un veneno para quien lo guarda. El que aloja la avaricia en su corazon, aloja con ella al enemigo de los hombres, y ¡desdichado del que escoge á Satanás por compañero!

CAPÍTULO V.

EL NUEVO SALOMON.

Apenas amaneció el dia siguiente, Mansur condujo su hijo al baño y le hizo vestir segun convenia á su nueva situacion. El sastre mas famoso de Djeddah le llevó una túnica de seda rayada de colores vivos que se sujetaba á la cintura con una faja de cachemir, un ámplio caftan ó sobretodo de paño finísimo y un gorro bordado, alrededor del cual se liaba un turbante de muselina blanca. Con este trage las facciones del egipcio parecian mas duras y su tez mas negra; pero el sastre fué de otra opinion, no cesando de alabarle mientras le ayudaba á vestir y compadeciendo á las mujeres de la ciudad que vieran indiferentes aquella cara mas hermosa que la luna en su plenitud.

Cuando ya no quedó ni rastro del beduino de la víspera, sirvieron el almuerzo y llevaron sorbetes:

acto contínuo y despues de algunas recomendaciones de Mansur, Omar montado en una magnífica mula y arreglando el paso de esta para caminar modestamente en pos de su padre, tomó el camino del bazar.

El egipcio llevó á su hijo á un almacen estrecho como todos los del mercado, pero lleno de objetos á cual mas ricos y preciosos. Chales de la India, satenes y brocados de China, tapices de Basora, yataganes con vaina de plata cincelada, pipas guarnecidas de ámbar y ornadas de rubíes, rosarios de coral negro, collares de monedas de oro y perlas: todo lo que seduce á las mujeres y arruina á los hombres, se encontraba en aquel almacen de perdicion. Delante del despacho habia un vestíbulo de piedra. Mansur se sentó en un cojin con las piernas cruzadas y encendió su pipa. Omar sacó su rosario y sin levantar los ojos del suelo se puso á rezar sus oraciones. El jóven tenia toda la sabiduria y la prudendia de un viejo.

Cuando los mercaderes apercibieron al síndico se levantaron y vinieron en su busca para recitarle el *fattah* y darle los buenos dias. Todos miraban con sorpresa al recien venido, preguntándose unos á otros en voz baja quien podria ser aquel estranjero. ¿Seria tal vez un pariente de Omar ó algun esclavo jóven que de propósito habian vestido ricamente para realizar sus prendas personales y aumentar su precio?

Mansur llamó al sheyk y en voz alta le dijo señalando á Omar:

—Hé aquí á mi hijo, mi asociado, y mi sucesor.

—¡Tu hijo! esclamó el sheyk. ¿Quién ha oido decir nunca que el viejo Mansur tenia un heredero?

—He querido engañar al mal de ojo y esta es la razon por la que lo he hecho educar lejos de mí y en secreto. No pensaba habérosle presentado hasta que peinara barbas, pero veo que voy envejeciendo. La impaciencia ha podido mas que mi determinacion, y hoy, con vuestro permiso, pienso establecerle en el bazar para que aprenda de vosotros el arte de comprar y vender.

—Mansur da siempre muestras de su buen juicio, fué la esclamacion general. Y cada cual se apresuró por su parte á felicitar al dichoso padre que habia merecido tener semejante hijo, esclamando:

—¡Que el Señor bendiga el tallo y la rama!

Terminado aquel concierto de alabanzas que sonaban deliciosamente en los oidos del mercader, tomó la palabra el sheyk.

—Entre nosotros, dijo á Mansur, cuando nace un hijo ó una hija, hasta los mas pobres invitan á sus hermanos para que se alegren juntos. ¿Has olvidado esta costumbre ó nos has olvidado á nosotros?

—Honradme esta tarde con vuestra presencia y sereis bien venidos á mi casa, respondió el viejo.

Una hora mas tarde un esclavo que llevaba un enorme ramillete de flores, dió la vuelta al bazar ofreciendo una á cada mercader.

—Recita el *fattah* por el profeta les iba diciendo,

y cuando el mercader terminaba la oracion, añadia:

—Esta tarde vé á la casa de Mansur para tomar café.

—Mansur es el primero de los hombres generosos, respondia el invitado. Contando con la voluntad de Dios, esta tarde iré á saludar al síndico.

A la hora prevenida Mansur y su hijo recibieron á los mercaderes en el jardin, donde esperaba á los convidados un espléndido banquete. Corderos rellenos de almendras y alfónsigos, arroz con azafran, salsas de crema con pimienta, helados de jugo de rosa, pasteles de todas clases, nada se omitió para honrar á tan escelente compañía. Por la primera vez de su vida quiso Mansur que los pobres participasen de su gozo, é hizo distribuir á la puerta los restos del festin y algunas monedas de plata. Esto fué mas que suficiente para que en todo el ámbito de la calle resonasen gritos y bendiciones, y para que llegaran á los estremos de la ciudad entre frases de admiracion los nombres del generoso Omar y del rico Mansur. Una vez servido el café y encendidas las pipas, el sheyk tomó á Omar por la mano y esclamó presentándole á los mercaderes:

—Aquí teneis al hijo de nuestro amigo, que desea formar parte de nuestra importante asociacion. Ruego que cada cual de vosotros recite el *fattah* por el profeta.

Mientras que repetian tres veces la oracion, el sheik rodeó un schal á la cintura de Omar echando un nudo por cada *fattah* que se recitaba. Concluida la ceremonia, besó el jóven la mano del sheik y las

de todos los asistentes, comenzando por el de mas edad. Sus ojos brillaban de alegría en aquel momento. Ya era mercader en Djeddah, ya era rico: ante él se abrian de par en par las puertas del mundo.

El resto de la tarde se pasó en conversaciones cuyo objeto era el negocio. Omar no desplegaba su boca y permanecia junto á los ancianos y los ancianos no se cansaban de hablar á un jóven que los escuchaba con tanta atencion y respeto. Le dijeron como un buen vendedor debe pedir siempre al que se acerca á comprarle una cosa, cuatro veces mas de lo que la cosa vale, sin pestañear ni perder la sangre fria, que es el secreto del oficio. Comerciar, añadió el mas esperimentado, es pescar con anzuelo. Es preciso saber atraer al parroquiano y saberlo dejar ir, hasta que por último aturdido y fatigado no sabe como defenderse, y cae. Dar vueltas á un rosario á tiempo, ofrecer una taza de café ó una pipa, hablar con naturalidad de cosas indiferentes, no contraer un solo músculo del rostro y sin embargo encender el deseo en el alma del comprador, es un arte difícil que no se aprende en un dia. Pero, añadian acariciando á Omar, tú, hijo mio, estás en buena escuela. No hay judío ni armenio á quien el sábio Mansur no pueda dar lecciones en este asunto.

—Si comerciar no es mas que eso, pensaba el jóven, no me hacen falta las lecciones de esta jente. No pensar mas que en si mismo y pensar siempre, fomentar las pasiones ó las debilidades agenas

para aliviar del peso de sus riquezas á algunos insensatos á quienes parece que les pesan, eso lo sé yo desde que nací y en menor escala no he hecho en el desierto otra cosa. Ya es preciso que mis maestros sean hábiles, para que no les dé alguna leccion antes de seis meses.

Pocos dias despues fué Mansur á buscar al cadí para hablarle de un proceso, cuyo resultado no le inquietaba mucho. Una conversacion tenida en secreto con el juez, le prestaba cierta confianza en su derecho. El mercader quiso que le acompañase su hijo para que se fuera acostumbrando á saber contar con la justicia.

El cadí acostumbraba á sentenciar los pleitos sentado en el patio de una mezquita. Era un hombre gordo y de buen semblante, que pensaba poco y hablaba menos, lo cual unido á su enorme turbante, la longitud de la barba y un eterno aire de asombro, le habia valido gran reputacion de grave y justiciero. La audiencia estaba muy concurrida y los principales mercaderes sentados en el suelo sobre tapices, formaban un semi-círculo delante del magistrado. Mansur se colocó á poca distancia del sheik, y Omar se puso entre ambos con gran curiosidad de ver cómo se obedecen las leyes ó se burlan, segun la necesidad y el caso. Se comenzó por el asunto de un jóven baniano de tez anaranjada, y aspecto afeminado y muelle. Acababa de desembarcar de la India y se quejaba de haber sido engañado por un rival de Mansur.

—En Deli, y entre los efectos que componian

el patrimonio de mi padre, dijo, encontré un cofrecito lleno de diamantes: emprendí con él un viaje á Egipto, esperando vivir en la opulencia con el producto de aquellas joyas. El mal tiempo me obligó á tocar en Djeddah y los placeres me detuvieron en esta poblacion. Como tuviese necesidad de dinero, no faltó quien me indicase que si queria deshacerme de las piedras preciosas, encontraria aquí buen mercado para ellas. Fuí al bazar y pregunté quién podria comprármelas. El mercader mas rico es Mansur, me contestaron, y el mas probo Alí el joyero. Me dirigí á este último. Cuando supo el objeto de mi visita, me acogió con demostraciones de cariño paternal, y no queriendo hablar en el bazar de negocios me llevó á su casa. Durante algunos dias me trató generosamente, ganándose mi confianza por medio de toda clase de atenciones y adelantándome cuanto dinero le pedia. Una tarde despues de la comida, en la cual habia yo bebido algo mas que de costumbre, me indicó que trajese el cofre, examinó los diamantes que encerraba y despues de examinarlos me dijo con tono de fingida compasion:

—Hijo mio, tú vives engañado: en Arabia y en Egipto estas piedras valen muy poca cosa. Los peñascos del desierto nos las suministran á millares y yo tengo arcas llenas.

Para probarme la verdad de su dicho, abrió una caja, sacó de ella un diamante mas grueso que el mayor de los mios y se lo regaló al esclavo que me acompañaba.

—¡Qué va á ser de mí! esclamé yo entonces, no tengo otra fortuna. ¡Me creia poderoso y me encuentro pobre y solo, léjos de mi familia y de mi patria!

—Hijo mio, continuó el malvado, desde el punto en que te ví he sentido hácia tí una inesplicable afeccion. Un musulman no abandona á sus amigos en las necesidades. Déjame ese cofrecito y por pura amistad te daré por él lo que nadie te ofrecería. Escoge lo que quieras en Djeddah; oro, plata, coral, lo que se te antoje y antes de dos horas me obligo á darte peso por peso lo que desees en cambio de tus piedras indianas.

Vuelto á mi casa, reflexioné lo que habia hecho, consulté á algunas personas y no tardé mucho en saber que Alí me habia engañado. Lo que habia dado á mi esclavo era un pedazo de cristal; pues los diamantes son mas raros en Djeddah que en la India, y se estiman diez veces mas que el oro. He reclamado mi cofrecillo y Alí se niega á devolvérmelo. Venerable magistrado, tu justicia es mi única esperanza. Interésate por un estranjero de quien tú eres el solo apoyo, y ojalá el traidor que me arruina beba agua hirviendo durante una eternidad.

Cuando terminó el baniano, Alí tomó la palabra.

—Ilustre servidor de Dios, esclamó dirigiéndose al cadí, en todo lo que ha referido ese jóven solo hay una cosa de verdad, y es que hemos hecho un contrato y por mi parte estoy dispuesto á cumplirlo. ¿Qué importa que yo haya dado al esclavo esto ó lo demás allá? ¿Qué persona dotada de buen sen-

tido no hubiera comprendido que lo del regalo era una broma? ¿He hecho yo que ese estrangero me entregue por fuerza el cofrecillo? ¿Tengo yo culpa de que la falta de dinero le obligase á aceptar mis condiciones? ¿A qué viene acusarme de perfidia? ¿Quién falta á su palabra, él ó yo?

—Jóven, dijo el cadi al baniano, ¿tienes testigos que declaren que Alí te ha engañado en el precio de la mercancía? Si no los tienes, daré fé al juramento del acusado. Así lo dispone la ley.

Trajeron el Corán. Alí colocó la mano estendida sobre el libro santo y dijo por tres veces:

—En el nombre de Dios, del que es el solo Grande, y por la palabra de Dios contenida en este libro, afirmo que no he engañado á ese estranjero. Y lo afirmo hoy, añadió volviéndose al auditorio, como lo afirmaré en el dia del juicio cuando Dios será cadi y testigos los ángeles.

—Desdichado, esclamó el indio, tú eres de los que se dejan resbalar al abismo. Has condenado tu alma.

—Tal vez, murmuró el sheik al oido de Omar, pero gana una gran fortuna. Ese Alí es un tunante con suerte.

—No es tonto, no es tonto, añadió Mansur, la partida está bien jugada.

Omar se sonrió, y mientras Alí gozaba con el éxito de su astucia, se aproximó al estranjero que lloraba amargamente.

—¿Quiéres, le dijo, que gane tu pleito?

—Oh, sí, esclamó el indio, confunde á ese mise-

rable y pídeme luego cuanto quieras. Pero tú eres un niño y nada podrás hacer.

—Solo te pido que pongas en mí toda tu confianza, le respondió el egipcio. Acepta el contrato de Alí, déjame escoger en lugar tuyo y nada temas.

—¿Qué puedo temer ya, despues de haberlo perdido todo? E inclinó la cabeza como un hombre que ha perdido toda esperanza.

No obstante, volvió á la presencia del cadí é inclinándose con respeto le dijo:

—Oh mi dueño y Señor; tu esclavo, implora de tu misericordia una última prueba de bondad: dispon que el contrato se cumpla, puesto que la ley así lo exige; pero permite que este jóven diga á Alí en mi nombre con qué debe pagarme.

El cadí hizo una señal afirmativa y reinó un profundo silencio en el auditorio, hasta que le rompió Omar, diciendo despues de saludar al magistrado:

—Alí, tú habrás traido sin duda el cofrecillo en cuestion, y podrás decirnos lo que pesa.

—Hélo aquí, dijo el joyero, pesa veinte libras, puedes por lo tanto dentro de ese peso escoger lo que quieras. Y lo repito, si lo que me pidas se encuentra en Djeddah, lo tendrás antes de dos horas y si no lo tienes es nulo el contrato. Todos saben que mi palabra es sagrada y que no falto á ella nunca.

—Pues lo que queremos, dijo Omar alzando la voz, son alas de hormigas, la mitad de machos y la mitad de hembras. Tienes dos horas para buscar las veinte libras que nos has prometido.

—Eso es ridículo, eso es imposible, esclamó el joyero. Necesitaria diez personas y seis meses de trabajo para satisfacer peticion tan absurda. Traer á estas cuestiones caprichos de niños, es pura y simplemente burlarse de la justicia.

—¿Hay en Djeddah hormigas con alas? preguntó el cadí.

—¿Que si hay? respondieron riendo los mercaderes, una nube. Son nuestra plaga de Egipto; las casas están llenas y por cierto que nos harian gran favor esterminándolas.

—Entonces, continuó el cadí, es preciso que Alí cumpla su palabra ó que vuelva el cofrecillo. Ese jóven ha sido un loco vendiendo sus diamantes al peso y mas exigiendo semejante pago. Tanto mejor para Alí la primera locura y tanto peor la segunda. La justicia no tiene dos medidas ni dos pesos. O le das las veinte libras de alas de hormiga ó devuelves el cofrecillo al baniano.

—¡Muy bien juzgado, muy bien! esclamó el auditorio maravillado de tanta equidad. El estranjero fuera de sí abrazó á Omar llamándole su salvador y su dueño, y no contento con estas demostraciones de cariño, sacó de la cajita tres diamantes de hermosas aguas y del tamaño de huevos de ruiseñor, y los ofreció al egipcio. Omar los guardó en la faja, besó respetuosamente la mano derecha del baniano y volvió á sentarse al lado de su padre, sin que las miradas de los circunstantes le turbasen en lo mas mínimo.

—Muy bien, hijo mio, le dijo Mansur, pero Alí

es un pobre hombre: si estuviera en mejores relaciones con el cadí, habria ganado su negocio. Ahora me toca á mí, procura aprovechar la leccion.

—Aguarda un momento, dijo Mansur al indio que se marchaba con sus diamantes, aun tenemos nosotros que arreglar unas cuentas. Ruego al ilustre cadí que conserve en su poder el cofrecito, porque acaso haya aquí alguien que tenga mas derechos á él que ese estranjero y que el prudente Alí.

Estas palabras produjeron general sorpresa entre los circunstantes y todos prestaron atencion al nuevo pretendiente.

—Antes de ayer, prosiguió Mansur, vino al bazar una dama cubierta con un velo y entró en mi almacen pidiéndome que le enseñara collares: nada de lo que le enseñé le gustó; pero en el punto en que se disponia á salir, reparó en una caja cerrada que estaba en un rincon y me rogó la abriese. Aquella caja contenia un aderezo de topacios, del cual no podia yo disponer porque ya estaba vendido al bajá de Egipto. Lo dije así á la dama, mas ella insistió en que al menos le enseñase aquel aderezo destinado á las sultanas. Contrariar el deseo de una mujer, no es cosa fácil. Dicen que hay tres obstinaciones invencibles, la de los príncipes, la de los niños y la de las mujeres: tuve, pues, la debilidad de ceder. La desconocida miró el collar, se lo puso para probárselo y por último me declaró que lo queria á cualquier precio. Habiéndome negado á venderlo, salió llenándome antes de injurias y maldiciones. No habia pasado una hora, cuando es-

te jóven entró en mi almacen, diciéndome que la vida de aquella dama y la suya pendian de la adquisicion del aderezo: me suplicó, me besó la mano, lloró en fin, esclamando:

—Padre, pídeme por él lo que quieras, pero me hace falta ese aderezo sin el cual moriré y morirá conmigo lo que mas amo en el mundo.

Yo soy débil con los jóvenes y, aunque pensando en lo peligroso que era disgustar al bajá, mi señor y dueño, no pude resistir á tantas súplicas.

—Toma esos topacios, le dije al estranjero, y promete darme en cambio lo que me agrade.

—Auque sea mi cabeza, respondió, porque me das con ellos mas que la vida, y se llevó las esmeraldas.

—Estábamos sin testigos, añadió Mansur, pero él puede decir si las cosas pasaron como las acabo de contar.

—Sí por cierto, dijo el jóven, y dispénsame por no haberte satisfecho antes, pues ya sabes la causa. Ahora que gracias á tu hijo he recuperado mi fortuna, pídeme lo que quieras.

—Lo que quiero, dijo Mansur haciendo una señal de inteligencia al cadí, es ese cofrecillo con todo lo que contiene: No es mucho para pagar á un hombre que desobedeciendo al bajá se juega la cabeza en el negocio. Ilustre magistrado, tú lo has dicho, todo contrato debe cumplirse: se me ha prometido darme lo que me agrade y yo declaro solemnemente que la sola cosa que me agrada son esos diamantes.

El cadí levantó la cabeza, pasó lentamente su mirada por el auditorio, se acarició la luenga barba con los dedos y volvió á entregarse á su meditacion.

—Han derrotado á Alí, dijo el sehik á Omar, pero aun no ha nacido el zorro que sea mas astuto que el respetable Mansur.

—Soy perdido, esclamaba el indio.

—Hijo mio, continuó Mansur, tú eres hábil; pero esto te enseñará que tu padre sabe un poco mas que tú. El cadí va á pronunciar la sentencia; prueba otra vez á arrancarle un fallo favorable al estranjero.

—Todo esto no es mas que una niñeria, respondió Omar encogiéndose de hombros. Ya que lo deseas vas á ver como tu pleito es cosa perdida.

Esto diciendo se levantó y sacando una piastra de la faja, se la puso al indio en la mano y le condujo á presencia del juez.

—Ilustre cadí, dijo, este jóven está pronto á cumplir lo prometido. Hé aquí lo que ofrece á Mansur: Una piastra (1). La moneda en sí es de poco valor, pero repara bien que está sellada con la cifra del sultan, nuestro glorioso dueño, y que Dios aplaste y confunda á los que desobedezcan á su alteza. Mírala bien, esta venerada y preciosa cifra te ofrecemos, continuó Omar, dirigiéndose á Mansur. ¿Te agrada? pues ya estás pagado. Si no te agrada, dilo; pero sabe de antemano que es un in-

(1) Moneda que equivale á una peseta.

sulto al padishah, crímen que se castiga con la muerte.

Cuando Omar acabó de hablar, todas las miradas se fijaron en el cadí, el cual tenia un aspecto mas impenetrable que nunca, y proseguia acariciándose la barba y enarcando las cejas, esperando que el viejo viniese en su ayuda. Mansur estaba sorprendido y cortado. El silencio del cadí y del auditorio le infudia miedo, y de cuando en cuando levantaba hácia su hijo una mirada suplicante.

—¡Padre mio! esclamó, al fin Omar, permite á este jóven que te dé gracias por la leccion de prudencia que le has dado asustándole un poco. Todos comprenden perfectamente que yo hablo de acuerdo contigo y que de otro modo nunca lo hubiera hecho contra mi padre. ¿Quién podria dudar de la esperiencia y la esplendidez de Mansur?

—Nadie, interrumpió el cadí, que parecia un hombre despertado de improviso en lo mas profundo del sueño, y por eso te he dejado hablar, jóven Salomon, honrando en tí la sabiduría de tu padre; pero otra vez evita tomar al nombre de su alteza. Con la garra del leon no debe jugarse. El negocio está arreglado. El aderezo seria cosa de cien mil piastras, ¿no es verdad, Mansur? Pues que ese majadero te las dé y todo está concluido.

Á pesar de su modestia no pudo Omar sustraerse á las demostraciones de agradecimiento del indio y á las unánimes alabanzas de los mercaderes. Tal ruido metió el asunto que hoy dia se habla aun en Djeddah de la célebre audiencia en que se puso de

relieve la sabiduría del jóven á quien el profundo cadi habia llamado el nuevo Salomon con tan justo motivo.

De vuelta á la casa, Mansur no pudo contenerse.

—No te comprendo, hijo mio, esclamó, tengo una fortuna en mis manos y me la arrebatas. ¿Así entiendes los negocios? ¿De ese modo me respetas?

—Paciencia, padre, replicó friamente Omar. Hoy he adquirido una reputacion de prudencia y hombría de bien, que durará largo tiempo. La reputacion es un valor que nada reemplaza, es un capital que produce mil veces mas que un puñado de diamantes. Todos desconfian del astuto Mansur, todos confiarán en la rectitud y la probidad de su hijo. Ya está echado el cebo: no faltarán peces.

Mansur quedó confundido. Habia deseado un hijo digno de él y comenzaba á temer que Eblis habia colmado quizá la medida de su deseo. Cierto es que tanto cálculo en tan tierna edad, era cosa admirable aun para un hombre que habia negociado toda su vida; pero fuerza es decirlo en descargo de Mansur, aquella precoz experiencia le helaba el corazon: le espantaba aquel sábio de quince años.

CAPÍTULO VI.

LA VIRTUD RECOMPENSADA.

Nada faltó á la dicha del mercader y durante los cinco años que vivió aun despues de ocurridos estos sucesos; pudo gozar á sus anchas de la educacion y los triunfos de su hijo. Todo su comercio pasó á manos de Omar, las riquezas de su casa se acrecentaron enormemente, y como era natural el respeto y la consideracion crecian al par de las riquezas.

¿Ni cómo era posible que Omar dejase de salir bien en cuantos asuntos emprendia? Todo tendia á favorecerle, mucho dinero, pocaspasiones y ningun escrúpulo. Con dificultad se habria encontrado quien reuniese en mas alto grado las cualidades que constituyen el génio de los negocios: el amor del oro y el desprecio de los hombres. Mansur podia pues morir en paz: habia vivido largo tiempo, las

enfermedades no molestaban su vejez, sus sueños se habian realizado, dejaba tras sí un heredero que guardaria y aumentaria aquella fortuna acumulada con tantas fatigas.

Dicese, no obstante, que el egipcio murió con la rabia en el corazon, gritando que nadie le queria, maldiciendo su locura y temblando á la vista de sus tesoros, como si aquel oro derretido en las llamas infernales comenzára ya á consumirle las entrañas.

Por lo que hace á Omar aceptó la muerte de su padre con la mas admirable resignacion. Los negocios le habian detenido lejos de la cabecera del moribundo, y los negocios le sirvieron de consuelo. Tenia tan maravillosa resignacion, que la vista de una piastra bastaba á secar su llanto y disipar sus penas.

Solo y dueño de una herencia magnífica, el hijo de Mansur, no encontraba límites á su ambicion. Nada escapaba á sus combinaciones: retirado al hondo de su casita de Djeddah como la araña en el centro de su tela, envolvia en sus hilos invisibles todas las riqueza del mundo. Arroz y azúcares de la India, gomas y café de Yemen, marfil, polvos de oro y esclavos de Abisinia, trigos de Egipto, telas de Siria, buques y caravanas todo venia consignado á Omar. Por otra parte, si bien le suponian inmensamente rico, jamás hombre alguno recibió los dones de la fortuna con mas modestia. Al verle pasar por las calles de la poblacion con un sucio y pequeño turbante liado á la cabeza, con un trage

raido y repasando las cuentas de un rosario de huesos de albaricoque, nadie hubiera estimado su crédito en mas de mil piastras. Ni en su conversacion ni en sus maneras se traslucia al poderoso; era llano con los pobres, familiar con sus compañeros, adulador con quien podia servirle; y respetuoso con quien podia hacerle daño. A dar crédito á sus palabras se engañaban completamente los que le suponian una gran fortuna: todas aquellas mercaderías no eran de su pertenencia, sino consignaciones de corresponsales estranjeros que tenian confianza en él, confianza que solia costarle cara pues siempre se estaba quejando de que perdia dinero.

Si compraba los mas hermosos esclavos, los mas ricos perfumes, el tabaco mas esquisito y las telas mas raras y preciosas, siempre era por cuenta de algun bajá ó de algun negociante estranjero. En la ciudad se decia que todos aquellos tesoros no salian de la casa del egipcio, pero nadie estaba seguro de ello. Omar no tenia amigo alguno, trataba los negocios en el bazar y no recibia á nadie. ¿Era rico ó pobre, prudente ó egoista, humilde ó hipócrita? La llave de este secreto la tenia Satanás.

Su prudencia no era menor que su humildad. Empezando por el bajá y concluyendo por el jefe de la Aduana, no habia en Djeddah empleado grande ó pequeño cuyo palafrenero, porta-pipa ó esclavo favorito no conociera al mercader. No era amigo de dar, por el contrario repetia muy á menudo aquella máxima del profeta «los pródigos son hermanos de Satanás» pero sabia abrir la mano

cuando llegaba la ocasion, y nadie se arrepentia de haber servido á este hombre de bien.

Los bajás duran poco tiempo en Djeddah y el turco tiene el brazo pesado, y cuando lo levanta, los mas ricos mercaderes tienen que pagar su cuota para desarmarle. Solo el hijo de Mansur solia librarse de estos empréstitos que nunca se reembolsan. Al cabo de los ocho dias, de un modo ó de otro, ya era amigo, y segun añadian algunos, hasta banquero del nuevo gobernador: la tempestad que le amenazaba un instante, venia siempre á descargar sobre las cabezas de sus cólegas. En todo Djeddah y particularmente entre los mercaderes, era realmente objeto de asombro y envidia.

Un dia, sin embargo, se oscureció su estrella. Fué destituido mandándole comparecer á Constantinopla, un bajá que se habia enriquecido en tres meses de una manera escandalosa. El que fué á reemplazarle recibió órden de ser honrado. Al dia siguiente de su llegada se disfrazó y fué á comprar sus provisiones á las casas del panadero y del carnicero mas ricos de la ciudad. El Inspector de los mercados estaba prevenido y aguardaba en la calle armado del peso oficial y rodeado de agentes. El bajá dispuso que se pesara en presencia del pueblo lo que acababa de comprar. Faltaban dos onzas en seis libras de pan, y una onza de carne en un enorme cuarto de carnero. El crímen estaba patente y la justicia no se durmió sobre las pajas. El bajá llenó de reproches é injurias á los miserables que engordaban con el sudor del pueblo, y en su justa cólera

no quiso ni aun oir su defensa, sino los mandó desnudar, atar y azotar en público, y por su órden clavaron despues al panadero por una oreja á la puerta de la panadería, y amarraron al carnicero á una ventana de la gran mezquita agujereándole la nariz con un alambre del que colgaba la onza de carne que habia robado. La multitud hizo sufrir á aquellos infelices todo género de ultrajes, aclamando al bajá como al verdadero amigo del pueblo, prototipo de la justicia y nuevo Harun-al Rashid. La fama de esta accion meritoria, despues de llegar hasta el sultan, encontró eco en todo el occidente para confusion de los infieles.

Aquella misma noche, fletaron varios mercaderes un buque pretestando haber sabido que sus negocios hacian necesaria su presencia en Egipto.

Omar en vez de atemorizarse calculó de este modo: La virtud es un artículo que no se encuentra facilmente en el mercado. Cuando se presenta y hace falta es menester pagarla bien.» Despues de pensar esto se dirigió al bazar donde casualmente encontró al secretario del bajá. Le hizo entrar en su almacen y despues que se sentaron, así como quien nada intenta, le hizo fumar en cierta pipa que destinaba al sultan.

—Es muy peligroso habituar el pueblo á la justicia, decia Omar al secretario. Cuando se le acostumbra á malas mañas, acaba por hacerse exigente. El dia que se le deje mezclarse en lo que no le importa, concluyen todos los grandes negocios.

El secretario callaba como un muerto, pero con-

templando su hermosa pipa, pensaba que Omar era hombre de buen juicio.

Y lo cierto es, que el egipcio tenia razon de sobra. El primer dia del mercado, se notó cierta agitacion en la ciudad. El precio del trigo habia subido diez piastras en ardeb (1); los maldicientes pretendian que era culpa de Omar por haberlo acaparado todo.

La multitud estaba sobreescitada y entre los grupos se hacian notar dos hombres que peroraban con inusitado ardor. Eran el carnicero de la nariz agujereada y el panadero de la oreja.

Los ladrones de la víspera habíanse convertido en héroes: todos les tenian lástima y mientras mas desaforadas eran sus voces, mas se admiraba su virtud.

Entre las turbas, apenas media un paso de la palabra á la accion; ya trataban de echar abajo las puertas de la casa de Omar, cuando el gefe de la policía seguido de algunos soldados, vino á buscar al mercader de órden del gobernador. Omar recibió al emisario con una emocion fácil de comprender y le besó la mano como si no pudiera separarla de sus lábios; el jefe de la policía tras aquel largo beso retiró el puño cerrado y lo restregó entre los pliegues de la faja, como si se le hubiera manchado el contacto de la boca de un culpable.

Esto no obstante, y á pesar del grave descontentamiento de las turbas, no tuvo que sufrir el hi-

(1) Próximamente cinco fanegas.

jo de Mansur ni injurias, ni golpes: por el contrario, mas de una vez el jefe de la policía animó al prisionero diciéndole que contase con la equidad del gobernador.

—«Lo que está escrito, está escrito,» respondia el mercader, repasando las cuentas de su rosario.

Las puertas del palacio estaban abiertas, y el pueblo se precipitó en el pátio donde grave é impasible estaba el gobernador calmando con la mano á la escitada multitud. Se presentaron los dos acusadores y el bajá les ordenó que hablasen sin miedo.

—Justicia para todos; dijo en voz alta, este es mi deber. Rico ó pobre, ningun ladron encontrará gracia conmigo.

—Dios es grande y el bajá es justo, esclamó la multitud, y acto continuo trajeron delante del tribunal á cuatro mercaderes, que temblando de miedo besaron el Korán y juraron que Omar les habia comprado todos los trigos llegados de Egipto.

—¡Muera! ¡Muera! gritaba la multitud.

El bajá dió á entender por señas, que queria oir al acusado y se restableció el silencio.

—¡Oh mi dueño y señor! Dijo Omar prosternándose con la frente contra la tierra; vuestro esclavo se entrega á vuestra voluntad. Dios bendice á los que perdonan y mientras mas pequeño es el delincuente, obra mas meritoria es no aplastarle. El mismo Salomon se apartó de su camino por no aplastar una hormiga. Cierto es, que yo he comprado algunas cargas de trigo en el puerto de Dje-d[illegible] do mercader pue le hacerl[illegible]

pero esceptuando mis enemigos, nadie hay que ignore que yo he hecho esta compra por cuenta del Sultan mi señor. Ese trigo se destina á las tropas colocadas en el camino de la Meca para protejer á los que van á esta santa ciudad en peregrinacion. Esto es al menos, lo que me ha dicho el secretario de vuestra señoría al darme en vuestro nombre el dinero que un pobre mercader como yo no podia adelantar.

Perdonad si no os he enviado antes los mil ardebs de trigo que me encargásteis; el jefe de la policía os podrá decir que solo la fuerza me lo ha impedido.

—¿Qué hablas de mil ardebs de trigo? Esclamó el gobernador con voz terrible.

—Perdon señor, prosiguió Omar con voz entrecortada, estoy tan turbado que es fácil me equivoque. Son me parece mil quinientos ardebs, añadió fijando la mirada en el contraido rostro del gobernador, ó dos mil.

—Son tres mil, interrumpió el secretario, alargando un papel al gobernador. Hé aquí la órden remitida á ese mercader y sellada con vuestro sello.

—¿Y se le han entregado los fondos? Preguntó el bajá dulcificando la voz.

—Si señor, dijo Omar saludando de nuevo, el jefe de la policía aquí presente os dirá que me remitió la órden. Vuestro secretario me adelantó antes de ayer, las doscientas mil piastras de que tenia necesidad para las compras. Debo pues, doscientas mil piastras ó tres mil ardebs de trigo.

—Entonces á ¿qué viene todo este alboroto? Esclamó el bajá fijando su mirada colérica en los dos acusadores. ¿De este modo se respeta al sultan nuestro dueño?

¿Han de morirse de hambre en el desierto los soldados que protegen la santa peregrinacion? Agarradme á esos dos bribones y que le apliquen á cada uno treinta palos en las plantas de los piés. Justicia igual para todos. No hay piedad para los calumniadores. Acusar á un inocente, es mas que quitarle la vida.

—Bien dicho esclamó el auditorio, el bajá tiene razon.

Una vez pronunciada la sentencia, cuatro soldados cogieron al carnicero, le amarraron los pies á un barrote de madera y un arnaute armado de un grueso baston, comenzó á golpearle con toda su fuerza en la planta de los piés. El carnicero se picaba de valiente, contó en alta voz los golpes que recibia, y acabado el suplicio salió en brazos de sus amigos lanzando á Omar una mirada furiosa.

El hombre de la oreja cortada, era menos resuelto. Cada vez que le tocaban prorumpia en un ¡Alah! que partia el corazon. Al duodécimo golpe, Omar besó la tierra delante del gobernador y pidió gracia para el culpable, la cual le fué concedida. No contento con esto puso un duro en manos del paciente, de manera que todos lo pudieran ver, declarando que aun le quedaban treinta ardebs de trigo que repartiria entre los pobres. No fué menester mas para que volviese á su casa acompañado

de las bendiciones de los mismos que una hora antes querian hacerle pedazos. Elogios ó amenazas, Omar lo recibia todo con la misma humildad ó la misma indiferencia.

—Dios sea alabado, esclamó al verse sano y salvo en su casa, el bajá me ha apretado la mano un poco; pero ya es mio.

Tranquilo por esta parte, prosiguió el hijo de Mansur en sus ingeniosas combinaciones. Al despertar una mañana los traficantes en esclavos, supieron con el mayor gusto, que el precio de sus mercaderias habia doblado; pero por desgracia el dia anterior se habian deshecho de las existencias. Omar obedeciendo órdenes llegadas de Egipto los habia comprado todos. Al mes siguiente, le tocó el turno al arroz; despues al tabaco, la cera, el café, la azúcar y la pólvora. Todo subia de precio; pero siempre eran los corresponsales de Omar los que se aprovechaban de estas operaciones. Poco á poco se convirtió Djeddah en un mercado opulento, en el cual abundaban de tal modo las riquezas, que los pobres no sabian como hacer para no reventar de hambre. Las gentes listas, encontraban sin embargo medios de hacer fortuna captándose la benevolencia del egipcio.

En cuanto á Omar, sentado siempre en su despacho, y cada dia mas dulce y obsequioso con los que necesitaba, dejaba correr las horas contando por los granos del rosario los millones de piastras que de todas partes venian á aumentar su tesoro.

Decia para sí que por mas que el pueblo le des-

preciasen, era el amo de los hombres, y que si lo necesitara para salir adelante en un negocio, tenia dinero suficiente para comprar el sultan y con él su serrallo.

Pero nadie es impunemente rico. El dinero, el amor y el humo no se pueden ocultar. Apesar de toda su modestia, recibió Omar una invitacion del gran Sherif de la Meca, pidiéndole que fuese á Tayf para ocuparle en un asunto importante, que solo á él podia confiar el descendiente del profeta.

El mercader no se sentió muy halagado por el honor que le hacian.

El rico, pensaba, tiene dos clases de enemigos: los pobres y los poderosos. Los primeros son como la hormiga, que grano á grano desocupan una casa: los segundos se parecen al leon, rey de los ladrones: de una zarpada nos desuellan. Pero con paciencia y astucia se defiende uno mejor del leon que de la hormiga. Veamos lo que desea el sherif. Si trata de engañarme, trabajo le doy: si paga hágase su voluntad, hasta donde alcance su dinero.

Lleno de tan profunda veneracion hácia el gefe de los creyentes, tomó Omar el camino de Tayf. La vista del desierto cambió bien pronto el curso de sus ideas: las tiendas movibles, los grupos de palmeras sembrados en los arenales, le sugirieron el recuerdo de su infancia y por primera vez se acordó de su hermano Abdallah.

Quién sabe, dijo pero si, si por casualidad lo necesitaré para algo.

CAPÍTULO VII.

BARSIM.

Mientras que el hijo de Mansur se entregaba á la avaricia como si nunca debiera morir, Abdallah crecia en piedad, juicio y virtudes. Siguiendo la profesion de su padre, se ocupaba en escoltar las caravanas que cruzan entre Yambo, Medina y la Meca. Ardoroso y atrevido como el caballo de combate cuando sacude sus crines, y prudente como un anciano, habia sabido ganarse la confianza de los mas ricos mercaderes. A pesar de su juventud, se confiaban á su custodia la mayor parte de los peregrinos que en el mes sagrado llegaban de todos los puntos del globo á dar siete vueltas alrededor de la Santa Kaaba, acampar en el monte de Ararat y hacer sus sacrificios en el valle de la Mina. Estos viajes no dejaban de ser peligrosos: mas de una vez habia espuesto el beduino su vida defendiendo á

los que se colocaban bajo su amparo; pero se habia batido siempre con tanto valor, que ya comenzaban á temerle y á respetarle. El viejo Hafiz no abandonaba jamás á su discipulo, y aunque estropeado, le era en estremo útil. Corazones resueltos y brazos vigorosos se encuentran fácilmente; lo que es muy difícil hallar es un amigo fiel y un consejero razonable.

Aquella vida mezclada de reposo y sobresaltos, de paz y peligros, ofrecia atractivos al hijo de Yusuf. Su única ambicion era vivir con fama de valiente, y en caso de necesidad, morir como un soldado, de la manera que habia muerto su padre. Su pensamiento no iba mas allá. Sin embargo, una nube empañaba el cielo de aquel alma serena. Halima le habia hablado del Dervis, y el hijo del desierto pensaba constantemente en aquella yerba misteriosa que daba á su poseedor la virtud y la dicha.

Hafiz fué el primero á quien Abdallah confió el secreto de su corazon, pero el prudente musulman creyó ver en este pensamiento una seduccion del demonio.

—¿Para qué te atormentas? Decía á su discipulo. Dios ha consignado en el Korán la manera de agradarle. Dios no tiene mas que una voluntad. Hagamos lo que manda y no nos inquietemos. Dios no tiene necesidad de nosotros para que las cosas lleguen á su fin.

Estas palabras no calmaban la curiosidad de Abdallah. Hafiz le habia referido tantas maravillas, de las cuales no dudada un punto, que no se le hacia

imposible la existencia de aquel talisman misterioso. Y si existia ¿por qué un creyente no habia de poder encontrarlo?

«Los que vivimos en el desierto bajo la tienda, pensaba el beduino, somos unos ignorantes: ¿quién me priva interrogar á los peregrinos? Dios ha sembrado la verdad por toda la tierra, ¿quién sabe si algun hadji del Oriente ó del Occidente conoce el secreto que busco? Yo no creo que el dervis dijera por burla á mi madre que, con ayuda de Dios, encontraria el camino derecho.»

Pasado algun tiempo, condujo el beduino á la Meca una caravana de peregrinos venidos de Egipto. A la cabeza de la espedicion iba un médico que hablaba mucho, reia mas y parecia no dudar de nada. Era, segun dijeron, un francés que habia abjurado el error para entrar al servicio del bajá. Abdallah se resolvió á interrogarle.

Pasando cerca de una pradera, cogió un pié de trébol en flor, y presentándolo al estrangero, le dijo:

—¿En tu país conocen esta yerba?

—Si tal respondió el médico; esto es lo que vosotros llamais *barsim* y nosotros *trifolium*. Es el trébol de Alejandría, familia de las leguminosas, cáliz tubular, corola persistente, hojas divididas en tres segmentos ó folículas, algunas veces en cuatro y hasta en cinco, pero esto es una escepcion, ó como decimos nosotros, un mónstruo.

—En tu país no hay, pues, trébol que constantemente tenga cuatro hojas.

—No, ni en mi pais ni en ningun otro. ¿Pero por qué me preguntas eso?

Abdallah le hizo saber el motivo de su pregunta, y el estranjero se echó á reir cuando lo supo, diciéndole:

—Muchacho, el dervis se ha burlado de tu madre. Ella le pidió una cosa imposible y él se la prometió con una condicion, mas imposible todavía.

—Y si Dios quisiera, ¿por qué no habia de crear un trébol de cuatro hojas? preguntó Abdallah, á quien mortificaba la desdeñosa sonrisa del estranjero.

—¿Por qué? porque en un punto de su desenvolvimiento produjo la tierra todas las plantas en virtud de una fuerza germinativa que se ha agotado. Desde los tiempos del rey Salomon no hay ya nada nuevo en cuanto el sol alumbra.

—Y si Dios hace un milagro, interrumpió Hafiz aproximándose á los viajeros. ¿Se ha agotado Dios? El que en el espacio de dos dias sacó del humo los siete cielos y las siete tierras, colocando á quinientas jornadas de camino los unos de los otros: el que mandó á la noche que envolviese al dia, el que ha sembrado la vida por todas partes, ¿no puede añadir una nueva yerbecilla á los millones de plantas que ha creado para sustento y regocijo del hombre?

—Ciertamente puede, contestó el médico en tono irónico; yo soy demasiado buen musulman para pretender lo contrario. Dios podria tambien enviar un trueno y un rayo para encender mi pipa que acaba de apagarse; pero no quiere. Por el contra-

rio, lo que desea es que te pida un poco de yesca y fuego. Y dicho esto, se puso á silbar un aire estranjero mientras llenaba su pipa.

—Malditos sean los impíos, esclamó el Cojo. Ven, Abdallah, deja á ese incrédulo, cuyo aliento mata. Para castigar nuestras culpas, ha dado Dios la ciencia á los francos, pero esa ciencia, que es su poder, sirve al mismo tiempo para castigar su orgullo arrojándolos mas violentamente en el abismo de la perdicion. ¡Insesatos, que para negar á Dios se sirven de su poder y del constante milagro de su bondad! Anda, infiel, añadió levantando las manos al cielo, como si llamara al rayo para que descargase sobre la cabeza del renegado, ¡anda desagradecido, que has vuelto las espaldas al Señor! Dios ve el fondo de tu alma y morirás presa de la desesperacion, siendo tu alimento perpétuo los frutos espinosos y envenenados del árbol del infierno.

Al estremo opuesto de la caravana iba un persa de barba blanca como la nieve y la cabeza cubierta con un gorro de piel de carnero negro: era el mas pobre y el mas anciano de todos, y al mismo tiempo el que miraban con mas desden por pertenecer á un pueblo herético. Al viejo parecia importarle poco su ancianidad, su soledad y su pobreza. No hablaba con nadie, comia poco y fumaba todo el dia. Encaramado sobre un camello escesivamente flaco, dejaba correr las horas repasando entre sus dedos las noventa y nueve cuentas de su rosario, levantando al cielo su temblorosa cabeza y murmurando palabras estrañas. La dulzura y la piedad de

aquel pobre hombre habian llamado la atencion de Abdallah, que buscó á su lado un refugio contra la ironía del incrédulo.

El animado rostro y la brillante mirada del jóven guia, hicieron buena impresion en el dervis, que sonriendo con amabilidad, se adelantó á la confidencia que adivinaba.

—¡Hijo mio, dijo á Abdallah, que Dios te dé el talento de Platon, la ciencia de Aristóteles, la fortuna de Alejandro y la dicha de Cosroés!

—¡Padre mio! esclamó el jóven, dices bien; ciencia me hace falta: pero no la ciencia del pagano, sino la del verdadero musulman, á quien la fé abre el tesoro de la verdad.

—Habla, hijo mio, replicó el viejo, acaso pueda yo servirte. La verdad es como la perla, solo la posee el que se sumerge en el fondo de la vida y se ensangrienta las manos en los escollos del tiempo. Lo que buscas tal vez lo habré yo encontrado y ¿quién sabe si te podré dar esa luz que deseas y que ya no tiene valor para mis debilitados ojos?

Seducido por tanta bondad, refirió el beduino la causa de sus inquietudes al anciano, que le escuchaba atentamente. Acabada la relacion de Abdallah, el persa, por toda contestacion, secó del tapiz en que estaba sentado un velloncillo de lana blanca que arrojó al aire: despues, agitándose como un hombre embriagado, y mirando á Abdallah con estraña impresion, improvisó los siguientes versos:

Noble ciprés esbelto,
flor de oscura corola,
jóven de ojos mas negros
que noche triste y sola.
¿Ves ese vellon blanco
que leve el aire arroja?
Así pasan los dias,
y pasan y no tornan.

—

Menos pronto de galas
desnúdase la rosa;
la lluvia, menos pronto
la leve arena moja;
que de la vida pasan
placeres y zozobras;
pasan como los sueños
pasaron á la aurora.

—

¡Tan solo Dios es grande!
Si quieres que tus obras
los ángeles conserven
perpétua en su memoria,
refrena las pasiones
que son mortal ponzoña,
y limpio á las alturas
tu espíritu remonta.

—

El cuerpo es para el alma
prision humilde y tosca
de luz de amor en busca
dichoso el que la rompa;

Dichoso el que á Dios sube
y en su esplendor se arroba,
y puede quemar su alma
de amor en lumbre ignota.

—Tus palabras me conmueven, pero no has respondido á mi pregunta.

—Pues qué, hijo mio, esclamó el mistico, no comprendes lo que quiero decir? El trébol de cuatro hojas no existe en el mundo y es preciso buscarlo fuera de él. El trébol de cuatro hojas es un emblema. Es lo inefable, lo infinito. ¿Quieres obtenerlo? yo te revelaré el secreto. Ahoga en tí todo movimiento de los sentidos corporales. Sé sordo, ciego y mudo: abandona la ciudad de la existencia para convertirte en un viajero en el reino de la nada; abismate en el éxtasis y cuando ya no lata tu corazon, cuando te hayas ceñido la gloriosa corona de la muerte, entonces, hijo mio, encontrarás el amor eterno y te confundirás en él como una gota de agua que cae en la inmensidad de los mares. Esta es la verdadera vida. Cuando no existía nada, existía el amor; cuando nada quede, el amor durará todavia; fué el primero y será el último; es Dios y hombre; Criador y criatura; es la cima y el abismo; lo es todo.

—¡Anciano! esclamó el beduino espantado, la edad debilita tu razon y no conoces que blasfemas. Solo Dios existia antes que el mundo, y solo Dios permanecerá cuando se desplomen los cielos y aplasten la tierra. Él es el primero y el último, el

visible y el escondido, el poderoso y el sábio; el que todo lo sabe y todo lo puede (1).

El viejo no oia nada; hubiérase dicho que soñaba despierto; sus lábios se agitaban velozmente, su mirada fija se perdia sin objeto en el espacio; una vision arrastraba léjos de la tierra el espíritu de aquella víctima de las ilusiones satánicas.

Abdallah, preocupado y triste, volvió al lado de Hafiz y le refirió su nuevo desengaño.

—Hijo mio, le dijo el Cojo, huye de esos insensatos que se embriagan con el humo del ópio ó del cáñamo. Son idólatras que se adoran á sí mismos. ¡Pobres locos! ¿La pupila crea la luz? La inteligencia del hombre inventa la verdad? ¡Desdichado el que saca de su imaginacion un mundo mas vano y ligero que la ampolla de jabon con que juega el niño! ¡Desdichado el que coloca al hombre en el trono de Dios! Desde el punto en que se pone el pié en la ciudad de los sueños, ya no hay salvacion posible. Dios se borra, la fé se estingue, la voluntad se desvanece, se ahoga el alma y comienza el reinado de las tinieblas y de la muerte.

(1) Korán, LVII. 1-4.

CAPÍTULO VIII.

—

EL JUDÍO.

La juventud es la época de los deseos y las esperanzas. A pesar de los desengaños, Abdallah no se cansaba de interrogar á los peregrinos que conducía á la Meca, contando siempre con alguna casualidad dichosa: pero la Persia, la Siria, el Egipto, la Turquía y la India permanecian mudas: nadie habia oido hablar del trébol de cuatro hojas. Hafiz censuraba una curiosidad que podia convertirse en pecado. Halima consolaba á su hijo haciéndole creer que ella abrigaba tambien esperanzas de encontrarle.

Un dia que Abdallah, retirado al fondo de su tienda y mas triste que de costumbre, se preguntaba si no haria bian abandonando la tribu para ir en busca del talisman misterioso, entró un judío en el aduar para pedir limosna y buscar el refugio

de una noche. Era un viejecillo cubierto de harapos, y tan seco que parecia una osamenta escapada del sepulcro y envuelta aun en los girones del carcomido sudario. Se apoyaba en un palo y arrastraba lentamente los piés liados en algunos pedazos de tela sangrienta y fangosa: de vez en cuando levantaba la cabeza para mirar á su alrededor é implorar la piedad de los pasajeros. Su frente amarilla y surcada de arrugas profundas, sus párpados rojizos, sus lábios delgados que cubrian apenas las encías faltas de dientes, la luenga y desordenada barba que caia hasta cubrirle el pecho, todo revelaba en su persona el sufrimiento y la miseria.

El estranjero vió á Abdallah, y alargando en su direccion una mano descarnada y temblorosa, murmuró con voz desfallecida:

—Señor de la tienda, hé aqui un invitado por Dios.

Absorto en sus pensamientos, el hijo de Yussuf no oyó una sola palabra. Ya el viejo habia repetido por tres veces la salutacion, sin lograr que le oyesen, cuando por desdicha suya volvió la cabeza hácia una tienda próxima donde una negra daba de mamar á su hijo.

Al ver la mujer al judio, ocultó su cria para preservarla del mal de ojo, y saliendo de la habitacion comenzó á gritar dirigiéndose al peregrino:

—Huye de aqui, lapidado, vienes á traernos alguna calamidad! ¡Ojalá te maldiga Dios tantas veces como pelos tienes en la barba!

Y llamando á los perros los azuzó contra el in-

feliz. El viejo trató de escapar, pero se le enredaron los piés en la túnica y cayó dando gritos dolorosos.

Aquellos gritos hicieron volver en sí á Abdallah para quien fué obra de un momento correr al auxilio del judío, castigar los perros y amenazar la esclava. Despues tomó al mendigo en sus brazos, lo condujo á la tienda y le lavó los piés y las manos curándole las heridas, mientras Halima le presentaba dátiles y leche.

—Hijo mio, deja que te bendiga, esclamaba el viejo llorando; la bendicion del mas miserable de los hombres es siempre grande á los ojos de Dios. Que El te dé la sabiduria, la paciencia y la paz, y ahuyente de tu corazon los celos, la tristeza y el orgullo. Hé aquí los bienes; bienes que ha prometido á los que como tú son generosos.

Aquella misma tarde reunidos alrededor de una frugal comida, Hafiz, Abdallah y el judío hablaron largamente de diversas cosas, aunque el Cojo trataba en vano de disimular su repugnancia hácia el hijo de Israel. Abdallah por el contrario, escuchaba al viejo con muestras de profundo interés, porque hablaba de sus viajes, y estos habian sido muy largos y por paises remotos. Conocia á Mascate en la India y toda la Persia; habia visitado el pais de los francos y atravesado los desiertos del África; en aquel momento llegaba de Egipto atravesando el Sudam y se encaminaba á Jerusalen por Siria.

—Y lo que he buscado en estos largos viajes, decia el judío, no es ciertamente la riqueza: mas de

una vez la he visto brindándome con sus dones al borde de mi camino y he pasado adelante. La pobreza, han dicho nuestros sábios, sienta á los hijos de Abrahan como el arnés rojo al caballo blanco. Lo que busco desde hace cincuenta años al través de los desiertos y los mares, de las fatigas y las miserias, es la palabra de Dios, la tradicion santa y misteriosa. La palabra no escrita y que Dios hizo sonar al oido de Moisés sobre el monte Sinai. Moisés la confió en depósito á Josué, Josué la trasmitió á los setenta ancianos, los ancianos á los profetas y los profetas á la Sinagoga. Despues de la ruina de Jerusalem, nuestros maestros la han recogido en el Talmud, pero ¡cuán destrozada é incompleta! Dios, para castigar las culpas de nuestros padres, rompió la verdad y arrojó los pedazos á los cuatro vientos del cielo. ¡Dichoso el que logre reunir esos fragmentos esparcidos! ¡Dichoso el que encuentre un rayo de la luz divina! Los hijos del siglo pueden perseguirle con su desden ó su ódio; las injurias son para su alma lo que las tempestades para la tierra, que al desgarrarla la refrescan y fecundan.

—¿Y sois vos por ventura ese hombre? esclamó Abdallah conmovido con aquellas palabras hasta el punto de olvidar que estaba hablando con un infiel, ¿vos habeis descubierto ese tesoro y poseeis la verdad completa?

—Yo no soy mas que un gusano de la tierra, pero desde mi niñez he preguntado á los sábios para que me revelasen los secretos de la ley: he bus-

cado en la cábala las riquezas que no tienen valor en el mercado del mundo: he hecho esfuerzos para conocer el lenguaje de los números que es la llave de toda verdad. Hasta donde he llegado sólo Dios lo sabe, y á él pertenece la gloria. Una cosa hay cierta, y es que el ángel Raziel inició á Adam en todos los misterios de la creacion. ¿Se ha perdido esta revelacion? ¿Quién se atreverá á afirmarlo? El hombre que logre levantar una sola punta de ese velo misterioso, nada tiene que temer ni esperar en la tierra. Ya ha vivido, puede morir en paz.

—Padre mio, preguntó Abdallah temblando, ¿habla vuestra ciencia de una yerba santa que da á un tiempo la felicidad y la sabiduría?

—Sin duda alguna, respondió el viejo sonriendo; en el Zohar (1) entre otras maravillas se habla de ella.

—Es el trébol de cuatro hojas, ¿no es verdad?

—Tal vez, replicó el judío frunciendo el entrecejo. ¿Cómo ha llegado hasta tí ese nombre?

Despues que el hijo de Yusuf acabó de referirle como lo sabia, el viejo le miró con espresion de ternura y le dijo:

—Hijo mio, á veces vale mas el pobre que el rico para pagar la hospitalidad, porque por el pobre y el desamparado paga Dios. El secreto que buscas lo encontré hace tiempo en el fondo de la Persia. Tal vez Dios me ha traido aquí para que te revele la verdad. Oye, y graba en tu corazon lo que voy á decirte.

(1) *El libro del Esplendor*, es una obra cabalística.

Hafiz y Abdallah se aproximaron al viejo, que en voz baja y misteriosa, les contó lo que sigue:

—Ya sabeis que cuando el Señor arrojó del Paraiso á nuestro primer padre Adan, le permitió traer á la tierra la palmera que debia alimentarle y el camello hecho del mismo barro que el hombre y que no puede vivir sin él.

—Verdad es, dijo el Cojo. Cuando nacen los camellos, son tan débiles, que moririan á poco de nacidos si no se les sostuviera la cabeza llevándola á las tetas de la madre. El camello se ha hecho para nosotros como nosotros para el camello.

—El judío prosiguió:

—Cuando la espada de fuego, suspendida sobre la cabeza de los culpables, los empujaba hácia las puertas del Paraiso, Adan arrojó una mirada de desesperacion hácia aquel lugar de delicias que le era forzoso abandonar, y para llevar consigo un último recuerdo cortó una rama de mirto. El ángel no se opuso: recordaba que obedeciendo un mandato de Dios habia adorado, no hacia mucho, á aquel miserable mortal que entonces le inspiraba lástima.

—Tambien es verdad, interrumpió Hafiz. Esa misma rama de mirto fué la que dió mas tarde Choaib á su yerno Moisés y convertida en cayado, con el que guardó los rebaños, sirvió luego al profeta para hacer sus milagros en Egipto.

—Eva tambien, continuó el viejo, se detenia llorosa contemplando aquellas flores y aquellos árboles que no debia ver mas; pero la espada se mantenia inflexible, era preciso andar sin detenerse bajo

el peso de la maldicion. Al salir, cogió Eva otra de las plantas del Paraiso y tampoco se opuso el ángel. ¿Qué planta era aquella? La misma Eva lo ignoraba. La habia cogido al paso cerrando la mano en el momento de cogerla. Lo mas prudente hubiera sido continuar así, pero tambien entonces pudo mas que nada la curiosidad, y Eva abrió la mano y se detuvo á verla. La planta que habia cogido era la mas hermosa de las plantas del jardin celeste, era el trébol de cuatro hojas. Una de las hojas era rojiza como el cobre, la otra blanca, como la plata, la tercera amarilla como el oro y la cuarta resplandeciente como el diamante. Eva contemplaba absorta su tesoro cuando le tocó la llama de la espada. Su cuerpo se agitó estremecido, se abrió su mano y dejó escapar el trébol que se deshojó al caer. La hoja de diamante cayó en el Paraiso, las otras tres las arrebató el viento para esparcirlas al azar sobre la tierra. ¿Dónde cayeron? Este secreto solo Dios lo conoce.

—¿Cómo, esclamó el beduino, no se han vuelto á ver mas?

—No: ó al menos yo no lo sé, respondió el judío. Tal vez esta historia no es mas que una alegoría, bajo cuyo velo se oculta alguna profunda verdad.

—¡Oh! no es posible, dijo Abdallah. Padre mio, interrogad vuestros recuerdos, acaso encontrareis en ellos algun indicio. Yo necesito esa planta, la quiero y la obtendré con la ayuda de Dios.

El viejo ocultó su frente entre las manos y permaneció largo tiempo como sumergido en una pro-

funda meditacion. Abdallah y Hafiz se atrevian apenas á respirar, temiendo distraerle.

—Inútilmente revuelvo las ideas en el fondo de la memoria, esclamó al fin el judío, no encuentro nada. Veamos si mi libro me enseña algo.

—Esto diciendo, sacó un manuscrito amarillento, cubierto con una piel grasienta y oscura, y hojeándole lentamente, comenzó á examinar con gran atencion sus cuadrados geométricos, esferas concéntricas y alfabetos mezclados con números.

—Hé aquí, esclamó, cuatro versos que recitan en el Sudan y que acaso nos interesan. Yo, hasta ahora, no he podido alcanzar su significado.

Crece escondida á los humanos ojos
la yerba del misterio;
y en vano es que la busques en el mundo
porque habita en el cielo.

—Calma, calma, añadió dirigiéndose á Abdallah que parécia agitado; las palabras tienen mas de un sentido. El pueblo ignorante quiere encontrarlo en la superficie; los sábios le siguen hasta el fondo de los abismos y allí se apoderan de él, gracias al mas poderoso de los útiles, la santa década de los Sefiroth. ¿Tú no sabes lo que ha dicho uno de nuestros maestros, el rabí Halafeta, hijo de Dozza? Pues oye:

En vano buscas el cielo
en ese azul pabellon,
con su luna, sus estrellas,
y su deslumbrante sol;

El cielo mas luminoso
lo ha puesto en el alma Dios;
el Paraiso lo lleva
el justo en su corazon.

—Sí continuó el judío elevando la voz, entreveo una luz que me guia. Dios me ha puesto en tu camino para que consigas lo que deseas; pero guárdate mucho de adelantarte á su voluntad guiado por una impaciencia tan criminal como inútil. Sigue los preceptos de la ley; practica sus mandamientos, haz un cielo de tu alma: acaso un dia, cuando menos lo esperes, encontrarás la ansiada recompensa. Esto es al menos todo lo que mi ciencia puede enseñarte.

—Bien dicho, esclamó Hafiz, y poniendo su mano sobre el hombro de Abdallah, añadió: Sobrino, Dios es dueño del tiempo, obedece y espera.

CAPÍTULO IX.

LOS POZOS DE ZOBEIDA.

La noche pasó dulce y tranquila para Abdallah, que mas de una vez vió en sueños el trébol misterioso. La mañana siguiente quiso detener al hombre que le habia devuelto la esperanza y que consideraba ya por ello como un escelente amigo: el judío rehusó obstinamente.

—No, hijo mio, contestó, ya es bastante haber pasado una noche en tu tienda: el estranjero el primer dia es un huésped, el segundo una carga, el tercero una calamidad. Nada tienes ya que preguntarme ni yo que decirte, tiempo es de separarnos. Deja tan solo que te dé una vez mas las gracias y ruegue á Dios por tí. Si no tenemos la misma kibla (1),

(1) La kibla es el punto del horizonte hácia que se vuelve el rostro para orar. Los mahometanos lo vuelven hácia la Meca y los judíos hácia Jerusalem.

al menos somos ambos hijos de Abraham y adoramos al mismo Dios.

Todo lo que el hijo de Yusuf pudo conseguir del judío, fué que montase sobre un camello dejándose acompañar por los dos amigos hasta la mitad de su jornada. Hafiz habia acabado por aficionarse al estranjero y Abdallad esperaba que le diese alguna nueva luz acerca del objeto de su anhelo; pero la vista del desierto despertó en la mente del judío otras ideas y no volvió á ocuparse de la historia de la víspera.

—Si no me engaño, dijo el viajero á Hafiz, vamos á encontrar en nuestro camino los pozos que hizo escavar en otros tiempos la sultana Zobeida cuando llevó á cabo su peregrinacion á la Meca.

—Sí por cierto, respondió el Cojo, ese es el recuerdo que Harum-al-Rashid dejó en nuestras comarcas. Al califa y á su piadosa mujer debemos nuestros mas hermosos jardines.

—Dichoso recuerdo, dijo el judío, y que dura mas que lo que los hombres llaman gloria; es decir, que la sangre inútilmente derramada y los tesoros locamente prodigados.

—Tú hablas como verdadero hijo de Israel, dijo Hafiz.

Vosotros sois, por decirlo así, un pueblo de mercaderes: pero un beduino no puede pensar del mismo modo. La guerra es lo mejor que hay en el mundo. El que no ha visto la muerte de cerca, no sabe todavía si es hombre. Es glorioso herir cuando hay peligro en hacerlo, y derribar al con-

trario y vengar á los que se ama. ¿No piensas tú como yo, sobrino?

—Tienes razon, tio mio; pero el combate es un placer á medias. Yo recuerdo el dia en que estrechado por un beduino que me puso el cañon de su pistola en las sienes, le hundí mi sable en el pecho; cayó á mis piés y mi alegria fué grande, pero corta. Al ver aquellos ojos vidriosos, aquella boca llena de espuma y sangre, pensé que aquel hombre tenia madre, y que por muy orgullosa que se encontrara de haber dado á luz un valiente, tendria que resignarse á vivir sola y triste, como se quedaria mi madre si le matasen á su hijo. Y aquel hombre era un musulman, esto es, un hermano.

Quizás tienes razon, prosiguió el jóven, dirigiéndose al peregrino. La guerra seduce, pero combatir al desierto como lo hacia el califa y obligar á la soledad á retirarse vertiendo por todas partes la vida y la abundancia, es mas noble y mas consolador. ¡Felices los que vivian en tiempo de la buena Zobeida!

—¿Y por qué no imitar á los que se admira? preguntó el viejo á media voz y como si se dirigiera solamente al jóven.

—Esplícate, dijo el beduino; no te entiendo.

—Ni yo tampoco, añadió el cojo.

—La juventud tiene aun cerrados los ojos, y la fuerza de la costumbre enturbia los de la vejez. ¿Por qué ha nacido un grupo de acacias en aquel terreno cuando todo es estéril á su alrededor? ¿Por qué las ovejas pacen la yerba verde allá abajo cuan-

do lo que nos rodea es un arenal? ¿Por qué los pájaros que corren y saltan entre los piés de las ovejas picotean el suelo que aun germina? Estais viendo eso diariamente y porque lo veis diariamente no haceis alto en ello. Así son los hombres: admirarian al sol si el sol no saliese todas las mañanas.

—Tienes razon, dijo Abdallah pensativo, debajo de esa verdura hay agua: tal vez uno de los pozos abiertos en otra época por el califa.

—¿Y cómo lo sabríamos? preguntó el cojo.

—Hé ahí una pregunta, respondió el judío, que no me harias si hubieras envejecido como yo, estudiando el Talmud: oye lo que dice uno de nuestros maestros y comprende que toda ciencia está encerrada en nuestra ley:

«¿A qué se parecian las palabras de la Ley antes que Salomon hubiese aparecido? A los pozos cuya agua fria corre profunda, de modo que nadie puede beber de ella. ¿Qué hizo entonces un hombre inteligente? Amarró cuerdas las unas á las otras y amarró hilos los unos á los otros, y en seguida sacó agua y bebió. De esta manera Salomon pasó de una á otra alegoría y de uno á otro discurso, hasta que profundizó las palabras de la Ley (1).»

—El que encontrara este manantial encontraria un tesoro: quédate con nosotros estranjero y buscaremos juntos: tú nos ayudarás con tu ciencia y tendrás tu parte.

—No; respondió el judío, el que se consagra al

(1) Midrasch del «Cántico de los Cánticos,» fol. 1.

estudio, se consagra á la pobreza. Hace cincuenta años que la ciencia y yo vivimos bastante bien para que trate de divorciarme de ella. La riqueza es una querida exigente, necesita todo el corazon y toda la existencia del hombre. Dejémosla para los jóvenes.

El sol descendia á su ocaso; el viejo bajó de su camello, dió las gracias á sus acompañantes, los abrazó con ternura, pero no les permitió que pasaran mas allá.

—No os inquieteis por mí, les dijo, no hay temor posible cuando se lleva la pobreza por bagaje, la vejez por escolta y Dios por compañia.

Despues de decir estas palabras y de saludarles por última vez con la mano, el judio se internó resueltamente en el desierto.

CAPITULO X.

—

LA HOJA DE COBRE.

No fué difícil comprar aquel rincon de tierra en que la vista esperimentada del peregrino habia adivinado una fuente.

Hafiz, á quien nunca abandonaba la prudencia. anunció que iba á constituir en aquel lugar un abrigo para sus ganados, y desde el primer dia amontonó á su alrededor ramos bastantes para ocultar á las miradas estrañas la obra misteriosa que iban á emprender.

En donde quiera que hay mujeres y niños, se curiosea y se charla. Bien pronto no se hablaba en la tribu de otra cosa que de Hafiz y su sobrino, los cuales, al decir de los mas enterados del caso, pasaban las noches escavando para descubrir un tesoro. Cuando los pastores llevaban los ganados al abrevadero y veian á los dos amigos cubiertos de arena, no faltaban chanzas y bromas.

—¿Quién anda ahí? Preguntaban riendo. ¿Es un chacal que se refugia en su escondrijo? ¿es un dervis que se labra una celda? ¿es un viejo que se abre una sepultura?

—No, respondian ellos mismos; son mágicos que hacen un agujero para ir al infierno.

—No hay cuidado, gritaban otros, ya llegarán antes de lo que se figuran.

Y así continuaban las risas y llovian los sarcasmos. Aun no se ha encontrado freno bastante fuerte para sujetar la boca del ignorante y del envidioso....

Durante mas de un mes, Abdallah y su tio escavaron con ardor el suelo: pero su obra avanzaba poco: la arena se venia abajo y durante la noche se arruinaba el trabajo del dia. Halima fué la primera en perder la paciencia y acusó á su hermano de haber cedido á la locura de un niño.

Poco á poco Hafiz fué desesperanzándose y dando oidos á los reproches de su hermana, abandonó la empresa.

—Dios me castiga por mi debilidad, decia. Hice mal en dar oidos á aquel miserable impostor que se ha burlado de nosotros. ¿Podia esperarse otra cosa de los eternos enemigos del Profeta y de la verdad?

Abdallah, aun viéndose solo, no se dejó abatir por la adversa fortuna.

—Dios es testigo, esclamaba, de que si trabajo con tanta obstinacion no es por mí, es por mi pueblo. Si me equivoco ¿qué importan mis fatigas? Y si logro mi empresa ¿qué importa el tiempo?

Hechas estas reflexiones, empleó un mes en poner puntales y sostener las arenas: asegurada la obra comenzó de nuevo las escavaciones con mas ardor que nunca.

Pasados quince dias del tercer mes, Hafiz aconsejado por Halima quiso tentar un último esfuerzo para convencer á su sobrino que esperaba aun trabajando como un insensato, cuando su tio le daba ejemplo de prudencia y resignacion. Pero predicar á Abdallah no era del todo fácil: el pozo tenia ya treinta codos de profundidad y el obrero estaba en el fondo. Hafiz se puso boca abajo sobre la arena y asomando la cabeza á la entrada del agujero, gritó con todos sus pulmones:

—Criatura mas cabezudo que una bestia, ¿has jurado enterrarte en ese pozo de maldicion?

—Tio, respondió Abdallah con una voz que parecia salir del infierno, puesto que estais ahí, hacedme el favor de tirar de la cuerda y vaciar las espuertas y así adelantaré doble en mi trabajo.

—Desdichado, replicó Hafiz, ¿no te acuerdas de las lecciones que te dí siendo niño? ¿tan poco respetas á tu madre y á mí que nos quieres llenar de amargura? ¿te se han olvidado aquellas hermosas palabras del Korán: «Los que fortifican su corazon contra la avaricia serán dichosos?» ¿crées tú...

—¡Padre, padre! gritó de repente el jóven, ¡siento humedad, el agua sube, ya la oigo!... ¡Socorredme, tirad pronto de la cuerda ó soy perdido!

Hafiz se abalanzó á la cuerda, pero á pesar de la prontitud con que lo hizo y de su energía, sacó á

Abdallah cubierto de lodo, sin conocimiento y casi ahogado. El agua mugía y borbotaba en el pozo. Abdallah vuelto en sí, oia aquel ruido encantado; su corazon latia con violencia: Hafiz lloraba de gozo. De pronto cesó el ruido: el Cojo encendió un puñado de yerbas secas y lo arrojó en el agujero: á menos de diez pies de distancia se veia brilar como un reflejo acerado: era un manantial. Descolgar una vasija y sacarla fué obra de un instante, el agua era dulce. Abdallah cayó de rodillas sobre la arena y se prosternó con la frente en el polvo. Hafiz hizo lo mismo, pero al levantarse echó los brazos al cuello de Abdallah y le pidió perdon.

Una hora despues á pesar del gran calor del dia, habian instalado los dos beduinos cerca de la fuente una gran rueda vertical armada de un rosario de vasijas de barro, á la cual hacian dar vueltas dos bueyes; la *sakieh* gemidora, derramaba el agua sobre la yerba amarilla devolviendo á la tierra la frescura de la primavera.

Cuando llegó la tarde no fué preciso ir al abrevadero. Ganados y pastores se detenian delante de la fuente, y los zumbones de la víspera bajaban la cabeza confundidos y ensalzaban á Abdallah.

—¡Lo habíamos previsto, decian los ancianos!

—¡Dichosa la madre de tal hijo, repetian las mujeres!

—¡Feliz la esposa de ese valiente y hermoso jóven, pensaban las muchachas! Y todos añadian:

—¡Bendito sea el servidor de Dios y los hijos de sus hijos!

Cuando toda la tribu estuvo reunida, el hijo de Yusuf llenó un cántaro de aquel agua tan fresca como la de los pozos de Zem-Zem (1), y apoyándole en su brazo dió de beber á su madre la primera y despues á todos los presentes, bebiendo él el último.

Al aproximarse la vasija á la boca, sintió una cosa fria en los lábios: era una hojita de metal que la fuente habia arrastrado con sus aguas.

—¿Qué es esto, tio? Preguntó á Hafiz. ¿El cobre se oculta en esta forma en el fondo de la tierra?

—¡Oh hijo mio! esclamó el anciano, guarda eso como el mas preciado de los tesoros. Dios te envia el premio de tu trabajo y de tu constancia. ¿No estás viendo que es una hoja de trébol? La tierra misma se entreabre para traerte de sus entrañas esa yerba del paraiso. Verdad es cuanto nos dijo aquel honrado hijo de Israel.

Espera, hijo mio, espera en Dios, á Él sean dadas todas las alabanzas. ¡Al Incomparable, al Todopoderoso, al Único! Solo Él es grande.

---

(1) Pozo sagrado que se encuentra en la Meca dentro del perímetro del templo. Segun la tradicion es la fuente que el ángel hizo brotar en el desierto para apagar la sed de Agar y de Ismael.

CAPÍTULO XI.

LOS JARDINES DE IREM.

Jardines siempre verdes regados por arroyos cristalinos de aguas vivas: frutos que cuelgan al alcance de la mano, palmeras y granadas, un perfume embriagador, una sombra eterna, hé aquí el paraiso que el libro de la verdad promete á los fieles. Abdallah habia logrado ver un trasunto de ese paraiso en la tierra. Al cabo de algunos años no podia imaginarse nada mas hermoso que su plantacion, jardin lleno de frescura y de paz, encanto del corazon y de los ojos. Las blancas clemátidas daban vueltas alrededor del tronco de las acacias y los olivos: valladares de mirto cercaban con sus hojas, siempre verdes, los grandes cuadros donde crecian el durah, la cebada y los melones: el agua fresca y sonora corriendo por diferentes conductos regaba el pié de los tiernos naranjos: durante la estacion ha-

bia bananas, granadas y albaricoques, y siempre multitud de flores olorosas.

En aquel dichoso asilo, al cual nunca se aprocsimó la tristeza, la rosa, el jazmin, la menta, el narciso de ojos grises y el agenjo de flores azules, parecian sonreir á la vista, y cuando los ojos estaban ya hartos de su hermosura todavía halagaba su dulce perfume.

¿Qué espesura escapa á la penetrante vista del pájaro?

De todos los puntos del cielo habian acudido esos amigos de los frutos y las flores. Hubiérase dicho que conocian la mano que los alimentaba. Por las mañanas, cuando salia Abdallah de su tienda para estender el tapiz de la oracion sobre la yerba húmeda aun por el rocío, le saludaban los gorriones con sus picos alegres, las palomas torcaces ocultas entre las anchas hojas de la higuera, arrullaban mas tiernamente; las abejas venian á posarse sobre sus hombros, las mariposas daban vueltas á su alrededor. Flores, pájaros, insectos y aguas murmuradoras, todo cuanto vivia parecia darle gracias, y este concierto de cantos y murmullos elevaba el alma de Abdallah hácia Aquel que le habia concedido la abundancia y la paz.

El hijo de Halima, que nunca deseó para sí las riquezas, habia hecho participar de ellas á todos los suyos. En un estremo del jardin habia abierto un estanque profundo, en el cual caia el agua á grandes borbotones guardando su frescura durante la sequía del verano. Los pájaros que revoloteaban

alrededor, atraian desde léjos las caravanas.

¿De dónde viene este agua? decian los camelleros. Al cabo de tantos años como hace que cruzamos el desierto, nunca habíamos visto esta cisterna. ¿Nos hemos estraviado quizás? Llenamos los odres para siete dias y hé aquí que encontramos agua á la tercera jornada. ¿Por ventura son estos los jardines de Irem (2) visibles á nuestros ojos merced á un prodigio?

Halima respondió á los camelleros:

—No, estos no son los jardines de Irem, esto no es el palacio del orgullo: lo que veis es obra del trabajo y la oracion; Dios ha bendecido á mi hijo Abdallah.

Y el pozo se llamó desde entonces el pozo de la Bendicion.

(2) Cheddab, rey del pueblo de Ad, habiendo oido las alabanzas del Paraiso y sus delicias, quiso levantar un palacio rodeándole de jardines, cuya magnificencia fuese superior á los del paraiso.

CAPITULO XII.

LOS DOS HERMANOS.

Tres cosas cautivan la mirada, dice un proverbio: el agua corriente, la verdura y la belleza. Halima que comprendia lo que faltaba á aquel jardin tan verde y tan bien regado, repetia con frecuencia á su hijo que un hombre no debe dejar que se pierda el nombre de su padre; pero Abdallah hacia poco caso de sus amonestaciones y nada estaba mas distante de su pensamiento que el matrimonio. Los deseos de su alma se reconcentraban en otro punto: contemplando la hoja del trébol se preguntaba por medio de qué accion, ó merced á qué virtud podria complacer á Dios, de modo que le concediese el único bien que deseaba. En el corazon humano no hay lugar para dos pasiones.

Una tarde que Hafiz, secundando los deseos de su hermana, desplegaba toda la elocuencia para decidir á aquel potro salvaje á aceptar el freno, se

oyeron á lo léjos varios tiros: era la señal de la aproximacion de una caravana. Abdallah se levantó para salir al encuentro de los estranjeros, dejando á su madre y á su tio con menos esperanzas que nunca de conseguir su intento.

No tardó mucho en volver conduciendo á la tienda un hombre jóven aun, pero ya grueso y pesado. El estranjero saludó al Cojo y á su hermana mirándolos con grande atencion, despues fijando sus ojillos en Abdallah, preguntó:

—¿No es esta la tribu de los Beni-amers y esta la tienda de Abdallah hijo de Yusuf?

—Abdallah es el que tiene la honra de recibiros, contestó el jóven, y cuanto veis aquí pertenece á vuestra señoria.

—¡Pero es posible! esclamó el recienvenido, diez años de ausencia me han desfigurado de tal modo, que ya soy un estranjero en esta habitacion. ¿Abdallah ha olvidado á su hermano? ¿Mi madre no tiene ya mas que un hijo.

La alegría de volverse á ver despues de una ausencia tan larga fué inmensa. Abdallah no se cansaba de abrazar á su hermano y Halima acariciaba alternativamente á sus hos hijos. Hafiz pensaba entre tanto que el hombre es naturalmente inclinádo á la desconfianza. Acusar de ingratitud al egipcio era un crímen y este crímen lo habia cometido el anciano pastor multitud de veces.

Acabada la comida y despues que trajeron las pipas, Omar tomó la palabra estrechando afectuosamente la mano del beduino.

—Qué feliz soy al volver á verte; y tanto mas cuanto que vengo á hacerte un favor.

—Habla hermano, dijo Abdallah. Como nada espero ni temo sino de Dios, ignoro que favor podrás hacerme. No obstante, el peligro se suele aproximar sin que se le sienta, y en estos casos nada reemplaza á la prevision de los que nos quieren bien.

—No se trata de peligros sino de fortuna, replicó el hijo de Mansur. He aquí lo que me trae.

Vengo de Taif, á donde el gran sherif me habia llamado. Omar, me dijo al verme en su presencia, sé que eres el mercader mas rico y mas prudente de Djeddah, en el desierto no hay quien no le conozca: las tribus respetan tu nombre y á la vista de tu sello todos se encuentran prontos á proporcionarte camellos para trasportar tus mercancías y valientes para defenderlas. Por estas y otras razones he concebido hacia tí grande estimacion y te llamo para darte de ella testimonio.

Yo me incliné respetuosamente aguardando las órdenes del sherif, que se acarició largo tiempo la barba antes de seguir hablando.

El bajá de Egipto, esclamó al fin, que tiene en grande estima mi amistad como yo tengo la suya, me envia una esclava para que sirva de ornamento á mi harem: esclava á la cual por respeto á la persona que me la envia, yo no puedo menos de dar el título de esposa. El bajá me hace un gran honor y yo lo acepto reconocido aun cuando ya soy viejo y á mi edad, y teniendo á mi lado una mujer que me

quiere, hubiera sido mas prudente no comprometer la paz doméstica. Ahora bien, el caso es que la esclava no está aquí, y para que la traigas recurro á tu habilidad y tu prudencia. Esa mujer no puede desembarcar en Djeddah, porque allí domina el turco; es necesario que salte á tierra en Yambo, en mis dominios. El camino de Yambo á Taif es largo, y en el desierto hay bandas errantes y tribus orgullosas que á veces desconocen mi autoridad. Al presente no entra en mis planes hacerles la guerra; pero no me conviene tampoco esponerme á un insulto. Necesito, pues, un hombre sagaz y hábil que vaya á Yambo por su propia cuenta. Tú puedes hacer ese viaje con facilidad y sin que llame la atencion. Nada mas natural que salir al encuentro de alguna consignacion importante.

Además, hay la ventaja de que nadie atacará á un simple mercader, sobre todo en un pais donde tienes tantos recursos y cuentas con tantos amigos.

Asi me habló el sherif. Por mi parte quise rehusar aquel peligroso favor, pero me lanzó una mirada terrible que me obligó á enmudecer y resignarme.

La cólera de los príncipes es como el grito del leon: irritarlos es perderse.

«Jefe de los creyentes, le respondí, es verdad que Dios ha bendecido mis trabajos y que puedo contar con algunos amigos en el desierto. A tí te toca mandar á mí escuchar y obedecer.»

—Bien, dijo Abdallah, hay riesgos que correr y corriéndolos se puede alcanzar gloria.

—Por eso he venido á verte, replicó el hijo de Mansur. ¿A quién cederia yo una parte en esta noble empresa sino á tí, hermano mio, el valiente entre los valientes, al previsor Hafiz y á vuestros atrevidos compañeros? Los beduinos del desierto no me han visto nunca y solo conocen mi nombre: por otra parte en lugar de defender mi caravana, podrian saquearla como ya han hecho mas de una vez; mientras que estando tú y los tuyos, se mirarán mucho en ello antes de intentarlo. A tí te corresponde, pues, ponerte al frente de esta empresa, y para tí será la gloria que de ella resulte.

Ya ves que te hablo con toda confianza: yo no soy mas que un mercader; tú eres hombre de consejo y de accion. En el desierto dicen que soy rico y la mayor parte solo estima mi dinero: esta reputacion mas es un peligro que una ventaja: á tí por el contrario, todos te temen y te respetan: el nombre del hijo de Yusaf es un escudo, su persona equivale á un ejército. Sin tí nada puedo hacer; contigo, estoy seguro de salir adelante en un negocio, en el cual juego mi cabeza. ¿He hecho mal contando contigo?

—No, dijo Abdallah: somos anillos de una misma cadena: desgraciado el que la rompa. Partiremos mañana y suceda lo que quiera me encontrarás siempre á tu lado: el hermano ha nacido para ayudar al hermano.

CAPITULO XIII.

—

LA CARAVANA.

Aquella misma noche quedó todo preparado para el viaje: se llenaron las odres, se hicieron las provisiones, se contaron los haces de heno y se repasaron los arneses. Abdallah escogió los camellos mas seguros y los conductores mas inteligentes. Despues invitó para que le acompañasen á doce jóvenes compañeros suyos, gente toda de confianza, y para los cuales eran placeres las fatigas y la guerra. ¿Quién no se hubiera sentido orgulloso siguiendo al hijo de Yusuf? Su mirada imponia respeto, su palabra cautivaba el corazon. Con el sable siempre desnudo y la mano abierta, era el mas valeroso de los jefes y el mas leal de los amigos. A su lado se estaba tan seguro como el milano entre las nubes ó el muerto en su sepulcro.

Por lo que hace á Hafiz, no durmió en toda la noche. Limpiar las espingardas, probar la pólvora,

fundir las balas y afilar los sables y los puñales era un trabajo tan de su gusto, que por nada del mundo lo hubiera encomendado el Cojo á otra persona.

Cuando las estrellas comenzaron á palidecer se puso en marcha la caravana. Abdallah á la cabeza junto á Omar: Hafiz en las últimas filas previniéndolo todo y dirigiendo oportunamente, ya una frase de reconvencion, ya una palabra de estímulo. Los camellos guiados por sus conductores, que entonaban una cancion monótona, caminaban lentamente unos en pos de otros. En medio de la banda y cubierto de oro, seda y plumas vistosas, caminaba orgulloso un magnífico camello de la raza de Omar, llevando sobre sus espaldas la litera guarnecida de brocado y terciopelo que se destinaba á la nueva favorita.

Le escoltaban doce beni-amers montados en magníficos caballos, y en cuyas armas cinceladas y bordados de oro de los negros albornoces, relucian los primeros rayos del sol de la mañana. A la escolta seguia la yegua de Abdallah conducida del die tro por un servidor. No podia imaginarse nada mas hermoso que aquel noble animal: era el orgullo de la tribu y la desesperacion y envidia de todos los beduinos. Llamábanla Paloma, y era en efecto tan blanca, tan mansa y tan veloz como una de estas cándidas aves.

Abdallah, vestido de simple camellero y armado de un largo baston con punta de hierro, iba á pié al lado de Omar, que caminaba tranquilamente montado en su mula. Atravesaban un pais amigo,

y los dos hermanos podian hablar á sus anchas sobre los recuerdos de la niñez sin temor de ninguna clase. Cuando el sol cayó á plomo y el aire abrasador comenzaba á enervar los hombres y las bestias, Yusuf se colocó junto al primer guia y con voz lenta y grave cantó uno de esos himnos del desierto que alivian las fatigas de la jornada.

¡Dios solo es grande! un soplo de su aliento
es el simoun que las arenas barre:
La ronca tempestad es el acento
De su voz jigante.
Por eso las arenas y las fuentes,
Cielo y rayo y aire,
Repiten en su canto á los creyentes;
¡Solo Dios es grande!

—

¡Dios solo es grande! por eso á su mandato
se ven las olas hasta el cielo alzarse,
y que humilde despues sobre la arena
limpias se deshacen.
Por eso las arenas y los hombres
los ángeles y mares
repiten prosternados en el polvo,
¡solo Dios es grande!

¡Oh influjo poderoso del nombre Divino! Al eco de sus alabanzas, hasta los animales olvidaban su fatiga marchando con paso firme, los camelleros levantaban la cabeza y todos parecian refrescarse en la armonia de aquellas palabras como en un agua pura y corriente: la fuerza del alma constitu-

ye la energia del cuerpo y para el alma no hay fuerzas mas que en Dios.

Así pasó el primer dia.

Á la mañana siguiente se tomaron algunas precauciones. Hafiz salió á la descubierta y no se pusieron en camino hasta que se levantó la luna. La jornada se hizo en el mayor silencio, deteniéndose mas temprano que el dia anterior; pero no vieron tampoco á nadie. Los dias siguientes pasaron igualmente sin que ocurriera nada de particular, y en la tarde de la novena jornada descubrieron al fin los muros y las torres de Yambo.

CAPITULO XIV.

KAFUR.

La caravana se detuvo poco tiempo en la ciudad: el buque que conducia á la esclava estaba en el puerto desde el dia anterior, y Omar tenia prisa por verse sano y salvo en su casa.

La sultana desembarcó en el puerto. Un bote del brik en que habia llegado, condujo al muelle dos mujeres envueltas en ámplios mantos de tafetan negro, las cuales, á escepcion de los ojos tenian la cara cubierta con un velo de muselina blanca que les llegaba hasta los piés. Omar recibió á las dos estranjeras inclinándose con respeto, y las condujo hácia la litera que los aguardaba.

A la voz de Abdallah, el dromedario se puso de rodillas: una de las mujeres subió lentamente al palanquin y se sentó, recogiendo á su alrededor con esquisita gracia los largos y flotantes pliegues de su vestidura: la otra se aproximó con la misma serie-

dad, pero despojándose de pronto del manto y el velo, se los puso al mercader sobre la cabeza, rodeándole la muselina á la cara como si lo quisiera ahogar; hecha esta operacion y colocando un pié sobre el camello, saltó á la litera con la agilidad de un gato, y sin miramiento alguno á las personas desconocidas que la rodeaban, hizo á los beduinos confusos un gesto de mono y comenzó á reir como una loca.

—Kafur, he de hacer que te azoten, esclamó la dama del velo, que apenas podia mantener su seriedad.

Pero Kafur no daba crédito á las amenazas de su señora, y asomada á la portezuela con la mano en la cintura, esperaba que Omar apareciese para sacarle la lengua en son de mofa.

Cuando el mercader pudo al fin desenvolverse de la nube de seda y muselina en que se hallaba liado, y levantó los ojos hácia la persona que le habia ultrajado de aquella manera, no pudo menos de sorprenderse al ver que los graves beduinos y el mismo Abdallah podian apenas contener la risa, y encogiéndose de hombros le mostraban á su enemigo.

Era este una muchacha, una negrilla de la mas perfecta fealdad que puede concebirse.

Una cara redonda y aplastada, unos ojillos cuyo blanco apenas se veia, una nariz aplastada, de la cual pendia un anillo de metal, unos lábios enormes, dientes blancos como los de un perro, y la barba pintada de rayas rojas y azules, he aqui con

algunos rasgos bosquejada la figura de la dama. Para hacer resaltar mejor su fealdad, la habian cargado de diges y joyas como á un ídolo. En lo alto de la cabeza llevaba un penacho de plumas de loro: la espesa lana que le cubria la frente se dividia en pequeñas trenzas adornadas de monedas de oro: de sus orejas agújereadas como una criba, habian colgado multitud de pendientes de todas formas y tamaños; un collar de esmalte azul brillaba sobre su pecho; siete ú ocho brazaletes de coral, de ámbar y filigrana, le subian desde la mano al codo, y por último, en cada pierna llevaba una gruesa ajorca de plata. Tal era Kafur, delicias de su señora.

A los locos se les permite todo: son los favoritos de Dios, su alma está en el cielo mientras su cuerpo se arrastra por la tierra. A escepcion de Omar que aun le guardaba cierto rencorcillo, toda la caravana simpatizó con la pobre negrilla. Era evidente que no estaba en su cabal juicio: hablaba y reia sin cesar, su lengua no perdonaba á nadie, y sus palabras carecian hasta de objeto.

Primero se quedó un rato contemplando al mercader, que rodeado de sus esclavos y medio tendido en su mula, caminaba al lado de la litera, fumando con mucha tranquilidad tabaco de Persia en una pipa de jazmin. Como uno de sus servidores hubiese cargado demasiado la pipa, Omar le alargó una bofetada por única reprension.

—Señora, esclamó Kafur, ves ese viejo que lleva los pies metidos en unas babuchas y parece que vá enterrado en el cojin de su caballería? Pues es

un judio. Ten cuidado con él, por un duro nos haria azotar y por un zequí nos venderia.

Leila se reia á carcajadas y Omar enfurecido amenazaba á la negrilla con el puño. ¡Tratar de judío y de viejo á un hombre que contaba por millones las piastras! ¿Podia darse mayor locura? ¿Qué persona razonable se hubiera atrevido á tanto?

Pronto le tocó el turno á Abdallah que pasaba revista á la caravana. Vestía su trage de guerra y todos admiraban la apostura del jóven jefe. Su blanco albornoz flotaba en anchos pliegues sobre su espalda, en su cintura brillaban las culatas de labor damasquina de sus pistolas y el puño de plata de su candjar; un turbante de seda roja y amarilla sombreaba sus ojos y hacia resaltar el brillo y la altivez de su mirada. Parecia tan hermoso que todos los corazones volaban tras él. Hasta la misma yegua parecia orgullosa de su dueño. Con el cuello cargado de bellotas y anillos de oro, la Paloma levantaba aspirando el aire su cabeza de serpiente y sus orejas semejantes á cañas: de su ancha nariz parecia arrojar fuego, y al verla escapar, volver y detenerse de pronto, hubiérase dicho que caballo y caballero tenian una misma voluntad. Cuando el hijo de Yusuf se detuvo junto á la litera, un camellero dijo á Kafur.

—Mira muchacha, mira, ¿entre tus gordos y pesados egipcios, ó en tu Magreb, se encuentran figuras tan bizarras como esta?

—Mira, señora, esclamó Kafur inclinándose sobre el cuello del dromedario, ¿qué trage tan rico,

qué aire tan noble, qué mano tan fina y qué ojos! lástima que los lleve bajos! ¡Eh! ave del paraiso, ¿no quieres mirarnos? gritó dirigiéndose al hijo de Yusuf. ¡Vaya! ¿pues si es una mujer disfrazada, la virgen de la tribu sin duda! Camellero, hazle que suba con nosotros. Este es su sitio.

—¿Callarás, pagana? dijo Abdallah, á quien comenzaba á faltar la paciencia.... será preciso coserte la boca para enfrenar tu lengua de serpiente.

—No lo dije, continuó Kafur riendo á carcajadas, es una mujer: un hombre no se venga con injurias. Ven aquí, las mujeres han nacido para ser amigas. Tú eres hermosa, yo tambien lo soy, pero mi ama es la mas hermosa de las tres. Sino, mira.

La vista es tan pronta como el pensamiento. Abdallah levantó los ojos hácia la litera y Kafur, jugando, tiró un poco del velo de su señora: esta asustada, echó la cabeza atrás y el velo se rompió. Viéndose con la cara descubierta, Leila arrojó un grito, se ocultó el rostro con una mano y con la otra dió un golpe á Kafur, que comenzó á llorar.

Todo esto pasó en menos tiempo del que dura un relámpago.

—¡Qué mujer tan hermosa! pensó Mansur: he de poder poco ó ha de ser mia.

—Gloria á Dios que la ha creado y que la ha creado tan perfecta, murmuró el hijo de Yusuf.

¿Quién podria sumar todo el placer ó la amargura que encierra un solo instante? ¿Quién podria decir hasta qué punto aquella figura que no habia

hecho mas que aparecer un momento á su vista, penetró en el fondo del alma de Abdallah.

La caravana continuaba andando, y el beduino permanecia inmóvil.

Leila habia vuelto á taparse con el manto, y sin embargo, Abdallah seguia viendo una mujer que le sonreia: cerraba los ojos y apesar suyo veia una frente blanca como el marfil, unas mejillas frescas como el tulipan, unos cabellos negros como el ébano, que caian en rizos sobre un cuello de gacela, como cae la rama de una palmera cargada de dátiles dorados.

Dos lábios semejantes á un hilo rojo se entreabrian y le llamaban por su nombre: dos ojos hermosísimos le miraban, dos ojos rodeados de una franja azul y que brillaban mas suavemente que las violetas húmedas con las gotas del rocío.

Abdallah sintió que el corazon se le escapaba, ocultó el rostro entre las manos y rompió á llorar.

La caravana seguia marchando.

Hafiz que cerraba la comitiva, se encontró junto á su sobrino, y asombrado del silencio y la inmovilidad del valiente gefe, se aproximó á él y le tocó el brazo diciéndole:

--¿Hijo mio, hay algo nuevo, no es verdad?

Abdallah se estremeció, y volviendo en sí como el que sale de un sueño.

-Sí tio, le contestó con voz desfallecida.

—¿Se acerca el enemigo? esclamó el Cojo, cuyos ojos centellearon, ¿lo has visto? ¡Gloria á Dios, que va á hablar la pólvora!

—No, nadie nos amenaza: el peligro no viene de ahi.

—¿Pues qué sucede, hijo mio, replicó el anciano con aire inquieto, estás enfermo? ¿tienes calentura? Ya sabes que soy tambien médico.

—No es eso tampoco, padre mio; en la próxima parada os lo diré todo.

—Me aturdes, dijo Hafiz. Si no te agitan ni el peligro ni la fiebre, ¿es alguna mala pasion la que perturba tu alma? Ten mucho cuidado, hijo mio, con la ayuda de Dios se abate al temerario; con la ayuda de Dios se apaga la fiebre. Solo hay un enemigo contra el cual no cabe defensa, y ese enemigo es nuestro corazon.

CAPÍTULO XV.

HISTORIA DEL SULTAN DE CANDAHAR.

Despues que se detúvo la caravana condujo Abdallah á su tio á un lugar apartado; el Cojo se sentó sobre un tapiz y comenzó á fumar sin decir una sola palabra. El jóven jefe se echó sobre la tierra envuelto en su albornoz, permaneciendo inmóvil por algun tiempo; luego besó la mano de Hafiz esclamando:

—Querido tio, yo imploro la proteccion de Dios. Lo que Dios quiera ha de ser, porque solo en él hay poder y fuerza.

Y con voz conmovida le refirió todos los pormenores de aquella vision que le habia turbado el alma.

—¡Oh, hijo mio! Esclamó suspirando el anciano pastor, ve ahi las consecuencias de no haber escuchado nuestros consejos. Dichoso el que sin mas deseo que trasmitir á otras generaciones el nombre de su padre, escoge en su tribu una mujer virtuosa

y obediente: desdichado el que deja prender su alma en las redes de una estranjera. Nada bueno puede venir del Egipto. Desde el tiempo de José todas las mujeres de ese país son pérfidas, dignas hijas de Zuleika (1).

—Pero tio, ¿qué estais hablando de perfidia? Todo ha sido obra de la casualidad.

—No lo creas, hijo mio: nada es casual en esas cazadoras astutas que tienden sus redes por todas partes.

—¿Creeis que ella se ha ocupado de mí? Esclamó el jóven levantándose: ¡Locura tio! os engañais. Dentro de dos dias estaremos en Taif; dentro de dos dias nos separaremos para no volvernos á ver jamás, y sin embargo, yo conozco que la amaré toda mi vida.

—Sí, tú la amarás; pero ella te olvidará por el primer dige que le ofrezca su nuevo dueño. Tu corazon le sirve de juguete; cuando le pase el capricho lo romperá. Recuerda, hijo mio, lo que dice el Korán á propósito de ese ser imperfecto y caprichoso que crece entre las bagatelas y los adornos (2): la razon de las mujeres es la locura: su religion el amor. Semejantes á las flores son la delicia de los ojos y el encanto de los sentidos; pero son flores envenenadas; infeliz del que se aproxima á ellas; pronto tendrá el sudario por vestidura! Cree en la esperiencia de un viejo; he visto mas familias des-

(1) Este es el nombre que dan los árabes á la mujer de Putifar.

(2) Korán, XLIII.

truidas por las mujeres que por la guerra: mientras mas noble y generoso es el hombre, mas en peligro está de ser su víctima.

¿No sabes la historia del sultan de Candahar? Pues este sultan era un verdadero creyente, aunque vivió en época de ignorancia (1), y un sábio á pesar de ser rey. Habia recogido toda la sabiduria que la prudencia humana habia atesorado hasta entonces para dejar á sus hijos una herencia digna de él. Los filósofos de la India formaron con ella una biblioteca que le seguia á todas partes, necesitando diez camellos para trasportarla de un punto á otro.

«Remontaos á los principios de esa ciencia y reducidla á las premisas mas importantes.»

Así dijo un dia el sultan, y un gran número de ancianos bracmanes, escogidos por el príncipe, cumplieron sus órdenes, reduciéndolo todo á la carga de un camello. Era aun demasiado: otros sábios del pais redujeron aquel compendio de la esperiencia de muchos siglos á diez volúmenes, despues á cinco, hasta que por último quedó en uno la que podria llamarse quinta esencia del saber humano: y este fué el libro que ofrecieron al sultan despues de encerrarlo en un estuche de oro y terciopelo. El príncipe habia reinado muchos años y la vida tenia ya para él pocos secretos: abrió el libro y comenzó á borrar todo aquello que el sentido comun dicta á un hombre avisado. «¿Cuál es el verdadero

(1) Es decir, antes de aparecer el islamismo.

peligro para mis hijos? pensaba. ¿La avaricia? No; esta es enfermedad de los viejos. ¿La ambicion? Tampoco: esta es virtud en los reyes. Borremos todo esto.» Pero cuando llegó á donde se trataba de de una pasion mas fuerte, le llamaron tanto la atencion algunas frases por su verdad y su laconismo que arrojó el libro al fuego y legó á sus hijos aquella sola máxima llamándola la llave del tesoro de la vida.

Hé aquí la máxima:

Toda mujer es pérfida, y mas que todas la que te ama.

¿Quiéres tú, hijo mio, ser mas prudente que aquel pagano, mas ilustrado que Salomon y mas sábio que el Profeta?

No, créeme: la belleza de la mujer es como la vaina de nuestros sables, una cubierta dorada que oculta la muerte. No vayas en busca de tu perdicion. Piensa en Dios, guárdate para tus antiguos y fieles amigos, y si he de hacerte el último llamamiento, ten piedad de tu pobre madre y del viejo Hafiz.»

—Teneis razon, respondió tristemente Abdallah.

Y sin añadir otra palabra, volvió á acostarse, liándose el albornoz á la cabeza. Por la primera vez de su vida no daba crédito á las palabras de su tio: por la primera vez olvidó el trébol de cuatro hojas.

CAPÍTULO XVI.

—

EL ATAQUE.

La noche es un bálsamo para la fatiga, y un tósigo para la tristeza.

El hijo de Yusuf se levantó mas enfermo que la víspera. Embriagado de una incurable locura, no se sentia dueño de sus fuerzas ni de su voluntad: de la furia de la fiebre pasaba al marasmo de la desesperacion. Aquella litera le atraia á pesar suyo, pero al llegar á su lado volvia la brida huyendo como perseguido por dos ojos terribles y encantadores. Si veia desde lejos que un ginete se aproximaba al palanquin ó que el hijo de Mansur levantaba la cabeza hácia las dos mujeres, lanzaba su caballo al galope como si fuera á herir á un enemigo: despues se detenia de pronto, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder. Así fatigó su cabalgadura durante toda la mañana.

La Paloma, cubierta de sudor y jadeante botaba

al contacto de la aguda espuela, sin comprender la voluntad de su ginete, y presa como él de un vértigo.

El Cojo lanzaba miradas terribles hacia la litera. Leila permanecia escondida en un rincon, y el tupido velo cubria su rostro. Solo se divisaba á Kafur triste y silenciosa.

Tranquilo por esta parte, buscó Hafiz á su sobrino que corria á la ventura por el desierto. Todo denunciaba en él la turbacion de su espíritu. El viejo dirigió su caballo hacia el de Abdallah.

—Valor sobrino, esclamó al aproximársele; refrena tu corazon, sufre como un hombre y resígnate como buen musulman.

—¡Es que me ahogo! esclamó el jóven, el mal que me devora puede mas que yo. Todo lo prefiero, todo á lo que estoy sufriendo. Venga el enemigo, venga el combate, quiero pelear, quiero morir!

—¡Deseos insensatos, votos culpables! dijo severamente el anciano. Dios es dueño de la vida y la muerte. Guárdate bien no te oiga. Para castigarnos basta á Dios concedernos lo que le pide nuestra locura... Pero ¿qué es esto? añadió saltando al suelo y mirando la arena con atencion. Son huellas de caballos sin que se mezclen con ellas las del pie de los camellos. Una banda armada ha pasado por aquí. Las huellas son recientes, el enemigo no está lejos. ¿Ves como nos ciega la pasion? Tú que eres nuestro jefe, no has reparado en nada y nos conducias á la muerte.

Los dos compañeros tendieron la vista á lo lejos

y no vieron mas que las arenas y las rocas. El camino daba vueltas por entre enormes trozos de granito rojizo arrojados en medio de las arenas, como restos de ruinas colosales. Anchas quebraduras accidentaban el terreno, y los torrentes desecados y las cavernas que se abrian en los flancos de aquellos precipicios, parecian tumbas abiertas para el viajero. No se veian ni un pájaro en el aire, ni una gacela en lontananza, ni un punto negro en el horizonte. Atacados allí, solo podian esperar socorro de Dios y de sus sables.

El Cojo recorrió la caravana. Cada cual se colocó en su sitio, guardando silencio como en una marcha nocturna, solo se oia crugir la arena bajo los pies de los camellos. Despues de una hora de camino, que á todos pareció muy larga, llegaron á la falda de una colina, á la cual era preciso dar vuelta. Hafiz se adelantó, subió á la altura y dejando el caballo á la mitad, llegó hasta la cima deslizándose como una culebra entre las rocas. Desde aquel punto observó el campo y descendiendo sin hacer ruido, puso el caballo á galope hasta colocarse al lado de Abdallah: su rostro estaba perfectamente tranquilo.

—Hay tiendas blancas en la llanura, le dijo á media voz; no son beduinos, son arnautes de Djeddah. Parecen muchos y nos esperan: alguien nos ha hecho traicion. Pero no importa, les venderemos nuestras pieles mas caras de lo que querrian pagarlas. Adelante, hijo mio: cumple con tu deber.

El Cojo llevando en su compañía á seis de los

mas decididos, volvió á emprender el camino de la montaña.

Abdallah llegaba á la cabeza de la columna, cuando de entre las rocas se levantó una humareda blanca, silbó una bala y cayó en tierra un dromedario. En el momento se produjo una gran confusion en la caravána, los camellos espantados se echaban unos sobre otros y caian juntos: los conductores escapaban, los ginetes se arremolinaban en grupos. Parecia aquello un bosque sacudido por la tempestad. Los gemidos de los camellos se mezclaban al relinchar de los caballos y á la confusa voceria de los hombres. Aprovechando los primeros momentos de confusion, un puñado de bandidos, cuyos trajes rojos, calzones blancos y anchas fajas dejaban ver claramente que eran arnautes de Djeddah, se arrojó sobre el dromedario que conducia la litera, empujándolo fuera del camino, en medio de la mayor algazara. En vano Abdallah y sus valientes compañeros quisieron impedirlo; los tiradores emboscados en las rocas les cerraban el paso. Tres veces lanzó el valeroso jefe su caballo contra aquellos enemigos invisibles, tres veces tuvo que retroceder bajo una lluvia de balas, que hacian estragos en sus compañeros.

Abdallah se estremecia de rabia: á su lado y no menos animoso que él estaba Omar, á quien la pasion hacia olvidar toda prudencia, no pensando mas que en el tesoro de hermosura que le escapaba de entre las manos.

—Adelante hermano mio, gritaba, adelante.

Ambos se reunieron para hacer el último esfuerzo cuando comenzó á oirse un fuego graneado por la parte mas alta de la colina. Los arnautes no habian contado con Hafiz, que descendia sobre sus cabezas fusilándolos sin piedad.

Una vez libre el camino, los dos hermanos salieron al escape seguidos por el Cojo.

—Poco á poco, gritaba este á Abdallah, no fatigues el caballo, tenemos tiempo de sobra.

—¿Dónde está Leila, tio? ¿no veis que se la llevan y que es necesario rescatarla?

—¿Qué nos detengamos? Esclamó Omar. ¿Crees que esos bandidos van á esperarnos? Veinte duros al que derribe el dromedario en que va la litera.

Uno de los beduinos apuntó al animal y disparó á riesgo de matar las dos mujeres. El dromedario herido cayó, derribando con él su preciosa carga.

—¡Grandemente! Esclamó el Cojo, mirando al beduino con aire de mofa. Los arnautes te darán las gracias: les has quitado el único estorbo que les detenia. Ahora sí que hemos perdido la sultana.

Hafiz tenia razon: los arnautes rodearon la litera de la cual sacaron una mujer envuelta en un manto negro. Abdallah reconoció á Leila. Obedeciendo las órdenes de su jefe, uno de los raptores tomó á la mujer en la grupa del caballo y partió al golope.

Al ver esto, el hijo de Yusuf se lanzó sobre el enemigo como un águila que hiende las nubes.

—Perro, hijo de perro, gritaba al gefe, si eres hombre enséñanos la cara. O tienes ese caballo tan

hermoso para huir mejor. Y al mismo tiempo que le dirigia estos insultos le disparó un pistoletazo.

—Espera hijo de judio, dijo el gefe volviéndose; mi sable tiene sed de tu sangre maldita.

—A la carga, hijos de la pólvora, gritó el viejo Hafiz: á ellos hijos mios, antes muertos que deshonrados. ¡Cargad! las balas no matan, ni sucede mas que lo que Dios quiere.

Entre tanto Abdallah y el arnaute corrian el uno al encuentro del otro con toda la velocidad de sus caballos: el gefe llegó con su sable en una mano y una pistola en la otra. Abdallah no tenia mas que un puñal sujeto á la muñeca por un cordon, y se habia tendido hácia adelante con la cabeza oculta por el cuello de la Paloma. El enemigo hizo fuego sobre el hijo de Yusuf y erró el tiro. Los caballos se encontraron, se cruzaron los estribos y los dos hombres lucharon cuerpo á cuerpo. Pero Abdallah reunia las fuerzas de un furioso á las de un leon: cogió a su rival por la cintura y le sacudió de una manera terrible hundiéndole el puñal en la garganta. La sangre saltó como el vino de un ordre roto: el arnaute se agitó convulsivamente y cayó de espaldas. Abdallah lo sacó en alto de la silla y lo arrojó en tierra como para aplastarle.

—¡Hé aqui uno que no beberá más! Dijo Hafiz saltando sobre el muerto para despojarle.

La muerte del gefe, los sables de los beduinos que caian sobre sus enemigos como abejas á quienes roban la miel, y las voces de los camelleros que acudian armados de sus espingardas, decidieron

pronto la lucha. La tropa de arnautes desapareció en medio de la nube de pólvora y humo, quedándose atrás los mas valientes para proteger con algunas descargas una fuga que nadie trataba de estorbar. La victoria habia costado cara, sin embargo.

—¡Y bien hermano! esclamó Omar, cuyos ojos arrojaban llamas, ¿permaneceremos aquí mientras esos bandidos se llevan nuestro tesoro?

—Adelante amigos mios, gritó Abdallah. es preciso un último esfuerzo para rescatar la sultana.

—Está aquí, señor, está aquí, respondieron á un tiempo varias voces. Abdallah se volvió bruscamente y sus ojos se encontraron con Leila, á quien acababan de sacar de la litera cubierta de sangre y polvo, pálido el rostro, tendido el cabello y mas hermosa que nunca en medio de aquel desórden.

—Salvadme, decia Leila, dirigiéndose á Abdallah, salvadme. Solo en vos tengo esperanzas.

—Pues ¿á quién se han llevado esos tunantes? preguntó el Cojo.

—Á Kafur respondió Leila. Viéndome en peligro se envolvió en mi manto y me echó sobre la espalda su albornoz.

—¡Buen chasco! esclamó un beduino: esos hijos de perro se han llevado una mona en vez de una mujer.

—Vámonos pronto de aquí, interrumpió el hijo de Mansur, que devoraba á Leila con la mirada, la victoria es nuestra. Señora: prosiguió dirigiéndose á Leila, no lloreis vuestra esclava que ya os buscaremos otra. Por doscientos duros encontraré una

semejante en Djedad y me consideraré dichoso al ofrecérosla.

—Partamos, repetian los camelleros; la banda es numerosa y esta noche volverá á atacarnos.

Hafiz miró fijamente á Abdallah.

—¡Cómo! dijo este, movido por un sentimiento de piedad, ¿dejaremos la negrilla en manos de esos miserables?

—Lo que está escrito, está escrito: respondió Omar, á quien se habian pasado ya las ganas de combatir. ¿Te parece prudente esponer tu vida y la de estos valerosos musulmanes, por correr tras una pagana que puede reemplazarse antes de dos dias? Es preciso que partamos: nos esperan en Taif. ¿Vas á abandonarnos cuando mas necesidad tenemos de tu presencia?

—¡Abdallah! esclamó Leila, levantando hácia él sus hermosos ojos, ¡no me abandoneis!

El hijo de Yusuf se llevó la mano al corazon que sentia desfallecer.

—Nó; dijo despues de un momento de silencio y ansiedad, no se dirá que un beduino falta á su palabra. Si me hubieran confiado un fardo de café, no lo dejaria en manos de esos ladrones, ¿deberé abandonarles una criatuta de Dios? ¿Quién me sigue?

Todos guardaron silencio; al cabo lo rompió uno de los Beni-amers para decir.

—Tenemos seis heridos, y la sultana se ha salvado. Hemos cumplido con nuestro deber.

—Ven hijo mio: esclamó el Cojo con amarga ironía: ya veo que no hay aqui mas que nosotros dos

con sangre de locos en las venas. Partamos. Con ayuda de Dios recuperaremos la muchacha.

—Adios hermano, dijo Abdallah, cuida de la estranjera; si no me ves antes de dos dias, dí al Sherif que he cumplido con mi obligacion, y á mi madre que no me llore.

Y sin volver la cabeza tomó el hijo de Yusuf el camino del desierto acompañado de Hafiz que le quitó el albornoz y le dijo sonriendo al echarle una manta de camellero sobre las espaldas:

—Ahora no necesitamos la piel del leon, sino la del zorro.

Omar les seguia con la mirada, y cuando los vió lejos, dijo para sí:

—¡Si no volvieran, que negocio tan redondo! Con el Sherif estoy seguro de entenderme mejor que con Abdallah. No hay nada mas difícil que deslumbrar y engañar á esas cabezas locas que no entienden razones. ¡Vivan las gentes que calculan! siempre se está á tiempo de comprarlas; su sabiduria nos las proporciona á mitad de precio.

Á medida que Abdallah se alejaba, oia cada vez mas distante las voces de los camelleros y el ruido de la caravana que se ponia en marcha. Todo lo que mas queria iba á abandonarlo por una chicuela desconocida. Mas de una vez quiso volver la vista atrás, pero le contenia la presencia de Hafiz que con los ojos fijos en los suyos, parecia leer en su corazon.

Cuando se desvaneció el último rumor, se detuvieron las yeguas de Abdallah, se volvió hácia la

caravana olfateando el aire como para reunirse á sus compañeros. Hafiz, puso la mano sobre el hombro de su sobrino, y señalándole con la otra el desierto esclamó:

—¡Hijo mio! tu camino es aquel.

CAPÍTULO XVII.

—

LA SULTANA.

Despues de una hora de marcha divisaron las tiendas de los arnautes ocultas hasta entonces por una ondulacion del terreno. El campo estaba rodeado de algunos pastos secos donde comian en libertad los caballos.

Detengámonos aquí, dijo el Cojo, aproximándose á una roca cuya cima doraba aun el postrer reflejo del sol. Tenemos que esperar seis horas todavia. Una vez travados los caballos, se puso Hafiz á recoger ramas secas entreteniéndose en formar con ellas hacecillos, que rellenaba por dentro de algodon y pólvora. Concluida su tarea sacó de la alforja un pedazo de carne ahumada y un puñado de dátiles, comió, y encendiendo despues la pipa, comenzó á fumar tranquilamente.

—Ahora sobrino, dijo Abdallah, voy á dormir. Los enomorados no tienen necesidad de reposo:

pero los viejos no se parecen en nada á los enamorados. Despiértame cuando la osa mayor y sus pequeñuelos estén allá bajo.

Un momento despues dormia profundamente, mientras Abdallah con la cabeza inclinada sobre el pecho, pensaba en aquella mujer á quien habia salvado y que ya no volveria á ver jamás.

El Cojo despertó sin necesidad de que le llamaran un poco antes de la hora que habia indicado, y contempló un momento con ternura á su sobrino.

—Vamos esclamó, animate: querias peligros para olvidar tu locura y Dios te ha escuchado. Valor: dos amigos resueltos salen de una hoguera.

Cuando los dos beduinos llegaron al campamento se deslizaron sigilosamente entre las yerbas y los zarzales, y pasando á gatas por debajo de los vientres de los caballos pudieron asegurarse de que todos dormian en el campo, escepto algunos centinelas colocados en un punto distante. Las luces estaban apagadas en todas las tiendas menos en una: aproximáronse á ella sin hacer ruido y se tendieron en la arena. Desde allí y protegidos por la sombre podian ver sin ser vistos.

—Prestemos atencion á lo que se oye, dijo el Cojo, tal vez sepamos donde está la muchacha.

Al través de la abertura que servia de entrada á la tienda, se veian tres hombres que por sus trajes no parecian simples soldados. Sentados en tapices y fumando largas pipas alrededor de una mesilla sobre la cual humeaban las tazas de café, parecian seguir una conversacion muy animada.

—¡Mal dia! dijo uno de los oficiales. ¿Quién habia de decir al capitan que moriria á manos de un camellero?

—Querido Hassan, respondió el mas jóven de los interlocutores, lo que constituye la desgracia de unos es precisamente lo que hace la fortuna de otros. Muerto el capitan nos toca á nosotros ser jefes.

—Es cierto, querido Mohamed, replicó Hassan, pero ¿cuál de nosotros tres será el jefe?

—Yo vendo mi derecho, dijo el que aun no habia hablado, el cual estaba vuelto de espaldas.

Dicen que la mujer que hemos robado es parienta del bajá de Egipto. Dadme la sultana y me marcho á Epiro para vivir allí á mi gusto. Un hombre entrado en años como yo, se afana poco por una mujer; pero el Sherif no debe ser de la misma opinion. Para él la prisionera vale lo menos cinco mil duros.

—Por mi aceptado, dijo Hassan, y cedo á Kara-Shitan la parte de botin que me toca.

—Yo nó, replicó Mohames; tengo veinte y cinco años y á esta edad no se venden las mujeres. Por el contrario, me sonrie la idea de tener una sultana por esposa y convertirme en primo del bajá.

—Doy mi derecho á la jefatura por la princesa, tiempo tengo para llegar á capitan.

—Podemos entendernos, dijo el de la barba gris: á uno la espada, á otro la mujer y á mi el dinero.

—Está bien, dijo Hassan: yo te ofresco dos mil duros.

—¿Y tú qué me darás Mohamed?

—Yo, dijo el jóven riendo, te prometo cuanto quieras. Cuando no se tiene mas que esperanza en la bolsa no se regatea.

—Tienes una yegua negra, dámela.

—Viejo judío, esclamó Mohamed, atrévete á poner un dedo sobre mi yegua y te hago pedazos.

—Pues no tendrás la sultana.

—¿Quién me lo vá á impedir?

—Un hombre que no te teme, dijo Kara-Shintan, y dirigiéndose al fondo de la tienda, añadió:

—La sultana está aquí, ven á buscarla.

Mohamed desnudó el puñal: Hassan se interpuso entre los dos rivales tratando de apaciguarlos.

—Ya son nuestros, murmuró el Cojo al oido de Abdallah. Voy á llamarles la atencion fuera de la tienda, entre tanto coge la muchacha, parte con los caballos y espérame en las piedras coloradas hasta que amanezca.

A fuerza de ruegos y de razones, logró Hassan apaciguar á los dos jefes, y Kara-Shitan colgó de su cintura un sable magnífico que Mohamed miraba con sentimiento.

—En fin, dijo el jóven, puesto que he comprado la sultana, dámela

—Nada mas justo, respondió Kara-Shitan, y aproximándose á la cortina que cubria el fondo, llamó en voz alta á la estranjera. La cortina se levantó y salió una mujer velada y envuelta en un manto egipcio.

El jóven arnaute se aproximo á ella y le dijo,

procurando dulcificar su voz:

—Señora, la guerra tiene sus derechos. Ya no pertenecéis al sherif. Sois mia, porque os he pagado con mi oro como os hubiera pagado con mi sangre.

—Caro es, dijo una voz burlona que al momento reconoció Abdallah.

—La hermosura no tiene precio; añadió Mohamed. ¿Qué tesoro podria pagar vuestros encantos?

—Con dos bolsas sobraria dinero, respondió la dama velada.

—No es esa la opinion del sherif. El gefe de los creyentes daria la mitad de sus riquezas por ocupar mi sitio al lado de la hermosa egipcia.

—Si la caravana no se detiene, replicó la desconocida, la hermosa egipcia estará mañana en Taif,

—¿Quién sois vos entonces? Preguntó Mohamed.

Por toda respuesta cayó el velo dejando ver las negras facciones y los blancos dientes de Kafur. La negrilla tenia un aspecto tan estraño, que Kara-Shitan no pudo contener la risa con lo cual acabó de desesperarse su jóven compañero.

—¡Desdichado el que intente jugar conmigo, porque lo pagará temprano ó tarde! esclamó mirando Kara-Shitan. Y, tú, perra maldita, no contarás el lance. Esto diciendo y cegado por la rábia, sacó una pistola y disparó sobre Kafur.

La negrilla se tambaleó esclamando un grito de dolor y de miedo. En el mismo instante sonó un tiro, y Mohamed dió una vuelta y cayó en tierra bañado en sangre. Abdallah entró en la tienda con una pistola en la mano.

—¡A las armas! gritaron los dos jefes llevando las manos al puño de sus sables.

Kafur, veloz como un relámpago, derribó el velador con la lámpara. Abdallah sintió entonces una mano que se apoderaba de la suya y le conducia al fondo de la tienda. Atravesar la habitacion destinada á las mujeres, y levantar un estremo de la tela para buscar una salida, fué cosa fácil para Kafur, que parecia ver claramente en medio de las tinieblas de la noche.

Una vez fuera, Abdallah cogió á la muchacha en brazos y huyó con ella internándose en el desierto.

La voz de los jefes habian puesto en conmocion á toda la banda: pero cuando se precipitaron á la tienda no encontraron á nadie.

—¡A caballo! gritó Hassan, muerto ó vivo es necesario que el traidor caiga en nuestro poder.

De repente una luz ardiendo cayó en medio de las yerbas secas. Los caballos espantados rompieron las trabas y huyeron hacia la llanura: al mismo tiempo se oian voces que gritaban, ¡fuego! fuego! y el incendio se apoderaba del campamento por sus cuatro costados.

—Adelante muchachos, exclamó el capitan; esto es un ataque en regla: el enemigo está á nuestro alcance ¡adelante!

El Cojo estaba con el oido contra el suelo: cuando sintió que se aproximaban hácia él, exclamó:

—¡Dios es grande! Abdallah se ha salvado.

Y escondiéndose en un matorral, dejó pasar á los

arnautes: saltando despues sobre un caballo estraviado, se lanzó hacia el desierto sin que le inquietasen las balas que silvaban á su alrededor.

CAPÍTULO XVIII.

LA HOJA DE PLATA.

Abdallah corrió con su carga hasta llegar á la roca donde habian trabado los caballos. Sentó á la chica en el arzon y aflojó las riendas á la Paloma que devoraba la tierra secundada por el caballo del Cojo. Durante algun tiempo no osó detenerse el hijo de Yusuf á escuchar si le seguian; más tranquilo á medida que se alejaban, acortó el paso de su cabalgadura, tratando de orientarse en medio de la noche para llegar al punto de cita que su tio le habia señalado.

Durante aquella rápida carrera, habia permanecido Kafur muda é inmóvil, estrechándose contra el pecho de Abdallah: cuando comprendió que habia pasado el peligro, comenzó á llamar en voz baja á su salvador.

—¿Tú tambien estabas prisionero? le dijo.

—No, á Dios gracias, respondió Abdallah.

—Entonces, ¿por qué has venido entre tus enemigos?

—¿Por qué? dijo el hijo de Yusuf sonriendo: porque queria salvarte.

La respuesta sorprendió á Kafur y se quedó un rato pensativa.

—¿Y por qué, dijo al fin, querias salvarme?

—Porque te habian confiado á mi guarda.

—Guárdame siempre, Abdallah; nadie me guardará mejor que tú.

—Yo no soy tu dueño, replicó el beduino: perteneces á Leila.

Kafur suspiró sin añadir palabra alguna. Cuando llegaron á las piedras coloradas, Abdallah tomó en peso á la niña para bajarla del caballo, y esta arrojó un grito que en balde trató de ahogar.

—No es nada, señor, dijo, es que estoy herida. Á la claridad de las estrellas le enseñó su brazo sangriento; la bala habia resbalado por la espalda, desgarrándole la carne.

Abdallah examinó la herida, la lavó y colocó sobre ella un vendaje. Kafurle miraba con asombro.

—Si no te pertenezco, dijo, ¿por qué tienes tanto cuidado conmigo?

—¡Silencio, pagana! Tú no conoces los preceptos del libro de la verdad. «Adorad á Dios sin asociarle otra persona. Sed buenos para convuestros padres, para con vuestros parientes, para con los huérfanos, para con los pobres, para con el prógi-

mo que es de vuestra sangre, para con el prógimo estranjero, para con vuestros compañeros, para con el caminante, para con el esclavo que poseeis. Dios aborrece el orgullo, la vanidad y la avaricia. (1)»

—¡Qué hermoso es eso! dijo Kafur, ¡y qué grande debe ser el Dios que lo ha dicho!

—Calla y duerme, interrumpió el jóven; la jornada de mañana será larga y tienes necesidad de reposo.

Hablando de esta suerte, Abdallah tomó á la pobre niña sobre sus rodillas y envolviéndola en su albornoz, le apoyó la cabeza sobre su brazo derecho. Kafur se durmió en seguida; su sueño era agitado y hablaba soñando. Abdallah sentia latir su corazon; pero poco á poco fué calmándose, cedió la tension de sus miembros, y apenas se le oia respirar. El soldado mecia dulcemente aquella niña que el azar de la guerra le habia dado por un dia: contemplando aquella pobre criatura pensaba en cuánto habia sufrido por él su madre y sólo de ella se ocupaba la imaginacion.

Así, gozando de una paz desconocida, permaneció hasta las últimas horas de la noche. Todo callaba en torno suyo, ni un soplo de la brisa nocturna venia á interrumpir aquel silencio profundo; solo en el cielo se movia lento y mudo ese ejército luminoso que desde hace tantos siglos obedece el mandato del Eterno. Aquella calma solemne refrescaba el espíritu de Abdallah haciéndole olvidar los

(1) Korán, IV, 40.

peligros del presente y las inquietudes del porvenir.

El alba se anunciaba apenas iluminando débilmente el horizonte, cuando se oyó á lo lejos el aullido de un chacal, que se repitió hasta tres veces. Abdallah contestó con un grito semejante.

Le respondieron y á poco un caballo jadeante se detuvo junto á las piedras coloradas. Hafiz se habia salvado.

—Vamos, sobrino, dijo riendo; la partida no se ha jugado del todo mal. Allá los dejo ahumados como ratas. Ahora en marcha. Es preciso que no nos esperen en Taif.

Un esplendor rojizo anunciaba la salida del sol; Abdallah tendió el tapiz de la plegaria y los dos compañeros, vueltos hácia la Meca, dieron gracias al Omnipotente que los habia sacado del peligro.

—Abdallah, dijo Kafur arrodillándose delante de su salvador, tú eres mi Dios y á tí te adoro.

—Calla, maldita, esclamó el hijo de Yusuf. No hay mas que un Dios al que no puede asociarse persona alguna. Él es el Eterno, el incomparable, el Único, sólo á Él se debe adorar.

—Que tu Dios sea el mio, añadió Cafur; yo no quiero ya á un Dios que me dejaba matar.

—Tu Dios, dijo Abdallah, es ciego, sordo y mudo; será sin duda algun pedazo de leño que se pudre en el fondo del Magreb.

—No; interrumpió la niña, mi Dios estaba conmigo y me ha hecho traicion. Toma, añadió sacándose de entre los cabellos un penacho de plumas, tírale, rómpele, yo le maldigo.

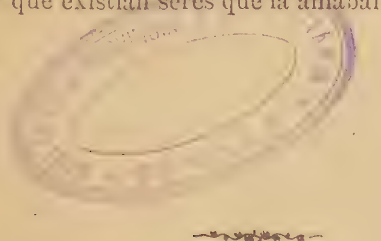
—¿Y ese es tu Dios? ¿un penacho de plumas? Dijo el Cojo riendo.

—Sí, respondió la niña, este es el que me dió mi madre al venderme. No es feo, mírale.

Y arrancando las plumas, que rompia injuriándolas, sacó del penacho una laminita de plata que ofreció al hijo de Yusuf.

—Tio, mirad; esclamó este trasportado de alegria, mirad lo que nos viene del fondo del Magreb, Dios nos envia la hoja de trébol. Tio, vos me habeis salvado. ¡Gloria á Dios!

Y los dos compañeros abrazaban llenos de júbilo á la pobre muchacha, que sin comprender el motivo de aquellas caricias, los miraba con ojos humedecidos llena de asombro y dichosa, al comprender que existian séres que la amaban.



CAPÍTULO XIX.

—

EL SECRETO.

Cuando nuestros amigos divisaron la caravana que se desenvolvia á lo lejos como una serpiente enorme, comenzaba á caer la tarde. El último rayo del sol iluminaba las blancas casas de Taif que brillaban en medio de los jardines como flores diseminadas entre un zarzal. Habia salido del imperio de las arenas; el peligro habia pasado y el viaje tocaba á su término. A la vista de Taif se apoderó de Abdallah una amarga tristeza. Inquieto, turbado y fuera de sí, un solo pensamiento ocupaba su imaginacion. Iba á perder á Leila para siempre.

Los beduinos celebraron la vuelta de sus compañeros con aclamaciones de júbilo. Omar abrazó á su hermano con estremada ternura, pero Abdallah permaneció indiferente á aquellas caricias. conmoviéndose tan solo al separarse de Kafur. La pobre

menzar tu dicha? Tendrás cuatro esclavas para servirte, te darán trages de seda y terciopelo, schales de cachemira, babuchas bordadas de perlas y oro: llevarás collares esmaltados, placas de diamantes y brazaletes de rubíes y záfiros. ¿Qué más puede desear una mujer? Al salir de Egipto te juzgabas dichosa viniendo aquí. ¿En qué consiste este cambio?

—¿Tú no puedes comprenderme, dijo Leila con voz apagada. Eres una niña.

—No soy tan niña, señora, replicó la negrilla; he cumplido ya doce años, soy una mujer y puedes fiarte de mí.

—¡Ay mi pobre Kafur! esclamó la egipcia suspirando: si quieres ser siempre dueña de tu corazon, cierra los ojos. ¿Por qué he visto á ese hermoso jóven? Sin verle, hubiera entrado en el haren llena de gozo: ahora no seré allí mas que un cadáver entre los vivientes.

—¿Amas á Abdallah? preguntó la niña con cierta emocion.

—¡Que si le amo! ¿Crees tú que es posible verle y no amarle? ¿Hay en el paraiso cara mas hermosa que la suya? ¡Su mirada es tan dulce, su voz tan suave! ¡Hasta su mismo nombre es un perfume! ¡Que si le amo! Despierta, mi corazon vive para él; dormida, mi corazon vela y languidece de amor. Ojalá hubiera yo nacido bajo la tienda, y ese beduino fuera mi hermano: correria á él, me arrojaria en sus brazos y no me despreciaria.

—Huye con él, esclamó Kafur, voy á decirle que te robe.

—¿Qué estás diciendo? Yo soy una esclava y tengo amo. Y aun cuando no fuera así, ¿crees tú que Abdallah faltaria nunca á su palabra? Vengo encargada á su custodia ¿y quieres que olvide su juramento?

—Entonces dile al sherif que te entregue á Abdallah.

—Calla, necia; esa peticion seria una sentencia de muerte para todos nosotros.

Kafur quedó un rato pensativa repitiendo en voz baja el mensaje de Omar; despues, mirando fijamente á Leila, esclamó:

—Señora; si te casas con Abdallah y te lleva á su tienda, ¿me llevarás contigo?

—¿Por qué no? Te quiero mucho y espero que no nos separaremos nunca.

—¿Seré siempre tu esclava y la esclava de Abdallad?

—¡Sin duda! ¿pero por qué me preguntas eso?

—Júramelo, prosiguió Kafur en tono solemne; júramelo y déjame á mi hacer. No me preguntes, ni muevas la cabeza con aire desdeñoso. ¿Qué arriesgas con ese juramento? ¿Piensas arrojarme de tu casa ó venderme?

—No por cierto. Si es la voluntad de Dios que sea esposa del que quiero como á mi alma, permanecerás con nosotros: te lo juro en nombre del Dios clemente y misericordioso, señor de los mundos....

—Señora, yo no soy mas que una pagana ignorante; júramelo solo por el Dios de Abdallah.

Hablando asi llegaron las dos amigas al harem,

donde las esperaban numerosas compañeras.

Kafur, siempre risueña y alegre, bajó de un salto del palanquin y corrió hácia una habitacion espléndidamente alumbrada, en medio de la cual se veian mesas cubiertas de vajillas de plata y de flores. Leila, quejándose de la fatiga del camino, se retiró á un gabinete para llorar con libertad. ¡Dolor inútil, remedio impotente para un mal que no puede curarse.

«El que se embriaga con vino, ha dicho el sábio de Chiraz, despierta á media noche: el que se embriaga de amor no despertará hasta la mañana de la resurreccion.»

CAPÍTULO XX.

—

LA PACIENCIA DEL ZORRO.

Abdallah queria volverse aquella misma tarde, y Hafiz no demostraba menos impaciencia; parecíale que huyendo al desierto, dejaria tras sí su sobrino las inquietudes y el pesar. Pero el sherif habia anunciado que al dia siguiente recibiria á los jefes de la caravana, y era imposible rehusar este honor.

En las primeras horas de la mañana se dirigieron al palacio: el patio estaba lleno de beduinos con trages azules, y mantos rojos. Todos se apresuraron á estrechar la mano del valiente Abdallah y del prudente Hafiz. Omar hablaba en voz baja con el Cojo: por primera vez se quejaba el egipcio de los peligros de la jornada, acusando al sherif de haber espuesto á tantos valientes á una muerte casi segura.

Hafiz apoyaba los discursos del mercader.

Esclavos negros introdujeron á los invitados en un salon adornado con ricos tapices y circundado

de divanes de seda verde bordados de oro. De uno de los muros pendia, como único ornamento, un soberbio sable turco, enriquecido con topacios y rubies. Era un regalo del sultan. Omar llamó sobre él la atencion de Hafiz, que, murmurando de lo que llamaba una debilidad, se inclinó con demostraciones de profundo respeto ante el jefe de los creyentes. Despues de haber recibido las salutaciones de toda la banda, dió el sherif unas cuantas palmadas, á cuya señal sirvieron el café y las pipas. Los beduinos se sentaron en el suelo y comenzaron á fumar silenciosamente. Abdallah se estremeció: entre los servidores que se mantenian á espaldas del sherif acababa de ver á Kafur, que de cuando en cuando llevaba su mano al cuello. ¿Era á él ó algun otro á quien la negrilla hacia señas? No podia saberlo: ninguno levantaba los ojos incluso Omar.

El descendiente del Profeta parecia abismado en profunda meditacion. Era un anciano de noble aspecto, cuya nariz aguileña, ojos adormidos y luenga barba, le prestaban cierto aire de majestad. Un gran turbante y una túnica azul sujeta por ancha faja de púrpura y oro, entre cuyos pliegues brillaba un magnífico puñal cubierto de pedreria, prestaban mayor realce á su imponente figura. En el fondo el sherif era un sábio que no pensaba mas que en sí mismo. Intratable para quien turbaba su reposo, se mostraba el mas complaciente de los hombres cuando no contradecian sus pasiones ó sus hábitos; el poder no le habia trastornado: oia con gusto la verdad cuando se trataba de asuntos agenos, y sufria

sin quejarse las mentiras mas descaradas de sus aduladores y sus domésticos. Naturaleza delicada, grande amigg de cuentos, poeta refinado. su única deqilidad, debilidad escusable á sus años, era la de que tenia necesidad de ser amado ó creer que le amaban. Merced á este secreto que sorprendió desde el primer dia la hermosa Fátima, habia convertido á su dueño en esclavo obediente y sumiso. Repitiéndole que los caprichos de la mujer son la prueba de su amor, la sultana le manejaba á su antojo. Á los sesenta años es mas cómodo creer las cossa que cuestionar sobre ellas y el sherif cedia siempre para evitar tempestades, considerándose feliz cuando le pagaban con una earicia.

Por el momento no habia ninguna nube en el horizonte, y el jefe de los creyentes estaba del mejor humor del mundo: sonreia acariciándose la barba con los dedos, y tenia los ojos enfornados como un hombe medio despierto que quiere retener un sueño dorado próximo á volar y desvanecerse.

Cuando hubo apurado la segunda pipa, el gefe de los creyentes tomó la palabra, y en términos elegantes y esquisitos, dió las gracias á los beduinos y á Omar por su visita y por los servicios que le habian prestado.

En vez de responder á sus razonamientos, el hijo de Mansur se levantó como un culpable poseido de terror, y esclamó prosternándose ante el descendiente del Profeta, y besándole los piés:

—Hijo de Ali y de Hassan, sé lo que merece el esclavo que ha tenido la desgracia de no guardar

bien el depósito que le confiara su dueño. Conozco mi crímen y aguardo sin quejarme el castigo que tu justicia me imponga.

—Levántate, dijo el sherif con tono bondadoso. Lo que está escrito está escrito. Dios quiere que alternen los reyes y los triunfos entre los hombres, á fin de conocer á los creyentes y escoger entre ellos sus testigos (1). En cuanto al insulto que me han hecho esos miserables, yo elegiré el dia y hora de la reparacion. Entre tanto ¡paciencia! Con la paciencia se alcanza todo.

—¡Ay! señor, replicó el hijo de Mansur, lo de menos es el ataque. Mi hermano Abdallah y sus valientes beduinos rechazaron á los traidores, es verdad; pero nos sorprendieron; la esclava estuvo algun tiempo en manos del enemigo, aquellas gentes sin fé y sin honor le arrancaron el velo y esa belleza, que debió ser sagrada para todos, la profanaron miradas indignas.

—Basta, interrumpió el sherif, á quien aquella relacion desagradaba sobremanera. El cuidado de mi honor me toca á mí. ¡Paciencia!

—¡Paciencia! esclamó Hafiz, eso es lo que decia el zorro que se hacia el muerto.

—¿Qué decia el zorro? preguntó el sherif lanzando una severa mirada al beduino, que permaneció impasible.

—Habia en una ocasion, dijo Hafiz, un zorro que se iba haciendo viejo. Conociéndolo habia renun-

(1) Korán, III, 134.

ciado á la caza y á las aventuras, concretándose á visitar todas las noches un gallinero próximo á su guarida. En este gallinero, y á espensas de las inocentes aves, engordaba sin trabajos ni peligros. Sucedióle un dia que se detuvo, y cuando quiso escapar, el sol se habia levantado, y con él los vecinos. Volver á la madriguera no era ya posible. El zorro imaginó tenderse en el camino haciéndose el muerto.» «Paciencia, decia, en la paciencia está la salvacion »

El primero que pasó al lado del animal no reparó en él: el segundo le dió con la punta del pié para asegurarse de que no vivia: el tercero era un muchacho que se divirtió en arrancarle los pelos del bigote.

«Paciencia, «se dijo el zorro, este chicuelo no sabe lo que se hace, su intencion no es inferirme un agravio. Mas vale aguantar un poco que esponerse á morir.»

En seguida pasó un cazador con la escopeta al hombro.

«La uña de este animal, dijo, es muy buen remedio para los panadizos.»

Y sacó el cuchillo.

«Paciencia, decia el zorro, mas vale vivir con tres patas que morir con cuatro.»

Y se dejó estropear sin respirar siquiera.

Por último, pasó una mujer que llevaba un niño en la cadera.

«Con los dientes de este animal haré un collar que preserve á mi hijo del mal de ojo.»

—Conozco la fábula, interrumpió el sherif, cuando se aproximó la mujer el zorro le mordió en la cara.

—Mi historia no dice eso, repuso gravemente el Cojo, cuando una vez se transige ya no se detiene uno en el camino. El zorro se dejó arrancar los dientes, repitiendo: «Paciencia, paciencia,» y aguardó á que un último pasajero le arrancase el corazon. Solo entonces pudo comprender, aunque tarde, que el mas cierto de los peligros es la paciencia.

—Yo tambien empiezo á creerlo, esclamó el sherif, desde que un beduino viene á mi mismo palacio á contar esas historias estúpidas. Preciso es ser un grosero pastor para no haber comprendido mi prudencia, y venir á insultar mi bondad. Si la caravana se ha visto comprometida en un pais seguro por donde transitan los mercaderes, ¿quiénes tienen la culpa, sino los que han escogido por jefe á un niño, que solo por piedad no hago responsable? Doce Beni-amers, armados y resueltos atravesarán siempre el desierto, sin que nadie se atreva á atacarlos: para que los arnautes os sorprendiesen preciso es que os hayan tendido un lazo, en el cual habeis caido por imprudencia ó por traicion.

—Señor, esclamó el hijo de Mansur levantando las manos en ademan de súplica, dices verdad; en eso consiste mi falta. Antes de elegir para jefe de la caravana á mi hermano y amigo, debí pensar que á nuestra edad la pasion nos ciega. Desde el principio del viaje la presencia de la esclava turbó á ese jóven haciéndole olvidar los preceptos de la esperiencia.

—¿Qué es lo que oigo? dijo el sherif, cuyos ojos se inflamaron de cólera. ¿De esta manera se me obedece? ¿Así se me respeta? Desdichados los que se han atrevido á mofarse de mí: yo les enseñaré que no sufro los insultos. Tú, mercader, serás castigado por tu imprudencia, y tú, jóven, pagarás tu locura.

Diciendo esto llamó á un negro que tenia un gran sable al costado, y mostrándole á Omar y Abdallah, hizo ademan de cortar el aire con la mano: ademan que equivalia á una sentencia de muerte.

Los beduinos se miraron unos á otros estremecidos, pero ninguno, incluso el mismo Hafiz, se atrevió á revelarse contra la voluntad del descendiente del Profeta. Omar oyó la sentencia sin conmoverse, y despues de investigar á su alrededor con la mirada, levantó la mano é hizo una seña á la negrilla, que pareció no comprenderle. El hijo de Mansur frunció el entrecejo con un jesto de cólera, murmurando:

—¡Maldito dervis! ¿si diria verdad? Mi confianza en ese beduino va á perderme. ¿Si lo habré querido mas de lo que pensaba?

Abdallah levantó los ojos hacia el ejecutor sonriendo.

—Pobre niño, esclamó Hafiz abrazando á su sobrino: yo soy la causa de tu muerte.

—No, padre mio, respondió el jóven. Dios es dueño de la última hora. Resignaos y consolad á mi madre. No me compadezcais, para mí la muerte es preferible á la vida.

—Despues volviéndose hácia Omar, que no quitaba ojo de la negrilla, le tendió la mano y le dijo:

—Hermano, perdóname en nombre de la que nos cuidó en la infancia.

Y saludando al jefe de los creyentes se puso de rodillas y ofreció el cuello al verdugo.

—Deteneos, gritó Kafur arrojándose á las plantas del sherif. Yo he cometido la falta, yo arranqué el velo de mi señora. Matadme á mí pero no toqueis á Abdallah.

– Que se lleven á esta muchacha, dijo el sherif, y que la castiguen hasta que calle.

—Piedad, decia la niña, á quien cogió en brazos un negro, ¡perdon! y merced á un esfuerzo desesperado, logró desasirse de las manos del esclavo, dejando en ellas un pedazo del vestido. ¡Piedad! repetia abrazando las rodillas delsherif, que la rechazaba brutalmente. ¡Abdallah no tiene culpa, no le castigues!

—De pronto, y reparando en las contraidas facciones de Omar, se levantó como iluminada por una idea repentina, y añadió tendiendo el brazo hácia el príncipe.

—¡No seas cruel! Recuerda que al amor, como á la locura, todo se le perdona.

—Detente, gritó el sherif al verdugo. Esto es raro, pensó; la misma frase que me repetia Fatima esta mañana, sin quererme esplicar su sentido.... Ven acá, niña, dijo á Kafur con acento mas suave. ¿De dónde provienen esas palabras? ¿Lo sabes tú?

—Si lo sé, respondió la negrilla, provienen de una boca de donde no salen nunca mas que el consuelo y la piedad.

—¿Y conoces el sentido de ellas?

—Sí, repuso Kafur temblando. Abdallah no ha oido jamás esas palabras, pero Omar hace tiempo que conoce el secreto que ocultan. Pregúntaselo y te lo dirá todo..

—¡Oh, señor, dijo Omar, arrastrándose á los piés del sherif y hablándole en voz baja: conozco demasiado esas palabras, ellas son causa de mi crimen, y ellas serán tal vez mi disculpa. ¿Quién puede engañar á un corazon celoso? Cuando me llamaste á Taif sospecharon el objeto, y antes de salir del palacio me habian arrancado ya una promesa loca, la cual he cumplido demasiado fielmente. Yo he comprometido á la esclava como me lo habian ordenado. ¿Podia, por ventura, resistir á una voluntad protegida por tu amor? Feliz el que puede inspirar una pasion viva. Su misma dicha le hará indulgente.

Al mismo tiempo que mentia con aquel descaro, estudiaba el hijo de Mansur el rostro del sherif, que iba serenándose poco á poco. Ya Omar no suplicaba, á aquel miserable anciano dueño de la vida y la muerte, sino adulando y prodigando frases halagüeñas, apaciguó las últimas olas que rugian aun en el fondo de su pecho, alterado por la cólera.

—L[illegible]nt[illegible], dijo al cabo el sherif, te perdono y perdono tambien á ese org[illegible]lloso beduino, que pa-

rece desafiarme hasta el último momento. Ya he demostrado que no temo á nadie, y que sé castigar al que me insulta. Basta con lo hecho: guardaré la sangre de mis fieles para mejor ocasion. Jóven, añadió dirigiéndose á Abdallah, y acompañando sus palabras con una bondadosa sonrisa, recuerda que desde hoy tu vida me pertenece: cuento contigo para vengar nuestro comun ultraje.

Por toda contestacion, el hijo de Yusuf besó la mano del sherif profundamente conmovido, mientras Hafiz demostraba de una manera ruidosa su reconocimiento y su alegría.

—Tú, dijo el sherif llamando á Kafur, ven aquí hija de la noche: ¿No te ha dicho nada mas la sultana?

—Sí por cierto, respondió atrevidamente la negrilla con aire misterioso: la sultana me ha dicho que si le perdonabas los estremos de su amor necesitaba una prueba de tu ternura.

—Habla, dijo el anciano, ¿qué podré rehusarle á una pobre criatura que me ama, hasta el punto de volverse loca?

—La sultana teme que rechaces su peticion: para concederle lo que desea se necesita, segun ella, un amor tan grande como el suyo.

—Habla, pues, repuso el sherif, ¿no conoces mi impaciencia?

—Pues bien, añadió Kafur, no le deis por rival á esa egipcia, á la cual han deshonrado las miradas de los beduinos y los arnautes.

—¿No es mas que eso? dijo sonriendo el jefe de

los creyentes. Elevar hasta mí á esa mujer, despues de lo que ha pasado, ¡jamás! Permanecerá esclava y acabará sus dias en un rincon del haren.

—Algo mas queria la sultana: está inquieta y celosa. Su deseo es que Leila salga del palacio para no volver. Que mi esposo, dice, que el bien amado de mi corazon me dé esta última prueba de ternura. ¿No podria dejar esa mujer á los que la han conducido? Entre los beduinos seria fácil encontrarle un esposo, y yo entonces seria sola á querer al dueño de mi vida.

—¡Qué débiles son las mujeres! esclamó el descendiente del Profeta. El Koran tiene razon al recomendarnos la indulgencia á nosotros que tenemos la fuerza y la sabiduria. Son una locura los celos de Fatima, y en otra ocasion me avergonzaria de ceder á ellos: pero ahora tengo gusto en probarle que nada hay imposible para mi poder y mi amor. Vé á buscar á Leila, y al mismo tiempo di á la sultana que su rival no volverá á entrar en el haren. Esta es mi voluntad y quiero que todos la respeten.

Despues, volviéndose hácia los beduinos, prosiguió en alta voz:

—Amigos mios, os hago jueces de mi conducta. ¿Qé debo hacer con la egipcia que habeis escoltado? Por respeto á mi mismo no puedo tomarla por esposa: por respeto al bajá no puedo guardarla en calidad de esclava. Hé aqui lo que propongo. Si hay alguno entre vosotros que quiera casarse con la estranjera, se la doy con un dote razonable, si no la

casaré con cualquier rico mercader de Medina ó la Meca.

—¡Dios es grande! esclamó el hijo de Yusuf estrechando la mano de Hafiz. No busquemos ya el trébol de cuatro hojas: hélo aquí, ya está en mi poder, ya he encontrado la felicidad.

—Valor, hijó mio, respondió el Cojo, es preciso tenerlo hasta para soportar la dicha. No creo, añadió dirigiéndose al sherif, que sea necesario ir hasta la Meca para establecer á la egipcia. Si no le hace falta mas que un marido, hé aquí un jóven á quien nadie aventaja ni en nacimiento, ni en fortuna, ni en corazon.

—Señor, esclamó Omar saludando al sherif con profundo respeto, yo no hubiera cometido nunca la temeridad de levantar los ojos hasta una mujer confiada á mi custodia, pero ya que las cosas han cambiado, y que tú lo permites, me atreveré á pretender á Leila. Es una esclava del bajá, desde la infancia está acostumbrada á las dulzuras y al lujo del haren: al venir aquí soñaba con una fortuna que se ha desvanecido, ¿quién sabe si la vida de la tienda no le parecerá demasiado ruda y trabajosa? La riqueza es una necesidad para la mujer que siempre ha vivido en un palacio. Yo ruego á tu señoría que entregues la estranjera al que le ofrezca un dote mas considerable: esta será la última prueba de tu benevolencia para la que todo lo debe á tu generosidad.

—Tu peticion me parece justa, dijo el sherif. traed á la egipcia y vengan los pretendientes,

estoy dispuesto á oir sus proposiciones.

—Tio, murmuró el hijo de Yusuf, estoy perdido.

—Al cabo, dijo Omar, Leila es mia.

Kafur miró á los dos hermanos y corrió al harén.

CAPÍTULO XXI.

—

LA SUBASTA.

Mientras fueron á buscar á la estranjera, Hafiz se aproximó al hijo de Mansur y le dijo:

—Jóven, escucha á un anciano que te ha tenido siendo tú niño sobre sus rodillas. Segun dicen, eres mas rico que tu padre: las mujeres van en busca de la fortuna y no hay en Egipto ni en Siria un mercader que no se crea honrado aliándose contigo. Abdallah, por el contrario, solo puede amar á una mujer, y ha entregado su corazon á la estranjera. Sé generoso; paga hoy la deuda de gratitud que con ellos tienes, haciendo felices á Abdallah y á Halima.

—Mi hermano, respondió Omar, no es mas que un egoista: ya he sufrido bastante por su culpa. Sabe que tengo empeño en poseer esa egipcia: sabe que la obtendré á toda costa: por qué se declara mi rival? ¿Qué va á conseguir conque su obstinacion

me haga perder inútilmente cien mil piastras? Que renuncie á Leila y acaso yo olvide que hoy ha puesto por segunda vez en peligro mi cabeza.

—Tienes la fortuna de ser musulman, respondió el Cojo: sinó, antes que acabara el dia, te enseñariamos que dos onzas de plomo pesan mas que todo tu oro; pero anda: aun no has conseguido lo que deseas, y si Dios nos ayuda, confundiremos tu abominable dureza.

Omar se encogió de hombros y salió al encuentro de Leila.

Esta acababa de entrar cubierta con un velo, y al hijo de Yusuf le pareció no obstante que de aquel velo espeso salia una mirada de fuego, cuya violencia no podia resistir. Kafur seguia á su señora. ¿Habia hablado á la sultana? No era posible; sin embargo, llevaba un collar de corales rosa, que seguramente no se habian tallado para una esclava. De cuando en cuando se acercaba á un balcon cubierto con una celosía que daba á la sala, y cambiaba palabras misteriosas con algunas figuras invisibles. Era el haren entero que se interesaba por la hermosa Leila, y acaso hacia votos por el hijo de Yusuf.

Abdallah fué el primero á tomar la palabra.

—Mi fortuna, dijo, consiste en la fuente que he descubierto y el jardin que he plantado: añadiendo las armas de mi padre y la yegua que he domado. Puede decirse que está hecha la relacion de mis bienes. Todo ello es tuyo, Leila, si quieres aceptar mi alma y mi vida.

—Todo ello vale á lo sumo cien mil piastras, dijo friamente Omar. Aquí mismo, en Taif, tengo un jardin de naranjos, donde el sherif tiene algunas veces la bondad de pasearse y tomar el café: ese jardin vale mas de doscientas mil piastras; yo se lo ofrezco á Leila como garantía de igual suma en joyas.

—Joyas, dijo el Cojo; mi sobrino las tiene tan ricas como las tuyas. Hé aquí un cofrecillo que vale mas que todas tus promesas.

Con asombro de todos los circunstantes, Hafiz, ayudado de Kafur, abrió un cofrecillo de nácar y concha lleno de pendientes, brazaletes y aderezos. Abdallah no pudo contener una esclamacion de sorpresa; entre aquellas alhajas habia reconocido el brazalete de rubíes que llevaba Leila el dia del ataque y el collar de corales rosa que lucia Kafur unos momentos antes. Quiso hablar, pero una señal de su tio le detuvo.

—Bonitos aderezos, aunque usados, dijo Omar frunciendo el entrecejo. No quiero preguntar de dónde han venido esos despojos de mujeres ni perder el tiempo en valorarlos: mi generosidad dará mas que todo eso: ofrezco trescientas mil piastras.

—Ofrecer no es dar, interrumpió el Cojo; aquí hace falta algo mas que palabras.

Por toda respuesta, Omar sacó una cartera de su faja, y tomando varios papeles se los presentó al sherif.

—Señor, le dijo, hé aquí las órdenes de pago

que me has dado hace algunos meses y que están cumplidas. Suman algo mas de un millon de piastras. ¿Rehusará su señoría á su esclavo la gracia de servirle de fiador con estos exigentes beduinos?

—Haré lo que deseas y seré tu fiador por cien mil piastras.

—Si no hace falta mas que esa cantidad, esclamó un beduino, no dejaremos desamparado á un compañero y daremos una leccion á ese mercader vanidoso. Hé aquí nuestros sables; nosotros los rescataremos por cien mil piastras.

Y desenganchándose el yatagan arrojólo el beduino á los piés del sherif, lanzando á Omar una mirada despreciativa. Hafiz se adelantó para hacer lo mismo, dando ejemplo á la banda.

—Recoge tu sable, dijo el jefe de los creyentes al beduino: yo seré fiador tuyo y de tus compañeros. No quiera Dios que os vea desarmados á mi alrededor: vosotros sois mi gloria y mi fuerza. Omar, antes de aventurarte á hacer nuevos ofrecimientos, conviene que lo pienses bien. El arrepentimiento sigue á la pasion satisfecha; una querida se encuentra á todas horas: pero los amigos que se pierden no se recuperan nunca.

—Jefe de los creyentes, repuso Omar con orgullo, bajo tu palabra me he aventurado en este negocio: mándame detenerme, sino iré hasta lo último: solo á tí temeria disgustar. Para acabar, pues, con este enojoso asunto, ofrezco un millon de piastras: no es una dote exajerada para la mujer que te has dignado honrar con tu proteccion.

—¿Eres tan rico que puedas hacer semejantes locuras? dijo el descendiente del Profeta: lo tendré en la memoria para cuando llegue la ocasion.

—Manda, señor, respondió el mercader; mi fortuna y mi vida son tuyas.

Hubo un momento de profundo silencio. Leila, que hasta entonces habia permanecido en pié, cayó sobre un divan: Abdallah inclinó la cabeza, Hafiz y los beduinos dirigian miradas amenazadoras á Omar, que las afrontaba con aire desdeñoso: Kafur comenzó á gesticular de una manera estraña, mirando hácia el balcon, y desapareció por último del salon.

Todos los ojos estaban fijos en el sherif, que parecia agitado por la duda.

—He dado mi palabra, dijo al fin con voz lenta y dirigiéndose á los beduinos; vosotros sois testigos de que todo ha pasado conforme á la mas estricta legalidad. Ese mercader compañero vuestro de caravana, ofrece un millon: le pertenece la esclava, si alguno de vosotros no da mas.

—¿En donde podria encontrarse esa suma en el desierto? Esclamó el Cojo: solo las almas vendidas á Satanás poseen esos tesoros del infierno: nosotros no tenemos mas que nuestros sables y nuestras espingardas. ¡Ojalá llegue pronto el dia en que se conozca lo que valen!

—¿Olvidas las joyas de Abdallah? Dijo el mercader sonriendo.

—¡Ah, hermano mio! Esclamó el hijo de Yusuf; ¿qué te he hecho para que me trates así? ¿eras tú

el que debia clavarme el puñal en las entrañas?

—¿Quiéres eso? preguntó el sherif á dos esclavos negros que depositaban á los piés de Abdallah un pesado cofre de plata cincelada.

—Señor, respondió uno de los portadores, es el tesoro del hijo de Yusuf.

Y abriendo el cofre sacó á manos llenas las mas hermosas pedrerias del mundo.

A primera vista se podia calcular que el cofre contenia piedras preciosas por valor de mas de un millon de piastras.

—Es singular, pensaba el sherif; esas arracadas de diamantes y esos brazaletes de topacios ¡cómo se asemejan á los aderezos que yo dabaá mi sultana! ¿Quién te envia? preguntó al es clavo.

—Señor, respondió el negro inclinándose. «El amor es como la locura: todo se le perdona.»

Abdallah se creia juguete de un sueño: Omar palidecia de rabia.

—Aquí se me tiende algun lazo, murmuraba; pero no importa; podré mas que todos. Si es preciso ofrezco dos millones de piastras.

Nuevos esclavos, pesadamente cargados de bandejas, lámparas de plata, jarros y copas cinceladas, vinieron como los anteriores á depositar aquella riqueza á los piés de Abdallah. A la primera ojeada, reconoció el sherif las piezas de una magnífica vajilla que era parte del ornamento del harén. Se la habia regalado el Sultan, y no sin sentimiento se la habia ofrecido á la hermosa Fatima al dia siguiente de haber tenido una cuestion con ella.

—¿Quién ha podido dar órden para traigan aquí esos tesoros?

—Señor, respondieron los esclavos al sherif. «El amor es como la locura: todo se le perdona.»

—A ver: que apaleen á esos tunantes para que aprendan que á mí no se me responde con proverbios. ¿Quién los ha enviado?

—¡Señor! dijo uno de los esclavos temblando: Kafur nos envia.

—¡Traedme acá esa hija del diablo! dijo el sherif: si la dejan es capaz de cargar con el palacio entero.

Aun no habian salido los esclavos, cuando entraron otros conduciendo los vestidos mas raros y las telas mas preciosas. Delante de ellos iba Kafur dirigiéndoles con la seriedad de un Iman. El gefe de los creyentes la llamó y cogiéndola por una oreja, le dijo:

—Ven acá maldita. ¿Me esplicarás este embrollo?

—«El amor es como la locura, respondió gravemente Kafur, todo se le perdona.»

—¿Te atreves á mezclar á la sultana en este desórden? dijo el gefe de los creyentes.

—La sultana está allí, repuso con calma la negrilla señalando el balcon: todo lo ha visto, todo lo ha oido, lo sabe todo, y, añadió bajando la voz, está furiosa.

—¡Furiosa! ¿y por qué? esclamó el sherif inquieto.

—Sabe, continuó Kafur, que sientes haberle sa-

crificado á Leila, y adivina el juego de ese mercader que puja en tu nombre: solo la pasion, dice, puede cegarte hasta el punto de humillar á esos valientes beduinos que son el sosten de tu imperio. Puesto que no me ama, ha añadido, no quiero nada suyo: quita de mi vista las joyas y los vestidos con que me engalanaba para agradarle: llévalo todo á Abdallah y que luche por mí hasta el último momento. Si el dueño de mi alma vuelve á mi ¿qué necesidad tengo de riquezas? Si me abandona, no quiero conservar mas que el recuerdo de su amor.

El sherif volvió los ojos hácia el balcon, y creyó ver á través de la celosía unas manos delicadas que hacian pedazos un pañuelo de encage. Un rumor de sollozos comprimidos le obligó á bajar la cabeza. En aquel momento comprendió que la amistad de los Beni-amers le seria mas útil que el reconocimiento de Omar, y tomó su partido.

—No han de hacerme cómplice de farsas indignas, esclamó con voz solemne; yo no falto nunca á la palabra que doy. He querido que se asegure una dote conveniènte á la mujer que protejo, y cien mil piastras me parecen bastantes. En cuanto á decidir entre los dos rivales, es cuestion que toca á Leila. Que ella opte por el mercader ó por el beduino, por la ciudad ó por el desierto; á mi no me importa: respetaré su eleccion y haré que todos la respeten.

—David y Salomon no hubieran juzgado con mas acierto, esclamó el Cojo.

Los dos hermanos estaban junto á Leila: Abdallah la miraba con ojos en que ardia la pasion:

Omar le hablaba estremecido por la cólera y los celos.

—Piensa en el porvenir, le decia, no sacrifiques á ese hombre la flor de tu juventud y tu hermosura. ¿Sabes lo que es la vida de una mujer bajo la tienda? ¿Están tus manos acostumbradas á moler el grano, teger la lana y recoger el forrage y la leña? ¿Te dará un beduino los baños, las joyas y los perfumes á que estás acostumbrada? ¿Hará que te pinten las cejas y los párpados? Te labará los cabellos con agua de azahar y te los secará con ambar y almizcle? Conmigo tendrás mujeres para que te sirvan, vestidos costosos para engalanarte, ricas joyas para embellecerte. No serás sierva, sino señora, y tus caprichos serán leyes que obedeceré gozoso.

Leila se inclinó, tomó la mano de Abdallah, y dijo colocándola sobre su cabeza:

—Yo soy la esclava de mi señor. Estranjera, no tengo otro refugio; huérfana, no tengo otra familia. El será mi padre, mi madre y mi hermano. ¡Oh bien amado mio! ¡al fin soy tuya! ¡al fin puedo decirte que eres toda mi alma!

Y llorando y sonriendo á la vez, besó la mano de su esposo.

El jefe de los creyentes contemplaba gozoso aquel espectáculo que le rejuvenecia. La leccion es un poco fuerte para Fatima, pensaba, pero me alegro de haber confundido á la sultana. Me parece que esto la curará por algunos dias de sus incurables celos.

Omar permanecia callado: sus facciones contraidas, sus ojos amenazadores, todo revelaba en él el combate del dolor y el orgullo.

—Hijo de Mansur, le dijo el Cojo; tú debias casarte con Kafur; tu alma es tan negra como su piel: tendrias hijos dignos de Satanás su abuelo.

—Tio, esclamó el hijo de Yusuf; no seais cruel. Si Omar ocupase mi puesto, nos respetaria. Hermano añadió, tendiéndole la mano, perdóname mi felicidad.

—Eres mas hábil que yo, respondió Omar, te felicito por tu triunfo.

Dichas estas palabras, salió corrido.

—¡Qué gran cosa es la juventud! dijo Hafiz: á esta edad es uno honrado, confia en todo el mundo y cree en la virtud. Yo ya soy viejo y he hecho la guerra. Cuando encuentro un malvado lo aplasto bajo mis pies como á un escorpion, para que no muerda mas.

CAPITULO XXII.

—

LA LLEGADA.

Mas fácil es retener la riqueza en las manos del pródigo ó conducir agua en una criba, que alojar la paciencia en el corazon de un amante.

Aun no asomaba el dia ni las aves habian abandonado sus nidos, cuando el hijo de Yusuf habia despertado á sus compañeros, ordenando en largas filas los camellos cargados con los presentes del sherif y de la sultana.

Solo esperaba ya impaciente á su adorada, á quien Fatima habia detenido en el harem durante la noche para oirle referir la historia de sus amores. La mujer quiere siempre á la rival que no teme.

Cuando Kafur abrió la puerta del harem y apareció mas fea y mas alegre que nunca, Abdallah no pudo contener una esclamacion de alegria y sorpresa.

La mujer que asomaba detrás de la negrilla á la cual tendia su mano, ¿era Leila?

Ella era: un amante, no se podia engañar; pero la egipcia cargada de joyas habia desaparecido para trastornarse en la beduina, constante habitadora de la tienda. Leila estaba vestida con una larga túnica de algodon azul que se cerraba en el cuello para bajar hasta los pies. Encima de la túnica llevaba un albornoz de lana roja que le cubria la cabeza. Sus cabellos negros peinados en multitud de trenzas que remataban en un grano de coral, le caian por la frente hasta los ojos, prestando nuevo brillo y dulzura á su mirada. Con aquel modesto traje, la cara descubierta y los pies desnudos parecia la reina del desierto.

Los beduinos saludaron alegres aquella encantadora criatura, fresca y risueña como la mañana de un dia sereno.

La caravana se puso en marcha: una tempestad reciente habia hecho brotar la verdura: las yerbas húmedas aun con las gotas de rocío, y las flores frescas y acabadas de abrir, sonreian á aquellas almas dichosas. Abdallah marchaba á caballo junto á Leila y le iba hablando con la mano apoyada en el borde del palanquin. Kafur no se habia mostrado jamás tan habladora ni tan traviesa.

-Que Dios te castigue, Abdallah, decia Leila sonriendo, con el peso de tu brazo vas á derribar la litera obligándonos á hacer el camino á pié.

—¡Bah! respondió el hijo de Yusuf, deja que flote la brida del camello y no me niegues el placer de estrechar tu mano en la mia.

—Ingrato, esclamaba Kafur, ya no te acuerdas

de mí. ¿Eres tú el tostado beduino de la leyenda que roba á la mujer del califa de Mohavish? Y con voz alegre como la de la alondra, comenzó á cantar la cancion de la hermosa beduina tan popular entre los árabes.

Así anduvieron todo el dia sin pensar en el cansancio ni en el calor. Cuando la alegria viene tras el sufrimiento, ¿se puede pensar en otra cosa que en ella? Hafiz se habia encargado de dirigir la caravana, de suerte que Abdallah no tenia para qué abandonar ni por un momento el tesoro que los beduinos llevaban á sus tiendas en son de conquistadores.

Por la tarde descubrieron las tiendas de los Beniamers. El sol se ponia bajo la bóveda de un inmenso arco iris: una luz rosada iluminaba las arenas del desierto, y los rayos de oro del astro rey chispeaban en la cima de las pirámides de granito. A lo lejos se oia el ronco gemido de la sahiek, los ladridos de los perros y el arrullo de las tórtolas. De repente saludó un grito la vuelta de los viajeros.

—¿Qué grito es ese? preguntó Leila.

—Es la voz de mi madre, respondió Abdallah, bajando de su yegua: de hoy mas seremos dos á quererte.

Halima les salió al encuentro manifestando su asombro al ver aquella caravana tan numerosa.

—¿Qué es eso, preguntó señalando á los fardos: ¿el hijo de Yusuf ha vendido su caballo y sus armas para convertirse en mercader?

—Sí, madre mia, respondió Abdallah y os trai-

go el mas preciado y el mas raro de todos los bienes; una hija que os respetará y os ayudará.

Leila bajó de la litera para arrojarse en brazos de la beduina que la miraba sorprendida y le preguntó el nombre de su padre y de su tribu.

La presencia de Kafur no la maravilló menos; de modo que á pesar de todos los discursos de Hafiz, Halima entró en la tienda suspirando. La verdad era que no tenia gran aficion á las estranjeras; pero cuando despues de haber descargado los camellos, Abdallah vino á sentarse á su lado y Leila acudió con un jarro de agua caliente á labar por sí misma los piés de su marido, la anciana esclamó trasportada de gozo:

—¡Alabado sea Dios! hé aquí una mujer que será verdaderamente la servidora de su marido. La casa ha encontrado al fin una dueña, ya puedo morir en paz.

Y diciendo esto, fué á abrazar á aquella hija que Dios le deparaba.

—¿Qué te pasa? dijo Kafur, que estaba acostada á los piés de Abdallah con la cabeza apoyada en las rodillas de su salvador, ¿te se ha entrado en los ojos el humo de la pipa? Cualquiera diria que lloras. Vaya, pues si la pipa está apagada. ¿Quiéres un carbon para encenderla?

—Calla: calla: murmuró el beduino, pasando la mano sobre la cabeza de la negrilla, como si acariciase á un caballo leal: la niña volvió á recostarse, pero al mismo tiempo tiró con tal fuerza del brazo de su señora, que la frente de Leila tocó en los

lábios de Abdallah. Kafur se hechó á reir. ¡Pobre criatura!

Conociendo que todo estaba vedado para ella, habia encontrado el medio de ser dichosa, cifrando su felicidad en la felicidad de los otros.

CAPÍTULO XXIII.

KARA-SHITAN.

Omar habia vuelto á su casa presa de la desesperacion, Inútilmente trataron sus esclavos de divertirle, inútilmente se le ofrecieron negocios y dinero, la pasion le devoraba pasándose los dias y los dias encerrado en sus habitaciones, con las piernas cruzadas sobre un tapiz, revolviendo en su imaginacion proyectos insensatos y buscando una venganza, cuya forma no podia determinar.

—¿Qué me importa el voto de mi padre, para qué me sirven la salud y el dinero que he amontonado, si soy el mas infeliz de los hombres? ¡Ese miserable beduino triunfa en medio de su pobreza, y yo en medio de mi abundancia permanezco triste y abandonado! ¡Maldita sea la vida, maldito sea mi hermano' El oráculo no mintió, mi mejor amigo es el que me mata.

Y pensando así volvia á caer en su abatimiento.

La tristeza de Omar era objeto de las conversaciones de toda la ciudad. Nadie estimaba gran cosa al hijo de Mansur, pero en cambio todos tenian en mucho su posicion y su fortuna, y no faltaban personas que se calentaban la cabeza buscando algun consuelo que venderle. Despues de la humillacion sufrida decian; pagará bien al que le vengue del beduino.

Las palabras que se echan á volar no se pierden nunca. La fatalidad del rico consiste en que siempre hay gentes prontas á entrar por su cuenta en el infierno. La pasion del pobre es una llama que le abrasa el corazon, pero que cuando le ha consumido se estingue: la pasion del rico es una hoguera que cada cual atiza y de que salen el incendio, el crímen y la muerte.

Una mañana anunciaron á Omar la visita de un capitan de arnautes que segun habia dicho, iba á tratar negocios que no podian dilatarse. Omar le recibió atentamente mandando servir las pipas y el café:

—Buen café, dijo el capitan bebiendo á sorbos: amargo como la muerte, negro como el diablo, caliente como el infierno. ¡Qué mezcla tan esquisita de clavel, canela y nuez moscada! ¡Dichosos los ricos! El mundo es vuestro.

—A veces se engañan los que creen en la felicidad de los ricos, dijo Omar suspirando.

—¡Bah! un rico que tiene pesares es un avaro que no sabe gastar su dinero. Si desea una mujer que la compre; si quiere librarse de un rival que

ponga precio á su piel. Todo se paga: con dinero se tiene todo.

—¿A quién tengo el gusto de hablar? preguntó el hijo de Mansur.

—Me llamo Kara-Shitan, respondió el recienvenido: soy capitan de arnautes y uno de los que os atacaron en el desierto. Al matar tu hermano Abdallad á mi amigo Mohamed me ha deshecho un negocio de cinco mil duros; págame esa deuda y te desembarazo de Abdallah.

—¡Un homicidio! dijo Omar.

—¡Bah! repuso friamente el capitan. Si Dios no hubiera dispuesto la muerte acabaríamos por comernos unos á otros. Cuando se tiene la ocasion en la mano la prudencia aconseja no dejarla ir. Nada mas justo que obligar á nuestros enemigos á beber el cáliz, cuya amargura nos han hecho probar. El que hiere con el arma con que le han herido, está en su derecho.

—Pero... ¡á mi hermano! murmuró Omar como quien duda.

—Tú hermano es tu enemigo: ¿qué te importa su muerte? Yo mataré á Abdallah como á un perro si le hallo en el desierto. Yo no haré mas que vengarme personalmente, solo que para vengarme necesito esos cinco mil duros.

—¿Y para qué me servirá tu venganza? repuso el hijo de Mansur.

—No sé, respondió Kara-Shitan, tú entiendes los negocios mejor que yo; pero si me encontrase en tu puesto y Abdallad desapareciese, pronto habria

conseguido á la hermosa Leila. Segun dicen, el beduino no tiene mas familia que su madre y un viejo loco; con un poco de dinero y de resolucion se quitan esos obstáculos. Un rapto no es cosa difícil y no seria que Leila viuda y en tu casa llegara á consolarse. ¿Qué puede temerse? ¿El sherif? En Djeddad se rien de la cólera de los beduinos. ¿El bajá? Es un hombre como todos; si tiene conciencia todo el trabajo será averiguar el precio.

—Y la tribu ¿has pensado en ella?

—La tribu no importa nada, añadió el capitan. Ya sé que esos beduinos son tan vengativos y tan astutos como sus camellos, pero la sangre se paga como todo: en el desierto como en cualquiera otra parte, no viene nunca mal un poco de plata: los Beni-amers se consolarán heredando á Abdallah.

—Sí, replicó Omar, la sangre se paga cuando el homicidio es involuntario. Un hombre vale cien camellos; pero cuando se trata de un asesinato no transigen; entonces la pena es la del Talion y me matarán.

—El desierto es mudo, dijo el capitan, y los muertos no hablan.

Cuando se encuentra en medio de los arenales un cadáver desecado, listo ha de ser el que distinga un homicidio de un accidente casual. Pero en fin, basta de conversacion inútil, añadió levantándose, qué me importa á mí la hermosa Leila á quien no he visto en mi vida? Que siga amando á su beduino, que sean dichosos juntos y que juntos se mofen del hijo de Mansur, me tiene completamen-

te sin cuidado. Despues de todo Abdallah es un valiente á quien estimo: si tú lo hubieras hecho la ofensa que él te ha inferido, á buen seguro que no tendria esos escrúpulos para vengarse. ¡Adios!

—Espera, esclamó el hijo de Mansur, tienes razon. Mientras Abdallah viva no abrá para mí paz en la tierra. Me lo han predicho al nacer y cada vez lo conozco mejor. Líbrame de ese enemigo. Tambien con el Cojo tengo una cuenta pendiente y ya la arreglaremos. ¡Oh Leila, Leila! añadió ¡cuántos sacrificios me cuesta tu amor!

Si quieres creerme, repuso el capitan, demos ambos el golpe al mismo tiempo: yo me llevo á Abdallah seguro de que no ha de volver: tú en tanto robas á la egipcia y todo concluye en dos horas, batiendo al enemigo antes de que sospeche el ataque.

Así lo haremos, dijo Omar, pero piensa que no quiero volverte á ver.

Naturalmente, respondió Kara-Shitan, dime el dia y la hora del golpe, dame cinco mil duros y cuenta con mi exactitud. No faltaria á mi compromiso por los mas hermosos caballos de Arabia.

CAPITULO XXIV.

LA HOSPITALIDAD.

Mientras la avaricia y el odio tramaban juntos la muerte de Abdallah, el hijo de Yusuf gozaba de su ventura, sin sospechar siquiera que podria formarse una nube en el horizonte. ¿Podia creer que tenia enemigos, siendo tan pura su alma y abrigando un corazon tan leal? Cuando se ama y se siente uno correspondido, parecen hermanos todos los hombres. Lleno de estas generosas ideas hacia un mes que se embriagaba de ternura y alegría, sin otros cuidados que admirar á Leila y dar gracias á Dios que habia bendecido su casa.

Durante una de esas mañanas sofocantes y pesadas que preceden á la tempestad, el beduino reposaba en su jardin á la sombra de los limoneros. Kafur siempre indolente, estaba acostada á los pies de su señor como un perro que espera una mirada ó una órden: en el fondo de la tienda Halima se

ocupaba en cocer panes entre las cenizas calientes. Leila, arodillada delante de un bastidor, bordaba de oro y seda un albornoz de su marido: rodeado de cuanto amaba en el mundo, el hijo de Yusuf parecia abandonarse á la dicha de vivir.

El ladrido de los perros sacó á Abdallah de su profunda abstraccion: un hombre habia parado su camello á la entrada del jardin y tendia su mano al beduino. Leila desapareció. Abdallah salió al encuentro del estranjero.

—Seas bien venido, le dijo, tu llegada nos trae la bendicion de Dios. La tienda y cuanto hay en ella te pertenece, puedes disponer á tu antojo.

—Hijo de Yusuf, respondió el desconocido, no echaré pié á tierra si no juras antes hacerme el favor que voy á pedirte.

—Habla, dijo el jóven, eres mi huésped y tus palabras son mandatos.

—Yo soy un pobre mercader de Siria, añadió el estranjero, habia venido á la Meca para algunos negocios, y ayer me trabé de palabras en la ciudad santa con un Beni-Motair: de las palabras pasamos á las obras y tuve la desgracia de matar á mi adversario: su familia y sus amigos me persiguen y no tengo á nadie que me defienda; si no puedo llegar á la noble Medina, soy perdido. Segun me han dicho, solo tú puedes conducirme seguramente á ese asilo: mi vida está en tus manos, decide de mi suerte.

—Entra en mi tienda, dijo el jóven, partiremos antes de una hora.

—Piensa, dijo el mercader, que solo me fio e[illegible].

—Te acompañaré yo solo, repuso Abdallah y respondo de tu vida con la mia.

Despues que el estranjero entró en la tienda quedando encomendado á las atenciones de Halima, el jóven beduino salió para preparar la partida. Kafur le detuvo al paso.

—¿Conoces á ese hombre? le dijo.

—No, ¿pero qué me importa? Le envia Dios.

—No es un mercader: he visto sus pistolas y son demasiado buenas; es un soldado, no te fies.

—Soldado ó mercader, replicó Abdallah, ¿qué puedo temer de un estranjero fugitivo? Apresúrate á servirnos la comida, solo me queda tiempo para despedirme de Leila.

Cuando el hijo de Yusuf volvió al lado de su huésped, ya habia colocado Kafur delante del pretendido mercader una mesa baja con una cesta de hojas de palmera. Llevó despues pan sin levadura, dátiles, arroz cocido, miel, leche ágria y agua fresca. Dando vueltas alrededor del estranjero no le quitaba ojo, queriendo recordar dónde habia visto otra vez aquella figura sospechosa. El desconocido conservaba la calma y la indiferencia de un hombre que no se apercibe de que se ocupan de él.

Kafur quiso concluir de una vez con sus dudas rompiendo el velo que le ocultaba el peligro: para lograrlo tomó un jarro de tierra cocida y colocándose á espaldas del huésped, lo dejó caer al suelo, haciéndole mil pedazos. El estranjero se volvió de pronto con la mirada colérica.

—¡El arnaute! gritó la negrilla, dirigiéndose á Abdallah.

—¡Sal de aquí, maldita! esclamó el beduino, ¡no me importunes con tus necedades!

Kafur se retiró á un estremo de la tienda, de donde volvió á poco llevando el té. El estranjero estaba completamente tranquilo: el nombre de arnaute no le habia alterado.

—Huésped, dijo Abdallah, sé bien venido á ésta pobre mesa. La jornada será larga y bueno es prevenirse contra la fatiga. Hártate.

—Perdóname, respondió el mercader; la turbacion y el miedo me tienen febril: solo deseo ponerme en camino.

—La sal abre el apetito, esclamó Kafur, y cogiendo un puñado de sal se lo metió en la boca al estranjero, huyendo despues á refugiarse en el jardin.

—¡Imprudente! gritó el hijo de Yusuf, yo castigaré tu insolencia.

Y furioso corrió en persecucion de Kafur para corregirla.

—Pega, decia Kafur llorando, pega al perro que te advierte y acaricia al chacal que ha de devorarte. ¿No oistes los aullidos de esta mañana? Tus perros han visto á Asrael. ¡Insensato, tus pecados te ciegan! la muerte se cierne sobre esta casa. ¿No conoces á ese mercader?

—Yo no sospecho nunca de un huésped, interrumpió Abdallah.

Y volviendo á la tienda encontró al estranjero

en el mismo sitio con la sonrisa en los lábios.

—Creo que la esclava me ha dado una leccion, dijo este, la barba del invitado está en manos del dueño de la tienda: procuraré aprovecharme de tu hospitalidad.

Y comenzó á comer con bastante buena gana para un enfermo, hablando con facilidad de diferentes cosas y procurando parecer agradable al hijo de Yusuf.

En el momento de la partida y cuando el estranjero estaba ya sobre su montura, salió Leila con la cara casi cubierta por el albornoz: llevaba un cántaro en la mano y echó una poca de agua sobre la grupa y sobre los piés del camello.

—Que Dios te dé buen viaje, dijo al mercader, y que te vuelva al lado de los que te esperan y te aman.

—Los que me aman están bajo tierra, respondió el estranjero; hace veinte años que perdí á mi madre, y desde entonces no me espera nadie.

—Entonces que Dios te dé una mujer que te ame y que envejezca á tu lado.

—Partamos, esclamó el estranjero con tono brusco, los momentos son contados.

—Señor, dijo Leila á su esposo, contigo va mi dicha; ¡ojalá me la traigas pronto contigo!

Kafur estaba al lado de Abdallah.

—Señor, le dijo, ¿no llevas tu espingarda?

—No, seria injuriar al que voy á acompañar. Esta tranquila: al que Dios guarda va bien guardado. Cuando vuelva mi tio, dile que vele por la

tienda: despues de Dios os confio á su guarda.

Y tomando su lanza, se puso en marcha, caminando á pié al lado del camello del estranjero.

Halima y Leila siguieron con la mirada á los caminantes todo el tiempo que pudieron distinguirles y entraron despues á la tienda.

Kafur se quedó fuera con la mirada fija y el corazon tembloroso. Le parecia á cada momento que el horizonte se iba á abrir para devolverle á su señor.

¡Vana ilusion de un alma inquieta! la noche llegó silenciosa y oscura sin llevar á Abdallah.

CAPÍTULO XXV.

—

LA HOJA DE ORO.

Apenas se internaron en los arenales, miró el estranjero á su alrededor para asegurarse de que se encontraban solos y llevó la mano á la faja, de la cual pendian las pistolas.

—Espero, querido huésped, le dijo Abdallah, que me perdonarás la locura de aquella muchacha que te turbó durante la comida.

—Si la esclava hubiera sido mia, respondió el viajero, la hubiera castigado.

—Es preciso ser indulgente con los que nos aman, dijo Abdallah. Kafur creia que me amenazaba un gran peligro y cometió aquella imprudencia para salvarme de ese peligro imaginario. Forzándote á probar la sal de mi mesa, nos ha hecho amigos para siempre. Entre vosotros los naturales de Siria, ¿no pasa lo mismo?

—En mi tribu, respondió el mercader, la amistad dura un solo dia: si pasa el segundo sin que se vuelva á comer en el mismo plato, la sal pierde su virtud y somos libres para aborrecernos.

—Pues bien, huésped, dijo Abdallah sonriendo, me matarás mañana despues que te haya salvado la vida. Hasta entonces estoy bajo tu custodia y debes protegerme contra todos.

—Así lo haré, respondió el viajero y permaneció silencioso.

Hé aquí, pensaba, una cosa con que no habia contado. Ese beduino tiene razon: no puedo matarle teniendo aun en el estómago la sal de la hospitalidad: seria un crímen. Esperemos á la noche. Cuando se ponga el sol comienza otro dia y entonces tengo el derecho de hacer lo que quiera.

Durante el camino, no apartaba el viajero sus ojos de Abdallah que avanzaba con la frente alta y la mirada serena. Las pistolas del beduino estaban desmontadas y si conservaba la lanza en la mano, era mas bien para servirse de ella, como apoyo que como defensa.

—La confianza de ese hombre me hace daño, decia el fingido mercader; yo quiero abatir un enemigo, degollar un cordero. Cinco mil duros por este negocio son una bicoca: de mejor gana mataria á Omar por la mitad de esa suma.

Cuando el sol estaba á punto de ocultarse, el estranjero avivó el paso de su cabalgadura para preparar las armas sin ser visto de Abdallah: ocultó despues el brazo bajo el albornoz y se detuvo.

—Vamos, pensó ha llegado el momento.

Al tiempo de volverse, el hijo de Yusuf se aproximó á él, detuvo al camello por la brida y clavando la lanza en la tierra, estendió sobre el suelo dos tapices.

—Hermano, dijo al desconocido, ha llegado la hora de la oracion. Tenemos la kibla frente á nosotros y si carecemos de agua para la ablucion, sabes que Dios nos permite reemplazarla con el polvo del desierto.

No perdamos tiempo, esclamó el mercader, yo no tengo nada que hacer aquí.

—¿No eres musulman? dijo Abdallah mirándole con aire amenazador.

—No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta, se apresuró á responder el estranjero. Pero la religion de un pobre peregrino como yo, es mas sencila que la de un noble Beni-amer. Yo no pido nada á Dios, porque creo que Dios hace bien todo lo que hace: no me lavo la cara, porque el agua del desierto me sirve para beber; no doy limosna porque estoy á punto de pedirla; no ayuno en el mes de Ramadan, porque me muero de hambre todo el año, y no hago la peregrinacion de la Meca, porque creo que el mundo entero es la casa de Dios. Hé aqui mi fé. Tanto peor para el que no le guste.

—Me asombras, huésped, replicó el hijo de Yusuf, yo habia formado otra opinion de ti. ¿No llevas como yo atado al brazo un amuleto que aleja las tentaciones de los malos espíritus? Y si lo llevas,

¿no sabes que contiene los dos capítulos salvadores?

—Sí, llevo un talisman, dijo el viajero. Hace veinte años que me lo entregó mi madre al morir. Es la única cosa que respeto, y mas de una vez ha alejado la muerte que silbaba á mis oidos.

—¿Y has olvidado las palabras que constituyen la virtud de ese tesoro?

—Ni me he ocupado de aprenderlas, replicó el desconocido: mi madre las escogió para mí y ella sabia en este asunto mas que yo.

—Óyelas, pues, esclamó Abdallah con tono solemne. Cuando se vive en medio de las olas de arena que un soplo puede levantar, es bueno acercarse al que envia al peligro, por medio de la oracion. Dios oye gustoso al que le alaba. ¡Oh Señor, á tí sea dada toda alabanza por los siglos de los siglos!

Y volviéndose con la frente inclinada hácia la Meca, el hijo de Yusuf pronunció con voz conmovida esta oracion.

EL ALBA DEL DIA (1).

En el nombre de Dios clemente y misericordioso, dí:

Yo busco un amparo cerca del Señor de EL ALBA DEL DIA;

Contra la maldad de los seres que ha creado;

Contra los peligros de la noche sombría;

Cuando la noche nos sorprende;

Contra los amaños del envidioso que nos tiene envidia.

---

(1) Korán, cap. CXIII.

—¡La paz sea contigo! esclamó el mercader. ¡Esas son las palabras que me dejó mi madre.

Y prestando atencion á Abdallah, dejó otra vez las pistolas en el cinto.

El hijo de Yusuf prosiguió recitando el Koran.

LOS HOMBRES (1).

En el nombre de Dios clemente y misericordioso, di:

Yo busco un amparo cerca del Señor de LOS HOMBRES;

Rey de los hombres;

Dios de los hombres;

Contra la maldad del que sugiere los malos pensamientos y se oculta.

Contra el que engendra el mal en el corazon de los hombres;

Contra los génios y contra los hombres.

—¿Quién dice eso? preguntó el desconocido: ¿quién lee así en lo mas secreto del corazon?

—Dios mismo, respondió Abdallah. Nosotros somos suyos. Si quiere nuestra perdicion, nuestros piés nos conducen á donde nos espera la muerte. Si quiere nuestra salud, la muerte cae á nuestros piés como un leon herido. Él sacó á Abraham de entre las llamas, y á Jonás del fondo del mar y de las entrañas de la ballena.

—¿Tú no tienes nunca miedo á la muerte? dijo el mercader.

—No, respondió Abdallah. Donde Dios manda.

(1) Korán, cap. CXIV.

es inútil toda precaucion. Hay dos dias en la vida del hombre en que es en balde cuanto haga para defenderse de la muerte: el dia en que Dios manda á la muerte que nos haga su presa y el dia en que se lo prohibe.

—Sin embargo, siempre debe temerse esa hora desconocida que ha de ser la última, replicó el viajero.

—Si se ha seguido la palabra de Dios, no, dijo el hijo de Yusuf. Tu madre como la mia te habrá repetido muchas veces la máxima de nuestros sábios: «Acuérdate de que el dia de tu nacimiento todos estaban alegres y tú solo llorabas. Vive de modo que en tu hora postrera todos los demás lloren y solo tú no tengas que derramar lágrimas. Así no temerás á la muerte, sea la que quiera la hora que escoja para arrebatarte de entre los tuyos.»

—Vosotros los habitantes del desierto, sois un pueblo estraño, murmuró el desconocido: vuestras palabras son de oro y vuestras acciones de plomo.

Y mientras pronunciaba estas frases, acariciaba maquinalmente con la mano sus pistolas.

—Nosotros somos el pueblo del Profeta, respondió el beduino y seguimos sus máximas. Antes que hubieras puesto el pié en mi tienda, añadió elevando la voz, ya te habia reconocido Kara-Shitan. Tú eres mi enemigo y has entrado en mi casa con un nombre falso, ignoro con qué objeto. Nada me hubiera sido mas fácil que deshacerme de ti; pero me has pedido hospitalidad. Dios te ha puesto bajo mi custodia: hé aquí por qué te he acompañado so-

lo y sin armas. Si tienes malos pensamientos, que Dios me proteja: si eres mi amigo, dame la mano.

—¡Que el infierno me trague si toco á un pelo del que ha obrado tan noblemente! Hé ahí mi mano, la mano de un soldado que vuelve el mal por el mal y el bien por el bien.

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, esperimentó como un tardío arrepentimiento.

—Siempre he de ser un niño, pensó: ¿volveré los cinco mil duros? No. Omar es bastante rico para pagar la deuda de su hermano. Además yo le he desembarazado del beduino. Si no le ha faltado corazon, ya Leila estará camino de Djeddah. En fin, si no le parece bien, que venga por el dinero, yo he prometido matar á alguien, le daré la preferencia.

Al cruzar esta idea por su imaginacion sonrióse Kara-Shita admirado de haber tenido una ocurrencia tan feliz.

Un momento despues volvió á remorderle la conciencia:

—Es estraño decia, nunca he cometido una debilidad semejante. ¿Quién me encargará en adelante ningun negocio? Yo no soy mas que un leon viejo sin uñas y sin dientes. Aquella mujer que me hablaba con tanta dulzura, este beduino que confia en mí, la voz de mi madre que sale de su tumba, todo esto me parece cosa de magia. ¡Maldito amuleto, tú eres el que me has perdido!

Y al decir estas últimas palabras se arrancó el talisman del brazo.

Capitan, dijo en este momento Abdallah, es

preciso que nos internemos en el desierto si no quieres encontrar aquella caravana que vemos allá abajo camino de la noble Medina.

—No, respondió Kara-Shitan, antes por el contrario deseo alcanzarla: ya no tengo necesidad de tí. ¿Qué te daré como muestra de mi agradecimiento? Toma ese talisman. Tú no sabes lo que le debes ni sabes lo que me cuesta. Adios si alguien dice delante de ti que soy cobarde, no olvides que he sido tu huésped y tu amigo.

Dichas estas palabras, aligeró el paso de su cabalgadura y desapareció dejando á Abdallah confuso y sin poder descifrar el sentido de aquellas frases oscuras.

Cuando se vió solo el hijo de Yusuf quiso atar á su brazo el amuleto protector: este consistia en un rulito de pergamino atado con una seda: á uno de sus lados habian cosido un pedazo de terciopelo, sobre el cual se veia fija como una especie de abeja de oro. Abdallah arrojó un grito de júbilo: no podia engañarse. ¡Era la tercera hoja: la hoja de oro! ¡El trébol estaba completo! ¡El hijo de Yusuf no tenia ya nada que buscar en la tierra; la hoja de diamante le esperaba en el cielo?

Con el alma llena de gratitud, Abdallah inclinó la frente hasta tocar el polvo y recitó el *fattah*.

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.
Alabanzas sean dadas á Dios, señor del universo;
El clemente, el misericordioso;
Soberano el dia de las recompensas;
A tí solo te adoramos, de tí solo imploramos auxilio:

Consérvanos en el camino derecho;

En el camino de los que tú has colmado de favores;

No en el de los que han incurrido en tu cólera, ni en el de los que se estravian;

Así sea, oh Señor de los ángeles de los génios y de los hombres (1).

Concluida su oracion, emprendió Abdallah el camino de vuelta, con el ánimo alegre y el paso ligero.

Un pensamiento bullia en su cabeza, un pensamiento que por sí solo constituia un nuevo goce. ¿Era cierto que la hoja de diamante habia caido en el paraiso? Aquellas tres hojas reunidas viniendo para reunirse de todos los puntos de la tierra, ¿no parecian llamar á su hermana? Un favor de Dios, ¿podria quedar incompleto? ¿Quién podia saber si un nuevo esfuerzo, una mas completa abnegacion á la voluntad divina no obtendria acaso la suprema recompensa á que aspiraba Abdallah?

Entretenido con estos pensamientos, caminaba el hijo de Yusuf sin inquietarse por la distancia y las fatigas del camino. La llegada de la noche le obligó á detenerse. La noche habia cerrado oscura y la luna no se levantaba hasta muy tarde. Envuelto en su albornoz acostóse al pié de un árbol y se durmió en seguida.

Sus pensamientos no le abandonaron: entre sueños veia el trébol divino, pero sus hojas se desarro-

---

(1) Koran, cap. I.

llaban tomando forma humana: eran Leila, Hafiz, Halima y la pobre Kafur que se daban la mano, formando la planta misteriosa, y envolvian y acariciaban á Abdallah con su sonrisa y su amor.

Hasta mañana, amados mios, murmuraba el jóven, hasta mañana.

Dios se ha reservado el dominio y el conocimiento de las horas... nadie sabe lo que le traerá el dia siguiente; nadie sabe en que punto de la tierra morirá. Dios es el que lo sabe y lo conoce todo (1).

---

(1) Koran XXXI, 34.

CAPÍTULO XXVI.

LA VUELTA.

Cuando despertó el hijo de Yusuf, la luna derramaba aun su dulce claridad sebre las arenas, pero se sentia ya el fresco de la mañana. El viajero impaciente aceleró el paso y al romper el dia descubrió á lo lejos las tiendas de su tribu. Delante del aduar y próximo se destacaban su habitacion y el jardin que habia plantado, en el cual permanecia siempre hasta el fin del otoño.

Al descubrir su casa se detuvo Abdallah para tomar aliento y gozar del espectáculo que se ofrecia á sus ojos. A la calma de la noche, sucedian el movimiento y los murmullos del amanecer. Algunas mugeres se dirigian con cántaros sobre la cabeza hácia los pozos: los camellos bramaban elevando sus largos cuellos: las ovejas encerradas balaban llamando al pastor. En torno de la tienda de Abda-

llah permanecia todo silencioso: en el jardin no se notaban movimiento ni ruido.

—Mi pobre tio se va haciendo viejo, pensó; cada dia hago mas falta. ¡Qué gozo, llegar inesperadamente y sorprenderlos! ¿Quién me hubiera dicho otras veces que un dia de ausencia me habia de parecer tan lárgo?

Al tiempo de bajar la colina, salió un caballo escapado y pasó por delante de él á galope; era la Paloma. Abdallah la llamó, pero la espantada yegua siguió corriendo hácia el aduar. Por primera vez no obedecia á la voz de su dueño.

¿Quién ha quitado las trabas á la Paloma? dijo el beduino, ¿quién la ha espantado? Alguna nueva travesura de Kafur. Pero, ¿cómo no están mas sobre aviso?

Diciendo esto llegó al jardin: la puerta estaba abierta. Al ruido de sus pasos salieron los perros de la tienda; pero en lugar de correr á acariciarle comenzaron á ahullar de una manera lúgubre.

—Dios es grande! esclamó el hijo de Yusuf; la desgracia ha entrado en mi casa.

Sintiendo las amarguras de la muerte, quiso avanzar; pero se le deblaron las rodillas y una nube pasó por delante de sus ojos. Quiso llamar; pero se le ahogó la voz en la garganta. Por último, haciendo un esfuerzo desesperado, gritó:

—¡Tio! ¡madre mia! ¡Kafur! ¿dónde estais?

El eco de sus voces se perdió sin obtener respuesta. Las tórtolas arrullaban en la cima de los árboles, las abejas zumbaban al rededor de las últi-

mas flores, el agua corria saltando por entre las piedras y los surcos, todo vivia en el jardin; solo el interior de la tienda estaba como mudo ó muerto.

Abdallah se arrastraba penosamente entre los arbustos. Recobró de nuevo algunas fuerzas, la sangre le encendió el rostro y se adelantó vacilando como un hombre embriagado.

En la tienda no habia nadie: todo estaba vacío, los muebles derribados, una mesa rota: se conocia que allí habia tenido lugar una lucha. El cortinaje de la habitacion de las mujeres estaba corrido. Abdallah se dirigió hácia aquella habitacion, pero al entrar sus piés tropezaron con un objeto: era el cadáver de Hafiz.

El Cojo estaba tendido de espaldas con los dientes apretados, la boca llena de espuma y las facciones contraidas por la cólera. Sus manos estaban crispadas: en la izquierda tenia un pedazo de algodon azul del vestido de Leila, y en la derecha un pedazo de tela roja arrancado sin duda al raptor. ¡Ah valeroso Hafiz! los cobardes no se habian atrevido á atacarle de frente y le habian asesinado mientras defendia á Leila.

Abdallah se arrodilló junto á su tio y le cerró los ojos.

—¡Dios haya tenido misericordia de tí! murmuró. El sea tan bueno para contigo como tú lo fuistes para con nosotros.

Despues se levantó sin derramar una lágrima y andando con paso firme y seguro se encaminó hácia el aduar.

En medio del camino le faltaron las fuerzas y tuvo que apoyarse en una palmera. Entonces tomó sus dos pistolas y las disparó á la vez.

A aquel ruido acudieron de todas partes hombres y mujeres; y rodearon á Abdallah que permanecia en el mismo sitio pálido, convulso y con los ojos estraviados.

—¡Ya estais aqui! esclamó: ¡los valientes! !los Beni-amers! ¡los reyes del desierto! ¡Ah hijos de judios! ¡Corazones de mujer, cobardes! ¡Que Dios os maldiga!

Y por la primera vez de su vida, despues de haber desahogado su cólera con aquellas imprecaciones, rompió á llorar como un niño.

A las palabras de Abdallah habia contestado un grito de indignacion.

—Está loco, se apresuró á decir uno de los mas ancianos: respetad al infeliz, cuya alma está con Dios. Vamos hijo mio, añadió tomando una de las manos de Abdallah; cálmate, ¿qué te sucede?

—¿Qué me sucede? esclamó el jóven: que esta noche durante mi ausencia han asesinado á Hafiz. me han robado á mi madre, me han quitado cuanto amaba en este mundo. Y vosotros habeis dormido sin oir nada. ¡Maldicion sobre vosotros! para mi es el dolor y la amargura; para vosotros el ultraje y la infamia.

A las primeras palabras de Abdallah, habian corrido las mugeres á la tienda y se las oia llorar y lamentarse. El Skeib bajó la cabeza.

—Y quien habia de creer fuese necesario velar

por los tuyos, dijo, cuando para defenderlos tenian á tu tio y á tu hermano.

—¡Mi hermano! esclamó Abdallah, ¡imposible!

—Ayer por la tarde, replicó un beduino, llegó tu hermano con seis esclavos. Conocí perfectamente al mercader y ayudé al viejo Hafiz á matar el cordero que sirvió para la cena de los húespedes.

El hijo de Yusuf permaneció un largo rato con la cabeza entre las manos, silencioso é inmóvil: despues miró á sus compañeros diciendo con voz desfallecida:

—Ved lo que ha hecho mi hermano, y aconsejadme.

—El consejo es fácil, respondió el Skeib. Al ultraje debe seguir la venganza. Tú eres un dedo de nuestra mano, quien te toca nos hiere. Omar nos lleva algunas horas de ventaja; pero con la ayuda de Dios esta tarde le mataremos. ¡Sus! los valientes, añadió dirigiéndose á los beduinos, ensillad vuestros caballos y tomad doble racion de agua: el tiempo es sofocante y los odres se secarán pronto. ¡En marcha!

Antes de montar á caballo quiso Abdallah ver una vez mas á s : tio. Las mujeres habian rodeado ya el cuerpo y comenzado sus lamentaciones.

—¡Oh padre y único amigo mio, murmuró el jóven, tú sabes porque me alejo de tí! ¡Te juro que no volveré mas á esta tienda ó serás vengado!

Los Beni-amers siguieron al hijo de Yusuf: el Skeib permaneció largo tiempo contemplando el ca-

dáver de Hafiz y por último esclamó levantando la diestra:

—Maldito sea aquel de entre nosotros que vuelva al lado de su muger antes de haber derribado y muerto al enemigo. Desdichado del que nos insulta: no llegará la noche sin que hayamos arrojado su cuerpo á los chacales y los buitres. La tierra entera sabrá si los Beni-amers son hermanos que se apoyan entre sí ó niños de quienes se hace befa.

CAPÍTULO XXVII.

LEILA.

Los beduinos partieron en medio de las imprecaciones de las mujeres y de los gritos de venganza. Ya en el desierto guardaron todos silencio y prepararon sus armas con la mirada fija en el horizonte.

Era fácil seguir la pista de la caravana porque el aire no habia borrado aun las huellas de los camellos. Estas indicaban el camino de Djeddah.

Abdallah, caminando siempre á la cabeza del grupo, llamaba á Dios en su ayuda; pero en cuanto alcanzaban sus ojos no descubria mas que la soledad.

El viento era sofocante y en el cielo parecia prepararse la tempestad. Los caballos jadeantes y sudorosos avanzaban al paso. Abdallah suspiraba impaciente: la venganza parecia huirle.

Al fin divisó un punto negro en el horizonte. Era la caravana: habia comprendido que se aproximaba la tormenta y se habia refugiado en aquellas peñas coloradas, que tan bien conocia Abdallah.

—¡Amigos, esclamó, ya son nuestros! Vedlos allí; Dios nos los entrega: ¡adelante!

Y olvidando todos la fatiga, lanzaron su caballo al encuentro de los raptores.

En aquellas llanuras sin límites no es posible sorprender á un enemigo que está sobre aviso. Omar pudo reconocer á los que le perseguian, y no los aguardó.

Se le vió poner en fila los camellos y colocar detrás los conductores como para simular una defensa, y detener algun tiempo á los Beni-amers. Montó despues á caballo y se internó en el desierto seguido por el resto de su gente.

Llegaron los beduinos. A la primera descarga cejaron los camellos de Omar huyendo á refugiarse entre las rocas. Aun no se habia disipado el humo cuando una muger corria al encuentro de Abdallah. Era Halima á quien habian dejado atrás y que habia logrado escaparse de sus enemigos.

—¡Bendito seas, hijo mio! esclamó; no te detengas, corre hácia el negro del albornoz rojo: ese es el asesino de Hafiz y el raptor de Leila.

Véngamos: ojo por ojo, diente por diente, alma por alma. Muerte á los traidores, muerte á los asesinos.

A estos gritos, la Paloma como si participase de la pasion de su dueño, se lanzó sobre las arenas con

la rapidez de un torrente. Los beduinos apenas podian seguir á su compañero.

El furor hacia olvidar á Abdallah el peligro.

—¡Cobardes! gritaba á los cómplices de Omar, ¿á dónde quereis huir cuando Dios os persigue? y desnudo el sable, pasaba por entre las balas con la vista fija en el negro que llevaba á Leila.

Bien pronto los dos enemigos dejaron atrás á los combatientes. El etiope, montado en un caballo veloz, huia como la flecha en el aire: Abdallah le seguia de cerca: la Paloma ganaba terreno y la venganza se aproximaba.

Leila colocada en el arzon de la silla y sujeta por un brazo fuerte, llamaba á su esposo y se retorcia luchando, aunque en vano, contra el terrible caballero. De pronto logró coger la brida y tiró con tal fuerza, que el caballo se encabritó y se detuvo un instante.

—¡Maldicion! dijo el negro; ¡suelta la brida, señora, suelta la brida! me van á matar por tu culpa.

—¡Socorro! ¡A mí, Abdallah! gritaba Leila que á pesar de las amenazas y los golpes seguia tirando de la brida con las fuerzas que presta la desesperacion.

Ya estaba salvada. El hijo de Yusuf cayó como el rayo sobre su raptor y ya tenia el brazo en el aire, cuando la Paloma espantada dió un bote capaz de derribar á cualquiera otro ginete menos hábil que su dueño. Una masa azulada habia caido á sus piés. Abdallah oyó un gemido que le heló el corazon. Sin tratar de perseguir al enemigo que esca-

paba, saltó á tierra y levantó á la infeliz Leila, pálida cubierta de sangre y con el rostro desencajado. Tenia una ancha herida en el cuello y sus ojos vidriosos no veian ya la luz.

—¡Leila! ¡amor mio! ¡respóndeme! decia el hijo de Yusuf estrechando á su esposa contra su corazon. Leila no podia oirle.

Abdallah se sentó sobre la arena con su preciosa carga, y tomando la mano de Leila le levantó un dedo en el aire diciendo:

—Hija mia, repite conmigo: «No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.» Respóndeme, te lo suplico, es tu esposo, tu Abdallah quien te llama.

Al eco de este nombre, Leila se estremeció: sus ojos buscaron al que amaba, sus lábios se entreabrieron y despues de este esfuerzo postrero, cayó su cabeza sobre la espalda de Abdallah como cae sobre la del cazador la cabeza del cabritillo muerto.

Cuando los Beni-amers se reunieron al hijo de Yusuf le encontraron en el mismo sitio inmóvil, con su mujer en los brazos y la mirada fija en aquel rostro que parecia sonreirle. Los beduinos rodearon en silencio á su compañero, y aunque eran hombres acostumbrados á la vida y sus trabajos, mas de uno lloraba.

A la vista de la muerta, Halima arrojó un grito horrible y corrió hácia Abdallah. Lloró un momento á su lado: despues, levantándose de pronto esclamó:

—¿Estamos vengados? ¿Ha muerto Omar? ¿Habeis matado al negro?

—¿Ves aquellos cuervos que se reunen allá abajo? dijo un beduino: allí está el asesino de Hafiz. Omar se nos ha escapado: pero véd el Simoun que se levanta. Omar no saldrá del desierto: antes de una hora la arena le servirá de mortaja.

—¡Hijo mio! apela á tu valor, dijo Halima, nuestro enemigo vive aun: déjanos enterrar nuestros muertos. Vé á herir al traidor y Dios te acompañe.

Estas palabras reanimaron á Abdallah.

—¡Dios es grande! esclamó. Teneis razon, madre mia: á vos os toca el llanto y á mi la venganza.

Esto dicho, se levantó, dejando á Leila en brazos de la beduina y contemplando aquel rostro pálido y dulce con infinita ternura, esclamó con voz lenta y grave.

—¡La paz sea contigo, hija de mi alma! La paz sea contigo, que ya estás en la presencia del Señor. Recibe lo que te tenia prometido. Dios nos sublima y nos abate: Dios es dueño de la vida y de la muerte.

Tambien nosotros si así le place iremos pronto á reunirnos contigo. ¡Oh Dios, perdónala y perdónanos!

Levantó los brazos al cielo, murmuró el *fellah* y pasándose la mano por la frente, abrazó á su madre y montó á caballo.

—¿A dónde vas? le dijo el Skeib, ¿no ves esa nube de fuego que avanza? Apenas si tendremos

tiempo para refugiarnos en las peñas coloradas. La muerte reina ya en el desierto.

—¡Adios! respondió Abdallah, para mí ya no hay reposo mas que á la sombra de la muerte.

CAPÍTULO XXVIII.

LA VENGANZA.

Poco despues de abandonar á sus compañeros encontró el hijo de Yusuf un cadáver. Era el del negro. Las aves de rapiña revoloteaban sobre él arrojando gritos agudos y arrancándole las cejas y los ojos.

—Dios aborrece los pérfidos, murmuró el beduino. Dios me entregará al hijo de Mansur.

La tormenta se aproximaba: el cielo estaba cubierto de un vapor blanquecino: el sol, despojado de sus rayos, parecia una rueda de molino inflamada: un soplo hirviente y envenenado secaba la saliva en la garganta y derretia la médula de los huesos. En lontananza se oia un ruido semejante al de un mar irritado: grandes remolinos de ceniza roja salian de las arenas y se remontaban volteando: parecian gigantes con cara de fuego y brazos de humo:

por todas partes reinaba la desolacion y se sentia un calor horrible, en medio de un silencio mas espantoso que los gemidos del Simoun.

La Paloma avanzaba lentamente por aquella tierra árida y encendida. Su dueño conservaba la calma de un hombre que no conserva ya esperanza ni temor. No sentia el calor ni la sed; un solo pensamiento dominaba su cuerpo y su alma; alcanzar al asesino y matarlo.

Al cabo de una hora de marcha vió un caballo tendido en la arena, y un poco mas allá creyó oir un suspiro. Se aproximó; un hombre yacia entre el polvo muriéndose de sed y sin fuerzas para llamar en su ayuda. Era el hijo de Mansur. Tenia los ojos fuera de las órbitas, los lábios negros, la lengua seca y se comprimia el pecho con las manos abrumado por el sufrimiento, ni siquiera reconoció á Abdallah, limitándose á llevar sus dedos á la abrasada garganta, como en demanda de socorro.

—Te daré agua, dijo el beduino, porque no debes morir así.

Y descendiendo del caballo tomó un odre del arzon de la silla, y despues de arrojar á alguna distancia las pistolas y el sable de Omar, dió de beber al moribundo. Omar bebió con ansia aquel agua que le volvia la vida, encontrándose al concluir frente á frente de Abdallah.

—¡Eres tú quien me salva! esclamó. Reconozco tu bondad inagotable. Tú eres el hermano de los que no tienen hermano, tú eres un rocio bienhechor para los infelices.

—Hijo de Mansur, dijo el jóven, es preciso que mueras.

—¡Piedad hermano mio! esclamó el mercader. ¿Me has salvado la vida para matarme? ¡Piedad en nombre de lo que tengas de mas querido en el mundo, piedad! ¡en nombre de la que nos crió á los dos!

—Halima te maldice, respondió Abdallah; es preciso que mueras.

Amedrentado ante el aspecto siniestro del beduino, Omar se puso de rodillas.

—Hermano mio, dijo, sé cual es mi crímen: he merecido tu cólera, pero por grande que sea mi culpa ¿no podré redimirla de algun modo? ¿Quieres mi fortuna entera, quieres ser el mas rico de Arabia?

—Tú has matado á Hafiz, dijo Abdallah, tú has matado á Leila, es preciso que mueras.

—¡Leila ha muerto! esclamó el hijo de Mansur llorando, ¡imposible! ¡Que su sangre caiga sobre la cabeza del matador! yo no soy culpable de su muerte. ¡Perdóname, Abdallah, ten piedad de mi!

—Llamas á la puerta de un sepulcro, respondió el hijo de Yusuf, desnudando el yatagan: que Dios te dé valor para sufrir la afliccion que te envia.

Al menos, hermano, insistió Omar con voz alterada, déjame rezar. Tú no querrás que el ángel de la muerte me coja por los cabellos antes de haber implorado la misericordia de Dios.

—Reza, dijo el beduino.

El mercader deshizo su turbante, lo tendió en el

suelo, se arrodilló encima y bajándose el albornoz hasta descubrir el cuello, inclinó la cabeza esperando el golpe mortal.

—Dios es grande, murmuraba, solo Dios tiene fuerza y poder. Suyos somos, á él volveremos. ¡Oh, Dios soberano, el dia de las recompensas líbrame del fuego del infierno y ten piedad de mí!

Abdallah le contemplaba llorando: «Es preciso, decia, es preciso, y, sin embargo, sentia faltarle el corazon. Aquel miserable era su hermano, lo habia querido y lo queria aun. Cuando el cariño entra en el alma permanece en ella como la bala en la carne. Se le puede arrancar, pero la herida queda siempre. En vano para cobrar ánimos recordaba á su tio degollado, á su mujer moribunda, lo único que á su pesar veia presente, eran los dichosos tiempos de su infancia: Halima estrechándolos á ambos sobre su seno: el anciano Hafiz sentándolos para contarles sus aventuras de guerra: tristezas comunes, placeres compartidos, todos estos dulces recuerdos se levantaban del pasado para proteger al hijo de Mansur. Cosa estraña: hasta las mismas víctimas parecian levantarse para implorar el perdon del asesino: «Es tu hermano, está indefenso, decia el viejo Hafiz.» «Es tu hermano, repetia Leila llorosa, no le mates.» «No, no, murmuraba el jóven rechazando á aquellas sombras queridas, es preciso: cuando se castiga el crímen, la justicia es piedad.»

Aun cuando Mansur estaba muy turbado, la vacilacion de Abdallah no pasó desapercibida á sus ojos y á fin de inclinar la balanza al lado de la mi-

sericordia, se arrojó á sus piés con lágrimas y gemidos.—¡Oh hermano mio, esclamó, no añadas tu iniquidad á la mia! Acuérdate de lo que dijo Abel á su hermano que le amenazaba: «Si tiendes la mano sobre mí para herirme, yo no tenderé sobre tí la mia, porque yo temo á Dios, señor de las criaturas (1). ¡Ay! mi crímen ha sido mayor que el de Cain. Estás en tu derecho matándome, pero mi vida es poca cosa para espiar el crímen á que me ha conducido la pasion. Dios que perdona, ama á los que le imitan. Él ha prometido indulgencia á los que se vuelven hácia Él: déjame arrepentirme. Él ha prometido un paraiso inmenso como la tierra y los cielos, á los que dominan su cólera: perdóname para que Dios á su vez te perdone á tí. Dios ama á los bondadosos (2) perdóname.

—Levántate, dijo Abdallah, esas palabras te han salvado. La venganza pertenece á Dios: que el Señor sea tu juez: yo no mancharé mis manos con la sangre del que alimentó mi madre.

—¿Pero me vas á abandonar aquí? dijo Omar mirando á su alrededor con aire inquieto: eso seria mas cruel que matarme.

Abdallah, por toda contestacion, le señaló la Paloma. Omar se lanzó sobre la yegua, y sin siquiera volver la cabeza atrás, le clavó la espuela en los hijares y desapareció.

—Vamos, pensaba mientras corria á través del

(1) Koran, V. 31.
(2) Koran, III, 117—130.

desierto entre las arenas arremolinadas, si escapo á la ráfaga héme fuera del peligro que me habian predicho.

Abdallah comete una verdadera imprudencia quedándose en el desierto solo, sin caballo y sin agua, con un tiempo semejante. Que su locura caiga sobre su cabeza. Olvidemos á esos malditos beduinos que no me han traido nunca mas que calamidades. Ha llegado el tiempo de vivir para mí solo.

CAPITULO XXIX.

LA HOJA DE DIAMANTE.

Cuando el malvado consigue su objeto rie en el fondo de su corazon y dice: «¡Qué hábil soy! La habilidad es reina del mundo.» El justo se resigna á todo, y levantando las manos al cielo esclama: «Señor, tú estravias y diriges al que quieres: tú eres el poderoso y el sábio: lo que tú haces está bien hecho.»

Abdallah se encaminó hácia su habitacion, llena el alma de una tristeza profunda. Su corazon estaba inquieto: habia logrado estinguir en él la cólera, pero no podia arrojar el dolor. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, á pesar de los esfuerzos que hacia para contener el llanto.

—Perdóname, Señor, decia, sé indulgente para con la debilidad de un corazon que no puede resignarse. El Profeta lo ha dicho: «Los ojos se han hecho para el llanto y la carne para la afliccion.» Glo-

ria al que tiene en su diestra el imperio de todas las cosas. El me dará fuerzas para sufrir la afliccion que me ha enviado.

Orando así caminaba por medio de las arenas y de los inflamados remolinos. La fatiga y el calor le obligaron al fin á detenerse. ¡No era ya sangre lo que corria por sus venas, sino fuego: una agitacion estraña turbaba su cerebro y no era dueño de sus sentidos ni de sus ideas. Devorado por la sed habia momentos en que ni veia ni oia nada. Otras veces la imaginacion le fingia en lontananza jardines llenos de sombras y lagos rodeados de flores: el viento agitaba las hojas de los árboles y una fuente saltaba entre la yerba. El aspecto de aquellos mágicos jardines reanimaba al beduino que se arrastraba penosamente hácia las ondas encantadas: ¡ilusion cruel! Jardines y fuentes se desvanecian al aproximarse, sin quedar á su alrededor mas que arena y fuego. Fuera de sí y falto de aliento, comprendió Abdallah que se acercaba su última hora.

—¡No hay mas Dios que Dios, dijo, y Mahoma su profeta! ¡Está escrito que no saldré de aqui! ¡Señor, ven en mi ayuda y aleja de mi los horrores de la muerte!

Hecha esta breve oracion, se puso de rodillas, lavóse la cara y las manos con el polvo del desierto, y desnudando despues el sable comenzó á abrirse una sepultura.

Apenas habia empezado á remover la tierra, cuando le pareció que la tempestad se habia alejado de repente. El horizonte se iluminó con una clari-

dad mas suave que la de la aurora, y se abrió lentamente como las cortinas de una tienda. ¿Era aquello una nueva ilusion? ¿Quién sabe? Abdallah permaneció absorto de admiracion y de pasmo.

Ante sus ojos se estendia un jardin inmenso regado por arroyos que corrian de todas partes. Árboles con el tronco de oro, las hojas de esmeralda y los frutos de topacios y rubíes, cubrian con su luminosa sombra praderas esmaltadas de flores desconocidas. Recostados sobre cogines y tapices magnificos, hermosos jóvenes vestidos de raso verde y con los brazos cargados de brazaletes de pedreria se miraban unos á otros con aire complacido, bebiendo en copas de plata el agua de las fuentes celestiales, aquel agua mas blanca que la leche, mas suave que la miel, y que apaga la sed para siempre. Al lado de los jóvenes se veian hermosas mujeres de grandes ojos negros y mirada modesta. Nacidas de la luz, y trasparentes como ella, su gracia encantaba los ojos y el corazon, brillando sus rostros con un resplandor mas dulce que el de la luna cuando sale de entre nubes. En aquel reino de las delicias y la paz, las dichosas parejas hablaban y sonreian, mientras una multitud de niños hermosos y eternamente niños, les rodeaban como las perlas de un collar, teniendo cada uno un vaso mas resplandeciente que el cristal, y sirviendo á los bienaventurados ese licor inestinguible que no embriaga, y que es mas agradable que el perfume del clavel.

A lo lejos se oia el ángel Izrafil, la mas melo-

diosa de las criaturas de Dios: las huries unian sus encantadoras voces al cántico del ángel, y hasta los árboles mismos, agitando su follaje sonoro, entonaban las alabanzas divinas, con una armonía superior á cuanto el hombre puede concebir. En tanto que Abdallah admiraba en silencio aquellas maravillas, descendió á él un ángel. No era el terrible Azrael, sino el mensagero de la gracia, el amable y bondadoso Gabriel. Tenia en su mano la hoja de diamante, de la cual brotaba un torrente de luz que iluminó todo el desierto.

El hijo de Yusuf salió al encuentro del ángel con el alma embriagada de gozo, pero bien pronto se detuvo espantado. A sus piés se abria un abismo insondable lleno de llamas y humo. Para pasar sobre aquel abismo que separaba la tierra del cielo, no habia mas que un arco inmenso formado de una hoja de acero mas fina que un cabello y mas cortante que el filo de una espada.

El desaliento comenzaba ya á apoderarse del beduino, cuando se sintió ayudado por una fuerza invisible: Hafiz y Leila estaban á su lado: él no los veia ni osaba volverse para verlos, temeroso de despertar: pero sentia la presencia de aquellos séres queridos, y oia sus palabras. Entre los dos le ayudaban y le sostenian en aquel tránsito. «En el nombre del Dios clemente misericordioso!» esclamó Abdallah, y aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, que son la llave del paraiso, cuando se encontró del otro lado del puente, pasando sobre el abismo como pasan el rayo y el viento. El

ángel estaba allí ofreciéndole la flor misteriosa: el jóven se apoderó de ella. Al fin tenia el trébol de cuatro hojas: el ardor del deseo estaba apagado, rasgándose el velo de la carne; la hora de la recompensa acababa de sonar. Gabriel volvió los ojos hácia el fondo del jardin donde se levanta el trono de la magestad divina: la mirada de Abdallah siguió la direccion de la mirada del ángel, y una chispa del resplandor eterno hirió el rostro del jóven. Al ver aquel torrente de luz que no hay ojos humanos que soporten, cayó Abdallah con la frente en el polvo arrojando un grito tal como oidos del hombre no han oido nunca, ni hay voz que lo pueda repetir. La embriaguez de regocijo del náufrago que escapa al furor de las olas, el éxtasis del esposo que por primera vez estrecha á su amada contra el corazon, los trasportes de la madre que vuelve á encontrar al hijo que lloraba muerto, todas las alegrías de la tierra juntas, no representan sino duelo y afliccion junto á aquel grito de suprema dicha que salió del alma de Abdallah.

Al oir esta gran voz repetida á lo lejos por el eco, la tierra recuperó por un instante la hermosura de sus dias de inocencia, cubriéndose de flores del paraiso, y el cielo mas azul que el záfiro, sonrió á la tierra: despues, y poco á poco, todo fué quedando en silencio: el dia cayó en brazos de la noche, y el huracan recobró nuevamente el imperio de las arenas.

CAPITULO XXX.

—

LA FORTUNA DE OMAR.

Al volver á su casa de Djeddah experimentaba el hijo de Mansur la alegría del reo que escapa á la muerte. Su primer cuidado fué encerrarse para tomar posesion de sí mismo: pasó revista á sus riquezas y removió su oro: aquello constituia su existencia y su poder. ¿No le daban sus tesoros armas para humillar y sujetar á sus caprichos á los hombres, y el derecho de despreciarlos despues?

La dicha de Omar no era sin embargo perfecta: aun flotaba mas de un peligro en el horizonte.

Si Abdallah volvia á su tienda ¿no podrian inducirle á que se arrepintiera de su generosidad? Si moria en el desierto, ¿no tendria vengadores?

Además, el sherif podia mostrarse ofendido, y en este caso ¿á qué precio le venderia el bajá su proteccion?

El hijo de Mansur arrojó aquellas ideas importunas.

—¿Por qué he de asustarme, decia, cuando lo mas inminente del peligro ha pasado gracias á mi habilidad? He apurado acaso todos mis recursos? Mis verdaderos enemigos han caido: ¿por qué no he de poder igualmente con los otros? La vida es un tesoro que todos los dias disminuye ¿no es una locura gastarla atormentándose con inquietudes pueriles? ¡Qué difícil es ser completamente dichoso en este mundo!

A estos temores, que no carecian de fundamento, se añadian otros cuidados que asombraban al hijo de Mansur.

Dia y noche pensaba en el Cojo, á quien habia mandado matar, y las imágenes de Leila y de su hermano moribundo en el desierto, víctima de su generosidad, le acosaban por todas partes.

— Hé aquí, decia, una de esas absurdas imaginaciones que nos blanquean el cabello antes de envejecer. ¡Qué debilidad la mia de pensar en cosas semejantes! Puedo yo cambiar el destino de las personas? Si el viejo Hafiz ha muerto, estarian contados sus dias. Desde el punto en que Abdallah entró en el seno de su madre estaba escrita la hora de su muerte en el libro de Dios. ¿Por qué me he de creer yo responsable de ella? ¿No soy rico? ¿No compro cuando quiero la conciencia de los demás? Pues al fin y al cabo averiguaré el medio de comprar la tranquilidad del corazon.

Todos sus razonamientos eran, sin embargo, in-

útiles: su alma se parecia á un mar agitado; cuando el mar no se apacigua arroja á la orilla fango y espuma.

—Es preciso ganar tiempo, pensaba, lo que esperimento no es mas que un resto de agitacion y de espanto: los nécios llaman á esto remordimiento; pero no es en suma mas que un poco de fatiga y de fiebre. Yo sé el medio de curarme. Tengo un vino de Shiraz que mas de una vez me ha consolado en mis aflicciones, ¿por qué no he de pedirle la calma y el olvido?

Revolviendo en su imaginacion estas ideas, subió al harem y llamó á una esclava persa cuya voz le encantaba. Era una hereje que no se asustaba del vino y servia con gracia infernal ese veneno maldecido por los verdaderos musulmanes.

—¡Qué pálido estás señor! dijo al fijarse en las descompuestas facciones del hijo de Mansur.

—Es la fatiga de un viaje demasiado largo. Sírveme vino y cántame una de esas canciones de tu pais que destierran el fastidio y atraen la alegría.

La esclava llevó dos copas de cristal incrustadas de oro, y vertió en ellas un licor amarillo como el oro y trasparente como el ámbar. Despues cantó una de esas odas perfumadas del *Ruiseñor de Shiraz* (1).

Como rayo de sol chispea el vino
En las tazas de plata;

(1) El *Ruiseñor de Shiraz* llaman al poeta persa Hafiz.

¡Bebed! Él cura lo que nadie cura:
Los males del alma.

¿Los pliegues del dolor surcan tu frente?
¿Temes las largas noches?
Bebe esa copa. ¿Sabes qué contiene?
Olvido de dolores.

—Sí, dame el olvido, esclamó el hijo de Mansur: no sé qué secreto pesar me aflige hoy y hace que el vino me entristezca en vez de aturdirme. Canta mas alto y mas de prisa, haz ruido, emborráchame si puedes.

La hermosa esclava prosiguió levantando la voz:

La locura y la muerte dicen todos
Que bebo en ese vino;
Mas yo respondo: *Hafiz* oye con risa
del cuervo los graznidos.

—¡Maldicion! esclamó Omar amenazando á la esclava que huyó espantada. ¡Que nombre me traes á la memoria! ¿Los muertos no pueden quedarse en paz bajo la tierra? ¿Vendrán hasta el fondo de mi harem á turbar mi vida? Desembarazado ya de mis enemigos ¿me dejaré intimidar por fantasmas? ¡Lejos de mi estas quimeras! Yo ahogaré estos recuerdos y á pesar de todo seré dichoso y me reiré.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, arrojó un grito de terror. Kafur estaba delante de él.

—¿De dónde sales, hija del infierno? dijo. ¿Qué haces en mi casa?

—Eso es lo que yo te pregunto, contestó la negrilla; tus gentes me han traido á ella contra mi voluntad.

—Vete: no te quiero ver.

—No me iré repuso Kafur, sin que me devuelvas á mi señora: pertenezco á Leila y quiero servirla.

—Tú señora no tiene necesidad de servidores.

—¿Por qué? dijo la negrilla.

—¿Porqué? dijo el hijo de Mansur con voz enrecortada, ya lo sabrás mas tarde, Leila está en el desierto, vé á buscarla.

—No, respondió Kafur, yo me quedo aquí: espero á Abdallah.

—Abdallah no está en mi casa.

—Si está, dijo Kafur, he visto su caballo.

—Mis gentes habrán traido su caballo cuando te trajeron á tí.

—No, replicó la negrilla, cuando tus gentes me cogieron yo habia quitado las trabas á la Paloma, que mas dichosa que yo logró escaparse. Abdallah debe estar aquí, y si no está, ¿qué has hecho de tu hermano?

—¡Fuera de aqui, desvergonzada! esclamó el hijo de Mansur: ¿quién eres tú para interrogarme? Teme mi cólera; ¿sabes que puedo mandarte apalear hasta que te maten?

Y al decir esto, parecian sus ojos los de un hombre completamente ébrio.

—¿Por qué me amenazas? dijo Kafur con tono dulce y cariñoso; aunque no soy mas que una esclava, quizás me necesites para algo: tu tienes alguna pena oculta, lo veo en la turbacion de tu semblante. En mi país hay remedios para curar el corazon. La tristeza, el remordimiento mismo, aun cuando se esconda en el fondo del alma, puedo yo sacarlo de su guarida como se saca el veneno que corroe el cuerpo con una piedra de beozar.

—¿Tú tienes ese poder? dijo Omar con acento irónico, ¡tú, una niña?

Y miró á Kafur que no pareció desconcertarse.

—¡Quién sabe! añadió, los negros del Magreb son hijos de Satanás y conocen los secretos de su padre.

—Pues bien, es verdad, tengo pesares, cúrame y te pagaré.

—Tú debes tener bang (1) en tus almacenes, dijo Kafur, déjame prepararte una bebida que te devolverá la calma y la felicidad.

—Haz lo que quieras respondió Omar, tú eres una esclava y sabes que soy rico y generoso: tengo confianza en tí: cueste lo que costare quiero gozar de la vida

Kafur subió las hojas de cáñamo, las labó por tres veces pronunciando palabras misteriosas y despues las machacó en un mortero de cobre mezclándolas con especias y leche.

---

(1) *Bang* ó *haschich* es el cáñamo indiano que se bebe ó se fuma para embriagarse.

—Hé aquí la copa del aturdimiento, dijo, bebe y no temas nada.

Apenas hubo bebido sintió Omar la cabeza mas ligera. A su pesar se le abrian de par en par los ojos, y sus sentidos adquirian una sensibilidad y una delicadeza de percepcion estraordinarias: pero cosa singular! hubiérase dicho que la voluntad de Kafur era la suya. Si la negrilla cantaba, repetia el hijo de Mansur, la cancion: si reia, se echaba á reir, si se entristecia, asomaba el llanto á su pupila: si le amenazaba temblaba como un niño.

Cuando Kafur le vió en su poder, quiso arrancarle su secreto.

—Ya eres dichoso, le dijo esforzándose para sonreir, te has vengado de tus enemigos.

—Muy dichoso, esclamó riéndose: ya estoy vengado. La hermosa Leila no amará á su beduino.

—¿Ha muerto? preguntó con voz temblorosa.

—Ha muerto: contestó Omar llorando; pero no fuí yo sino el negro el que le dió muerte. ¡Pobre mujer! ¡Tan hermosa! ¡Qué bien hubiera estado en mi harem!

—¿Y no temes á Abdallah? prosiguió Kafur.

—No: no le temo porque le he dejado sin la yegua solo en medio del desierto y de la tempestad. No es fácil que salga de allí.

—¡Perdido entre las arenas! ¡Muerto quizás! esclamó Kafur desgarrándose los vestidos en un acceso de dolor.

—¿Qué quieres? dijo Omar con tono plañidero. Me habian vaticinado que mi mejor amigo seria mi

mayor enemigo. Los muertos nos quieren siempre y no hacen mal á nadie.

—¿Qué amigo podrias tener tú que á nadie has querido en el mundo? dijo la negrilla. ¿Quieres que te enseñe al amigo que ha de matarte?

—¡No! ¡no! esclamó Omar temblando como un niño á quien amenazan. Diviérteme, Kafur, y no me des pesares.

—Mira, prosiguió la esclava poniéndole un espejo delante de los ojos: ¿Ves al asesino de Hafiz? ¿Ves al matador de Leila? ¿Ves al fratricida, al infame, á aquel para quien no hay perdon ni reposo! Pues ese es. ¡Miserable! tú no has querido á nadie mas que á tí: tu egoismo te ha perdido; tu egoismo te matará.

A la vista de su rostro contraido y de sus ojos estraviados, permaneció Omar mudo de espanto. La conciencia alumbró un instante los oscuros senos de su alma, y tuvo horror de si mismo. Pero pronto la vergüenza le hizo volver en sí, miró á su alrededor, y al ver á Kafur dueña de su secreto, se apoderó de él una cólera horrible.

—Espera, hija de perdicion, dijo, espera, voy á castigar tu insolencia enviándote á hacer compañía á Abdallah.

Aunque estaba completamente embriagado, trató de levantarse; pero le faltó un pié, y tropezando con el velador, cayó nuevamente al suelo volcando tras si la lámpara. El fuego prendió en su ropas y en un momento se vió su cuerpo rodeado de llamas.

—¡Muere, miserable, muere como un perro! esclamó Kafur. ¡Abdallah está vengado!

El hijo de Mansur gritaba de un modo espantoso: le oyeron en el harem y corrieron á salvarle.

Al sentir el ruido de los pasos, Kafur puso su pié sobre el rostro de Omar, y santando con ligereza sobre el cuerpo, corrió á una puerta y desapareció.

CAPÍTULO XXXI.

—

LOS DOS AMIGOS.

Mientras que socorrian al hijo de Mansur, Kafur ensillaba la Paloma, tomaba un odre y algunas provisiones y se perdia entre las estrechas calles de Djeddah. La noche era oscura y la tormenta rugia á lo lejos.

La niña acariciaba la yeyua y le hablaba como si un bruto pudiera entender el lenguaje de los hombres.

—Paloma, amiga mia, esclamaba, llévame á donde está tu dueño. Entre los dos le salvaremos. Ya sabes cuanto te quiere, sabes que nadie mas que yo te cuidaba, ayúdame á encontrarlo. Gracias á ti se lo devolveré á su madre y lloraré con él á Leila, consolándole en su dolor. Hazlo, Paloma, amiga mia, hazlo y te querré mucho.

Y abrazándose al cuello de la yegua le aflojó las riendas.

La yegua partió como una flecha; parecia que un dedo invisible le señalaba el camino.

Cuando al rayar el dia, atravesó la llanura por delante de una avanzada de arnautes, el centinela espantado disparó un tiro. Segun decia despues, habia visto á Satanás montado en un caballo blanco pasar con la rapidez del águila que hiende las nubes. De tal modo corria la Paloma sin detenerse, sin pensar en beber. Un instinto maravilloso la guiaba hácia su dueño. Corria derecha á él por fuera del camino, á través de las rocas, del lecho de los torrentes, de las grietas, de los arenales: Dios la guiaba.

A la mitad del dia divisó Kafur de léjos á Abdallah prosternado como un hombre que reza.

—¡Señor, señor, gritó al verle, vedme aquí!

Ni las voces de la niña, ni el ruido de los pasos de la yegua, sacaron á Abdallah de su recogimiento; cuando la Paloma se detuvo á su lado, no se movió tampoco. Kafur temblorosa corrió á él. Parecia dormido: su rostro se asemejaba al de un dervis en éstasis y una sonrisa divina vagaba en sus lábios: las huellas del dolor habian desaparecido del rostro de aquel mortal que tanto habia sufrido.

—Vuelve en tí señor, decia la pobre esclava estrechando á Abdallah entre sus brazos.

Pero Abdallah estaba frio; la vida habia abandonado aquella envoltura de barro y el espíritu hecho para el cielo, habia sido llamado al seno de Dios.

—¡Abdallah! esclamó Kafur arrojándose sobre él

y cubriéndole de besos. ¡Abdallah! ¡¡yo te amaba!!

Y pronunciando estas palabras espiró.

Durante algun tiempo miró la yegua á los dos amigos con inquietud; mas de una vez empujó á Kafur aproximando el hocico á su cara: despues se acostó y metiendo la cabeza entre la arena, con la mirada siempre fija en los dos amigos, esperó á que despertasen aquellos que no debian despertar mas en la tierra.

CAPÍTULO XXXII.

CONCLUSION.

Hé aqui, nos dijo Ben-Hamed concluyendo, la historia del Pozo de la Bendicion tal como se refiere á las caravanas que cruzan por este sitio: es una historia verdadera y hay muchos testigos de ella que viven aun.

¿No hay alguno entre vosotros que conozca á Mansur? La última vez que estuve en Djeddah, me lo enseñaron. Es un viejo seco y amarillento, de larga barba, ojos hundidos y apagados y el rostro lleno de cicatrices. Su fortuna, es, segun cuentan, mayor que la del Sultan: los ricos que tienen necesidad de él le rodean y le adulan: los pobres le desprecian y mas de un mendigo le ha arrojado su limosna á la cara llamándole Cain.

Estos desprecios, dicen que le hacen menos daño que las adulaciones. Sus palabras son duras, es

cruel y violento. Sus mujeres le odian, sus esclavos le engañan, el aborrecimiento le rodea como el aire que respira. Nadie le ha oido quejarse, sin embargo, el orgullo le presta fuerzas, pero aseguran que no duerme ninguna noche y las pasa fumando bang y opio. Está cansado de la vida y tiene horror á la muerte.

—Como yo encuentre á ese perro á la boca de mi fusil, esclamó un jóven camellero, ya le ajustaré la cuenta.

—Cállate, niño, esclamó un conductor ya anciano: Omar es un musulman y tú no eres Beni-amer: no tienes derecho sobre su vida. Dios hace bien lo que hace: ¿sabes tú si para ese hombre no es la vida el mas cruel de los castigos?

—Que sea maldito el fratricida, esclamó Ben-Ahmed. Y cada uno de nosotros repitió en alta voz.
—¡Maldito sea!

—Por mi parte continuó el anciano camellero, me acuerdo de haber visto aquí á la madre de Abdallah. Despues de haber abrevado nuestros camellos, nos mostraba con orgullo un reducido rincon de tierra rodeado de un círculo de piedras que lo defendia de los chacales. Allí esperaban sus hijos el dia del juicio. Todo el año se veian flores en aquel lugar, y largos festones de jazmines sujetos por hilos de palmera rodeaban la tumba. Hoy el jardin pertenece á otros dueños y del hijo de Yusuf no queda mas que el nombre. ¡Pobre Halima! me parece que aun la oigo referirnos como habian encontrado entre las arenas á Abdallah y á Kafur, á quie-

nes pusieron en un mismo féretro. Y ¡cosa singular! Las aves de rapiña habian devorado al caballo, y ni un buitre se habia posado durante el dia sobre el cuerpo de Abdallah ni un chacal habia tocado al de Kafur.

—Así muere el justo, continuó el anciano; las almas nobles son siempre las primeras que se van. Dios las arrebata á las miserias de la vida y á los ataques de la maldad. Los mejores frutos caen apenas maduros: los malos quedan en el árbol y se pudren sin madurar para ser arrojados al fuego con la leña seca.

Distraidos en esta conversacion, nos sorprendió la aurora: era tiempo de partir. Se arrancaron los postes, se liaron los cordeles y se levantó la tienda; pero mientras trabajaban no habia uno solo que no pensara en el beduino. Ninguno de nosotros le habia conocido y todos le sentiamos como á un hermano.

Cuando la caravana estuvo en línea, el anciano camellero hizo la señal para partir, pero antes de comenzar la jornada quiso recitar un *fattah* en honor del hijo de Yusuf. Todos le imitamos alejándonos despues silenciosos y llenos de respeto y admiracion por aquel hombre del cual ha desaparecido hasta el sepulcro.

—Este, dijo el anciano, era Abdallah, (1) con razon llamado así, porque verdaderamente era servidor de Dios.

(1) *Abdallah* quiere decir servidor de Dios.

CAPÍTULO XXXIII.

—

EPÍLOGO.

Aquí da fin á esta demasiado larga historia, el pobre esclavo de Dios, siempre resignado (así lo espera) á la voluntad divina, Mohammed, hijo de Haddab de la noble tribu de los Beni-Malik.

Mohammed no trata de complacer á los delicados, dejando esta gloria á los ensartadores de perlas y á los cinceladores del Cairo y de Teheran. Si ha logrado que sonrian un instante los que lloran y que lloren un momento los que rien, su ambicion está satisfecha. ¡Que Dios le perdone su locura! En presencia de Aquel para quien toda nuestra sabiduría no es mas que vanidad, puede que el dia del juicio encuentre mas acogida la fábula que consuela, que la verdad que seca y mata.

En aquella hora terrible, en que cada cual responderá de sus palabras, plegue al cielo que las

quimeras de un soñador no pesen demasiado en el plato de la balanza; esto pide y esto espera el hijo de Haddah.

Si algun malvado hace aplicaciones de esta relacion y se cree aludido, con su pan se lo coma: el narrador no se ocupa siquiera de ello porque no habla con los hijos de Faraon. Hace tiempo que viaja por la tierra y ha visto triunfante mas de un Omar y desaparecer arrebatado en flor mas de un Abdallah; pero su espíritu no se ha conturbado por que fia en Dios. Dios es quien mezcla la amargura á las satisfacciones del egoista. Dios quien impregna en secreto placer al sufrimiento de los corazones amantes. Dios glorifica la derrota del justo y empaña el triunfo del malvado. ¡Él es quien dá la paz! ¡Él es el Señor de la vida y de la muerte! ¡Él es el Eterno, el Sábio, el Fuerte, el Clemente, el Misericordioso, el Único!

FIN.

AZIZ Y AZIZA,

CUENTO

DE LAS MIL Y UNA NOCHES.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35.

F. PERIÉ.
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1870.

INTRODUCCION.

Las *Mil y una noches* casi no se conocen en Europa mas que por la traduccion de Galland, y se cree que solo hay una coleccion de cuentos orientales con este título; pero la verdad es que hay muchas colecciones que llevan el título de las *Mil y una noches;* siempre se trata en ellas del mismo sultan crédulo y feroz, siempre figura en primer término la simpática Sherazada, pero si el marco no cambia, los cuadros varian y los cuentos se diversifican hasta lo infinito.

Un sábio inglés, M. Edward Willian Lane, trajo de Egipto y tradujo al cabo de quince años un manuscrito de las *Mil y una noches.* En esta coleccion hay un episodio tan delicado y tan lleno de verdad, que no he podido resistir al deseo de traducirlo. *Aziz y Aziza,* es el título del que no deberiamos lla-

mar cuento. En efecto, no es una de esas producciones maravillosas, fruto de una imaginacion ardiente que tanto agradan á los indios y á los persas, autores de casi todos estos cuentos orientales; sino una novelita árabe en que se pinta la vida de los simples musulmanes; es pura y simplemente una historia de amor, pero contada con tanta verdad y poesía que yo no vacilaria en parangonarla con lo mas delicado y sentido que se encuentre en la literatura Occidental.

Para apreciar bien su mérito, es preciso conocer algo las costumbres orientales á fin de no asombrarse de ciertas cosas, al parecer estrañas. *Aziz*, el héroe que se queja de que el amor y las inquietudes *disminuyen su belleza* y que mas tarde nos pinta su dicha diciendo que vivia sin penas y *se ponia gordo y colorado*, es sin duda un personaje que subleva nuestros instintos delicados. Nuestros enamorados engordan alguna vez cuando son felices, pero no se ufanan de ello. La manera expedita que tiene Fatma de casarse y descasarse, tiene un sabor demasiado oriental para nuestro gusto, y lo mismo puede decirse de los furores de la sultana; pero en cambio, ¡cuán conmovedora, qué simpática y verdadera, es la figura de Aziza! La misma groseria de los personajes que la rodean, ¡hace resaltar tan bien por el contraste que forman, su delicadeza y su hermosura! ¿Quién creeria encontrar un alma tan delicada y tan noble en una musulmana, en un pais en que es institucion la poligamia y dode, segun nosotros, la mujer no es mas que una esclava?

¡Cuánto talento no se ha necesitado para hacer interesante á la misma Sultana al propio tiempo que desempeña un papel odioso! El que estudie con detenimiento esta obra de un novelista desconocido, encontrará un arte inmenso bajo la apariencia de una gran sencillez; y verá trastornadas además todas las ideas admitidas entre nosotros acerca de las mujeres orientales.

Yo espero que mis lectores verán con gusto esta obra maestra de un narrador olvidado.

E. L.

AZIZ Y AZIZA.

Cuatro veces habia salido el Sol desde que el hijo del rey de la Ciudad Verde, el príncipe Taj-el-Moluk, andaba de caza, cuando al rayar la aurora divisó una numerosa caravana, escoltada por esclavos blancos y negros. La caravana se detuvo en una llanura, al márgen de un arroyo, sobre el cual flotaban las sombras de un grupo de árboles; una vez en aquel sitio, los que la componian comenzaron á descargar los camellos y á levantar las tiendas.

—Vé al encuentro de esos viajeros, dijo el príncipe á uno de los que le acompañaban, y pregúntales quiénes son y por qué acampan en ese sitio.

Cuando llegó el enviado le contestaron los viajeros:

—Somos mercaderes, y nos detenemos aquí para descansar porque la primera estacion está muy

lejos. Hemos escogido este sitio, porque aquí estamos bajo la proteccion del rey Suleiman y de su hijo. Quien entra en los dominios del rey de la Ciudad Verde, goza en ellos de paz segura; así es que en muestra de respeto y agradecimiento, traemos ricas telas para ofrecerlas al príncipe Taj-el-Moluk.

Cuando el hijo del rey Suleiman supo la respuesta de los mercaderes, dijo:

—Puesto que me traen regalos, no quiero volver á la Ciudad Verde, ni apartarme de este lugar sin verlos.

Esto dicho montó á caballo, y seguido de sus guardias y de sus esclavos, se dirigió hácia la caravana. Al verle venir se levantaron á saludarle los mercaderes rogando á Alá que aumentase la gloria y perfecciones del príncipe.

Levantaron delante de Taj-el-Moluk una tienda de seda carmesí, bordada de perlas y pedrerías, y sobre una alfombra de seda extendieron un tapiz real, cuyos estremos enriquecian gruesas esmeraldas. Sentóse el príncipe, sus guardias y esclavos se colocaron en semicírculo tras él, y mandó á los mercaderes que le enseñasen todas sus riquezas. Los mercaderes desplegaron sus diversas mèrcancías. Taj-el-Moluk escogió las cosas que mas le agradaban, mandando satisfacer su precio.

Ya á caballo y á punto de partir, divisó á cierta distancia un jóven, de aire distinguido y elegante trage, pero pálido, silencioso y como agoviado por la tristeza. Taj-el-Moluk se aproximó al estranjero y le contempló un instante con asombro. El jóven

completamente absorto en su dolor no veia á nadie, dejando resbalar por sus mejillas gruesas lágrimas mientras recitaba estos versos:

Me la llevó la eternidad sombría,
Llevándoseme el alma;
Partió, y partió con ella mi alegría
Mi ventura y mi calma!

Solo soy un cadáver, sombra perdida
que entre los vivos vaga:
como la antorcha se apagó mi vida
que el huracan apaga!

Pronunciadas estas palabras rompió á llorar amargamente, y por último, se desmayó.

Al volver en sí sus ojos estaban como estraviados, y esclamó:

De esa mujer sepárate,
que si adorarla llegas
envidiarás la paz de los que duermen
debajo de la tierra!
Su ternura es falsía;
mentira su inocencia!
Su amor es triste sueño, del que siempre
llorando se despierta!

Al concluir estos versos, arrojó un profundo suspiro y volvió á desmayarse. Conmovido por la piedad, dió Taj-el-Moluck algunos pasos en direccion del estranjero, pero este, vuelto en sí y reco-

nociendo al príncipe, se adelantó y besó la tierra delante del hijo de Suleiman.

—¿Por qué no me has enseñado tus mercancías? le dijo Taj-el-Moluck.

—¡Oh, señor! respondió el jóven; no traigo nada digno de tu grandeza.

—No importa, dijo el príncipe, enséñame lo que traes, y dime quién eres. Si algo te aflige, yo haré que cesen tus sufrimientos: si estás arruinado, yo pagaré tus deudas, porque desde que te he visto, siento turbados mi corazon y mi alma.

Taj-el-Moluk hizo una señal á sus esclavos: acto contínuo le llevaron una silla de marfil y ébano adornada de trenzas y flecos de seda y oro, y estendieron á sus piés un tapiz de seda. El principe se sentó, y mandando al estranjero que se colocase sobre el tapiz le dijo:

—Enséñame tus mercancías.

El jóven trató de escusarse nuevamente; pero á una órden de Taj-el-Moluk fueron sus esclavos á buscar los fardos del mercader. En vano lloró y suspiró: le fué preciso mostrar sus mercancías al príncipe, fardo por fardo, pieza por pieza Al desplegar un vestido de seda bordado, que valia cuando menos dos mil piezas de oro, cayó un pañuelo de entre los pliegues de la tela. El jóven se apresuró á cogerle ocultándole bajo su rodilla: su cabeza se turbó y eslamó entre gemidos:

¡Oh! tú que el dolor renuevas
del corazon, ¿á qué vienes?

A traerme la esperanza
ó á darme otra vez la muerte?

Sorprendido Taj-el-Moluk al oir aquellas palabras cuyo sentido no comprendia, dijo al mercader:

—¿Qué pañuelo es ese?

—¡Oh, señor! respondió el jóven; perdóname. Si no queria enseñarte mis mercancías, era para que no vieses ese triste objeto. ¡Tú no puedes ni debes verlo!

Aquel lenguaje ofendió al príncipe.

—Tu conducta, dijo al mercader, es poco respetuosa. Quiero ver ese pañuelo y quiero saber por qué lloras al encontrarle.

—¡Oh, señor! dijo el jóven; mi historia es muy estraña, y ese pañuelo hace un gran papel en ella, lo mismo que la que ha bordado las figuras y emblemas que lo adornan.

Diciendo esto desplegó el pañuelo. En uno de sus picos habia dos gacelas bordadas en seda, mirándose; una estaba realzada con hilo de oro y la otra con hilo de plata, teniendo esta última un collar de oro rojo con tres crisólitos.

Cuando Taj-el-Moluk vió aquella obra maestra, esclamó:

—Alabado sea Dios, que ha enseñado al hombre lo que el hombre no sabia.

Y su corazon ardió aun mas en el deseo de oir la historia del mercader.

—Cúentame tu vida, le dijo, háblame de la que ha bordado esas dos gacelas.

Cansado, en fin, y desesperado, me resigné á marcharme: cogí el pañuelo, lo desdoblé y salió de él un olor de almizcle que me trasportó al paraiso. Al mismo tiempo encontré un billete perfumado que contenia estos versos:

Con pena lograrás, amado mio,
leer estas palabras
que ha dictado el dolor.
Y sin embargo, créeme, al trazarlas
mucho mas que la mano
temblaba el corazon.

Volví á desdoblar el pañuelo y admiré su trabajo leyendo los versos amorosos bordados en los picos con una delicadeza estremada.

Aquellos versos y aquella carta aumentaron mis deseos y mis angustias. Volví á mi casa con paso vacilante: tenia turbada la razon y no sabia que hacer para encontrar aquella mujer que me habia aprisionado el alma.

Cuando llegué á mi casa era mas de media noche. Mi prima me aguardaba llorando, pero apenas me vió, se enjugó las lágrimas, y corrió á mi encuentro para quitarme el caftan. Me dijo que las personas notables de la ciudad, los mercaderes y los amigos, habian acudido á la fiesta: que el cadí habia estado con los testigos, que habian comido, aguardándome mucho tiempo para celebrar la boda; pero que al fin, cansados de esperar se habian marchado todos. Añadió que mi padre estaba furio-

so, y que habia jurado no casarnos hasta que pasara un año, porque habia hecho gastos considerables para aquellos preparativos, que por último no habian servido para nada.

—¿Qué te ha pasado y por qué vienes tan tarde? añadió.

Yo estaba loco de amor y se lo referí todo; le conté cómo una mano desconocida me habia arrojado un pañuelo haciéndome señas misteriosas, y cómo con este motivo habia permanecido el dia entero al pié de la ventana. Para concluir le dí el pañuelo y la carta diciendo:

—Esa es mi historia; ayúdame á salir del mar de confusiones en que me encuentro.

Mi prima leyó los versos, y mientras los leia gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos. Despues me dijo:

—¡Oh primo mio! si me pidieses uno de mis ojos me lo sacaria para dártelo. Yo te ayudaré á realizar tu deseo y le ayudaré á ella, porque conozco que el amor es en su pecho tan intenso como en el tuyo.

—¿Y me esplicarás, le dije, las señas que me ha hecho?

—Sí, respondió Aziza. El dedo colocado sobre la boca, significa que tú eres para ella lo que el alma es para el cuerpo. El pañuelo es el saludo que la amante envia á su amado: la carta indica que has cautivado su corazon, y en cuanto á los dos dedos puestos sobre el corazon, es una manera de decirte: «Vuelve dentro de dos dias á fin de que tu presencia calme mi ansiedad.» ¡Oh primo mio! continuó,

ten por cierto que te ama de veras, y confia en ti, porque eso dan á entender sus señas. Si yo fuera libre para salir y entrar pronto os reuniria.

Al oir aquellas dulces frases que me devolvian la esperanza, di gracias á mi prima y pensé esperar dos dias.

Aquel tiempo lo pasé sin salir de casa, sin comer ni beber, sentado en el suelo con la cabeza entre las rodillas de Aziza. Ella me reanimaba con sus palabras repitiéndome:

—Ten valor y ve á buscarla á la hora prevenida.

Cuando llegó el momento mi prima me trajo mis mas hermosos vestidos y me perfumó con incienso.

Salí con el corazon agitado y llegué al punto de la cita.

Ya hacia algun tiempo que estaba sentado en el banco de piedra cuando se entreabrió la persiana. Levanté la vista hácia la desconocida, y una nube pasó por delante de mi vista. Vuelto en mí, levanté los ojos por segunda vez, y por segunda vez estuve á punto de caer desvanecido.

Cuando al cabo logré serenarme un poco, vi que tenia en las manos un espejo y un pañuelo encarnado. Se levantó las mangas hasta el codo, abrió los cinco dedos y se los puso sobre el pecho; despues levantó las manos y agitó el espejo. Hechas estas señas desapareció un instante para volver con el pañuelo encarnado el cual sacudió tres veces fuera de la ventana torciéndolo y destorciéndolo. Yo seguia con la mirada sus acciones tratando de adi-

vinar aquel lenguaje mudo, cuando se cerró la celosía, quedando todo en silencio. En vano esperé hasta la noche, nadie apareció en la ventana: tuve de nuevo que volver á mi casa confuso y desesperado.

Ya estaba muy entrada la noche cuando llegué á mi habitacion donde encontré á mi prima con la cabeza oculta entre las manos y llorando. Su vista aumentó mi dolor y me arrojé en un rincon de la sala gimiendo. Aziza corrió hácia mí, me levantó, enjugó mis lágrimas con la manga de su vestido, y me preguntó lo que habia pasado.

—¡Oh primo mio! me dijo cuando se lo hube referido, tranquilízate. Los cinco dedos colocados sobre el pecho significan: «Vuelve dentro de cinco dias.» El espejo y el pañuelo quieren decir: «Siéntate en la tienda del tintorero hasta que vayan á buscarte por mi órden.»

Al oir aquellas palabras el fuego abrasó mi corazon.

—Por Alá, esclamé, que es cierto lo que dices, porque en la misma calle he visto un tintorero judío.

Diciendo esto comencé á llorar y mi prima repuso:

—Valor, otros hay que como tú sufren los tormentos del amor y tienen que luchar muchos años contra este terrible mal, mientras tú solo tienes que esperar una semana. ¿Te dejarás vencer por la impaciencia?

Trató despues de distraerme con su conversa-

cion y me sirvió la comida. Bebi un poco de vino é intenté comer, pero no pude. Durante aquellos cinco dias apenas tomé nada: no dormia, estaba pálido, se desfiguraban mis facciones, y poco á poco iba perdiendo mi belleza. ¡Ay! yo desconocia el amor y la intensidad de su llama devoradora.

Caí enfermo, y mi prima, viéndome sufrir, no estaba menos enferma que yo. Sin embargo, para reanimarme, me referia historias de amor, logrando á veces calmarme y dormirme. Al despertar veia siempre que ella velaba llorando.

De esta manera pasaron los cinco dias. Al quinto mi prima hizo disponer un baño templado, arregló con esmero mi trage, y me dijo:

—¡Anda, y quiera Alá que logres lo que deseas!

Al llegar á la calle, ví que la tienda del judio estaba cerrada: era sábado. Me senté para esperar en la misma piedra que los dias anteriores. El sol se puso; cantaron en las torres llamando á la oracion, vino la noche y no ví á nadie ni recibí mensaje alguno.

Al volver á mi casa ví á mi prima con la cabeza apoyada contra la pared, sollozando mientras recitaba unos versos.

Cuando hubo concluido se volvió, y enjugándose las lágrimas con la manga del vestido vino hácia mi sonriendo, y me dijo:

—¡Primo mio, que Alá te acompañe! ¿Por qué no te has quedado esta noche junto á tu adorada?

Al oir aquellas palabras, la cólera me cegó, y dándole una patada en el vientre la tiré al suelo.

Al caer se hirió la frente y brotó la sangre; pero no arrojó un grito ni dijo una palabra. Levantóse como pudo, enrojeció el pañuelo que se puso sobre la herida, y se colocó una venda alrededor de las sienes: lavó despues la sangre que habia caido sobre el tapiz y todo quedó como si no hubiera sucedido nada.

Concluida esta operacion, se acercó á mí con la sonrisa en los lábios, y me dijo con dulzura:

—Por Alá, primo mio, te aseguro que no quise burlarme ni de tí ni de ella. Un violento dolor de cabeza me turbaba el espiritu, y puede que sin querer dijera algo desagradable, pero ahora que ya no me duele la cabeza ni la frente, dime lo que te ha pasado.

Se lo conté llorando, y ella me dijo:

—Anímate, porque todo anuncia que lograrás tus deseos y se cumplirán tus esperanzas. Sin duda hoy ha querido probarte para saber si tu amor es sincero y firme. Tu dicha se acerca y tu afliccion desaparecerá.

Estas palabras y otras muchas que me dijo, no llegaban á consolarme. Entonces puso un velador delante de mí y me trajo platos con la comida; pero de un puntapié derribé la mesa y cuanto contenia esclamando:

—¡En verdad que el amor es absurdo! ¡Quita el apetito y el sueño!

—Por Alá, dijo Aziza, que ciertamente son esos los síntomas del amor.

Al decir esto se le saltaron las lágrimas; recogió

los pedazos de los platos, barrió el tapiz y vino á sentarse á mi lado, tratando siempre de divertirme mientras yo pedia á Dios apresurase el curso de la noche y trajese la mañana.

Al romper el dia volví á la calle y ocupé mi sitio sobre el banco de piedra. La ventana se abrió y la desconocida asomó la cabeza riendo.

Se retiró despues de un momento para volver con un espejo, una planta verde y una lámpara. Lo primero que hizo fué meter el espejo en el saco y arrojar ambas cosas en el interior de la sala: en seguida se dejó caer las trenzas de los cabellos sobre el rostro, y colocó la lámpara encima de la planta verde, y sin añadir una palabra, cerró la ventana y desapareció. Todos aquellos misterios contribuian á turbar mi espíritu y á aumentar la violencia y la locura de mi amor.

Cuando volví á casa, encontré á mi prima con la cabeza apoyada contra la pared. Los celos le roian el corazon; pero ahogaba sus penas para no ocuparse mas que de las mias. Mirándola de mas cerca reparé que tenia una doble venda; una ocultaba la herida de la frente y la otra estaba colocada sobre un ojo que se le habia inflamado á fuerza de llorar. La pobre Aziza estaba realmente en un estado lamentable y sollozaba recitando estos versos:

¡Dios aleje el peligro que te acecha
cuando huyes de mi lado!
¡Oh, quién fuera la sombra de tu cuerpo:
el eco de tus pasos!

Cuando mi prima acabó de recitar los versos, volvió la cabeza y me vió; en el momento vino hácia mí enjugando sus lágrimas: pero era tal la violencia de su pasion, que estuvo gran rato sin poder articular una sola palabra: al fin me dijo:

—¡Oh, primo mio, cuéntame lo que te ha pasado hoy!

Se lo referi todo, y me dijo:

—Ten un poco de paciencia: tu esperanza se ha realizado y vuestra union no tardará. El espejo en el saco significa: «Espera que se oculte el sol.» Los cabellos esparcidos sobre la cara indican: «Cuando venga la noche y caiga su negra sombra sobre la luz del dia, ven aqui.» La planta verde te da á entender que entres por el jardin que se encuentra á espaldas de la casa, y en cuanto á la lámpara, es como si la desconocida te dijese: «Una vez en el jardin, verás una lámpara encendida, permanece alli y aguárdame, porque tu amor me consume.»

Al oir aquellas palabras, la fuerza de la pasion me hizo prorumpir en llanto, y dije á mi prima:

—¡Cuántas veces me has prometido la felicidad! Todas tus esplicaciones me anuncian el triunfo, y sin embargo, mis deseos no se realizan.

Aziza me respondió sonriendo:

—Espera á que concluya el dia: cuando la noche traiga al mundo sus espesas sombras, se cumplirán tus votos.

Esto dicho se aproximó á mi y me consoló con dulces palabras, aunque sin ofrecerme de comer. Temia incomodarme, y su único afan era compla-

cerme. Pero yo no le hacía el menor caso; y repetia á cada instante:

—¡Oh! ¡Alá apresure la llegada de la noche!

Cuando llegó la hora, mi prima me dió un grano de almizcle diciéndome:

—¡Oh, primo mio! pon este grano de almizcle en tu boca, y despues que veas á tu amada y ella escuche tus votos, recítala estos versos:

Oye una voz doliente que te implora:
¿Qué hará el alma que la pasion devora?

Al decir esto, Aziza me abrazó haciéndome jurar que no recitaria aquellos versos á la desconocida hasta el momento de abandonarla.

Yo le respondí:

—Entiendo, y obedeceré.

Entrada la noche, fui al jardin; la puerta estaba abierta y entré, divisando al entrar una luz. Llegué á donde ardia, y vi una gran sala cubierta de un artesonado de marfil y ébano. La lámpara estaba suspendida en medio de la bóveda: debajo se divisaba una bugía ardiendo en un gran candelabro. Cubria el suelo un tapiz de seda bordado de oro y plata: al lado de un surtidor de agua habia una mesa servida y cubierta con un mantel de seda. Junto á la mesa, un jarro de porcelana lleno de vino y una copa de cristal incrustada en oro; el servicio de mesa era de plata, y los platos estaban cubiertos.

Al descubrirlos, encontré frutos de toda especie: higos, granadas, uvas, limones, naranjas y flo-

res diferentes como rosas, jazmines, mirto y narcisos. El aire estaba lleno de aquel perfume.

Notando que mi prima habia acertado en todo, se disipó mi tristeza y me sentia feliz; pero con gran sorpresa por mi parte, en aquella deliciosa estancia, no encontré ninguna criatura de Dios (cuyo nombre sea alabado) ni un esclavo siquiera. Parecia aquello cosa de encantamento.

Permaneci en el mismo sitio esperando á la bien amada de mi corazon: pasó una hora, pasaron dos, pasaron tres, y no vino nadie: estaba impaciente, aunque no inquieto, y miraba por todas partes prestando atento oido; todo permanecia inmóvil y silencioso. Entonces comencé á sentir hambre. Desde que estaba enamorado ni comia ni bebia: seguro ya del éxito me dejé tentar por aquella mesa servida espresamente para mi. Levanté el mantel de seda y ví un plato de porcelana, y en el plato dos pollos aderezados con especias: alrededor del plato habia cuatro bandejas. Una contenia dulces, otra helado de granadas, la tercera un pastel de almendras, y la cuarta bizcochos con miel. Probé uno de los bizcochos, luego un pedazo del pastel de almendras, despues tomé una cucharada de dulce seguida de una segunda y una tercera: por último, me comi un muslo del pollo, sin pensar que mi estómago, debilitado por el ayuno, no podria soportar aquel poco de alimento. Aun no habia concluido de lavarme las manos, me senti con la cabeza pesada, me eché sobre un cojin y me quedé dormido.

Ignoro cuantas horas permaneci en aquel esta-

do. ¡Hacía tanto tiempo que no dormia! pero cuando desperté el sol quemaba. No me costó poco trabajo volver en mí y coordinar mis ideas. La mesa, los tapices, todo habia desaparecido: estaba tendido en una sala con las paredes desnudas sobre un pavimento de mármol, y no sin gran asombro encontré sobre mi pecho un puñado de sal y algunos carbones. Me levanté, sacudí mis vestidos y miré á derecha é izquierda: estaba completamente solo. Triste, humillado y lleno de vergüenza, tomé el camino de mi casa.

Mi prima estaba allí golpeándose el seno, mientras sus lágrimas caian espesas como la gota de agua de una nube. Al verme se levantó, y con voz doliente me dijo:

—¡Oh! primo mio, Dios ha tenido misericordia de tí y eres amado de la que amas, mientras yo me deshago en llanto, porque no encuentro piedad á tus ojos; ¡pero que Dios no te castigue por mi causa.

Entonces sonrió como una mujer que sonrie para disimular un dolor vivo, me acarició, me quitó el caftan, y al tiempo de doblarle dijo:

—¡Por Alá, hé aquí un olor que no es ciertamente el de la alcoba de una dama! Qué te ha sucedido?

Yo le conté mi mala ventura.

Tornó á sonreir con el mismo aire de sufrimiento, y esclamó:

—En verdad que padezco al verte padecer: castigue Dios á la que asi te aflige. Esa mujer es exigente y caprichosa y comienzo á tener miedo por

tí. Al ponerte la sal sobre el pecho te dice la desconocida: «Te has embriagado de sueño, y me pareces insípido, mi alma te rechaza con desden. Tú no mereces el nombre de amante.» Tal es la pretension de esa mujer, pero su amor es mentira, si te quisiera te hubiera despertado. En cuanto al carbon significa: «Ojalá Dios te ennegrezca la cara por haber mentido, diciendo que sabias amar. No eres mas que un niño que solo piensa en comer, beber y dormir.» Hé aquí el sentido de las dos cosas. Quiera Alá (cuyo nombre sea alabado) librarte de esa criatura.

Al oir aquellas palabras comencé á golpearme el pecho esclamando:

—Por Alá, que lo que dices es cierto. Me he dormido y los enamorados no duermen: yo soy el culpable, yo que he hecho la tontería de comer y dormirme. ¿Qué partido tomar ahora?

Y rompí á llorar diciendo á mi prima:

—Aconséjame, ten piedad de mí y Dios la tendrá de tí. Si me abandonas soy hombre muerto.

Aziza que me amaba me respondió:

—Por mi cabeza y por mis ojos te aseguro, primo mio, que haré cuanto pueda por complacerte, y si Dios lo permite os reuniré á las dos. Escucha mi consejo. Cuando llegue la noche vuelve al jardin, entra en la sala, pero ten cuidado con el comer, porque la comida llama al sueño. Mantente, pues, despierto: ella no vendrá hasta pasada una gran parte de la noche. ¡Dios te guarde de la malicia de esa mujer!

Aquellas palabras me devolvieron el ánimo, pedí á Dios que apresurase las horas, y cuando acabó el dia me dispuse á salir. Mi prima me dijo.

—Si la encuentras, antes de abandonarla no olvides recitarla los versos que te he enseñado.

—Te lo prometo por mi cabeza y por mis ojos, le contesté y corrí al punto de la cita.

La sala estaba preparada como el dia anterior: fuente, flores, frutos, mesa servida, todo estaba en su sitio. Esperé largo tiempo: la noche avanzaba y empezaba á cansarme de mi soledad: la sangre me ardia en las venas y me devoraba la sed. Vi una carrafa de agua de arroz mezclada con miel y azafran y bebí un trago, al que siguieron otros. Al poco tiempo, no sabiendo en que entretenerme, comencé á probar los dulces y los pasteles, hasta que picando aqui y allá me entró hambre y comi de todo. La cabeza me pesaba y se me cerraban los ojos: me recliné sobre un cogin, pero diciendo con el propósito firme de cumplirlo. No me dormiré. Sin embargo, el sueño pudo mas que yo, y me quedé dormido.

Cuando desperté el sol se habia levantado. Por segunda vez me encontré tendido sobre el pavimento de una habitacion desamueblada, y ví sobre mi pecho una taba, un hueso de dátil y un grano de algarroba.

Me levanté y despues de arrojar aquellos miserables emblemas, corri á mi casa furioso. En el momento que ví á Aziza la llené de injurias hasta el punto de hacerla llorar, pero ella se aproximó á

mí sollozando, y me abrazó estrechándome contra su corazon. Yo la empujé lejos de mí maldiciendo mi estupidez y mi locura.

—¡Oh primo mio! esclamó, me parece que tambien te has dormido esta noche.

—Sí, respondí, y al despertar he encontrado una taba, un hueso de dátil y un grano de algarroba. ¿Qué quiere decir eso?

—Por mi cabeza y por mis ojos, respondió ella, la taba significa «que has ido allá como un niño que juega; tu corazon estaba en otra parte: así no se enamora: no eres un amante formal.» El hueso de dátil: »Si me hubieras amado como yo te amo, el amor arderia en tu alma como el dátil en el brasero, y no te dormirias.» Por último, el grano de algarroba es como si te dijese «todo ha acabado entre nosotros. Sufre esta separacion con la misma paciencia con que Job sufrió su miseria.»

Aquellas palabras atizaron el fuego que ardia en mi corazon, y esclamé:

—Dios habia dispuesto que me durmiese. ¡Oh! prima mia sino quieres verme morir, inventa alguna estratagema que me permita volverla á ver.

—Aziz, me respondió, el llanto ahoga mis palabras. Vuelve al jardin, y sino te duermes obtendrás el objeto de tus deseos. Este es mi consejo, que la paz sea contigo.

—Si Dios quiere no me dormiré y seguiré tus consejos.

Mi prima se levantó y me sirvió la comida, diciéndome:

—Come ahora para que á la noche no tengas hambre.

Le obedecí y cuando llegó la noche Aziza me trajo mis mas hermosos vestidos y me los puso recordándome los dos versos que debia recitar.

Al llegar al jardin lo encontré todo dispuesto de la misma manera y esperé como las noches anteriores. Para no dormirme sacudia la cabeza y me levantaba los párpados con los dedos, prometiéndome no comer. Pero la impaciencia y el deseo me secaron las fauces y tomé la carrafa del vino, diciendo: No beberé mas que un vaso.

Por desdicha el vino se me subió á la cabeza y y todo lo olvidé comiendo y bebiendo con ardor fébril.

Al décimo vaso caí como herido de un rayo.

Volví en mi acuerdo al despuntar el dia y me encontré en la calle: sobre el pecho me habian colocado una pesa de hierro y un cuchillo. El miedo se apoderó de mí y tomé aquellos dos objetos, apresurándome á volver á mi casa.

Apenas entré caí desvanecido á los piés de Aziza, y la pesa y el cuchillo se escaparon de mis manos. Cuando á fuerza de cuidados logró hacerme volver en mí, pregunté á mi prima que significaban aquellos amenazadores emblemas.

—La bola de hiero, me dijo, es la pupila negra de esa mujer y el cuchillo, quiere decir, que ha jurado por el Señor de todas las criaturas y por su ojo derecho, que si vuelves al jardin para dormirte en él, te dará muerte con ese puñal.

—¡Oh primo, mio! añadió, temo la malicia de esa mujer, mi corazon está lleno de inquietud y apenas puedo hablar. Si estás completamente seguro de no dormirte, vuelve al jardin y obtendrás lo que deseas pero sabe que si te duermes te degollará.

—¡Oh, prima mia! esclamé; ¿qué partido debo tomar? Sácame de esta afliccion. ¡En nombre de Dios te lo pido!

—Por mi cabeza y por mis ojos te juro que si sigues mis consejos verás realizada tu esperanza.

—Haré cuanto quieras esclamé.

Aziza me estrechó sobre su corazon, me hizo acostar sobre el divan y pasó suavemente sus manos sobre mis parpados fatigados hasta que me dormí. Despues tomó un abanico, se sentó á la cabecera del lecho y me estuvo abanicando hasta que llegó la noche. Me parece que la veo aun teniendo en sus manos el abanico: habia llorado tanto, que su túnica estaba empapada de lágrimas.

Apenas abrí los ojos disimuló la pena con una sonrisa y me trajo de comer. Yo no tenia ganas pero me dijo:

—¿No sabes que tienes que obedecerme?

Y por su mano me iba metiendo los pedazos de carne en la boca. Yo la dejaba hacer. Cuando concluí me sirvió una infusion de azufaifas y azúcar, me lavó las manos y me las enjugó perfumándome con agua de rosa. Nunca me habia sentido tan bien y tan ágil.

En el momento de salir me dijo:

—Primo mio, vela toda la noche, porque no vendrá hasta el rayar de la aurora. No olvides mi encargo, añadió deshaciéndose en lágrimas. Su amargo dolor me causaba pena y la pregunté qué encargo era aquel de que me hablaba.

—Cuando os separais, me dijo, repítele los versos que te hé recitado.

Corri al jardin con el corazon lleno de júbilo. No tuve sueño, y sin embargo, la noche me pareció eterna. Ya comenzaba á clarear el dia, cuando percibí un rumor. Era ella. La acompañaban diez hermosas esclavas, y brillaba en medio de su córte como la luna llena en medio de las estrellas. Su vestido era de raso verde bordado de oro.

Al verme se sonrió, esclamando:

—¿Cómo has podido resistir el sueño?

Ahora conozco que eres un amante formal, porque la pasion tiene á los enamorados toda la noche en vela.

Se volvió á las esclavas, les hizo una señal para que se retirasen, y dirigiéndose á mí me estrechó sobre su corazon deteniéndome á su lado hasta que fué completamente de dia.

Al momento de salir me dijo:

—Espera, quiero regalarte alguna cosa. Y sacó ese pañuelo en que están bordadas las dos gazelas, el cual me entregó, haciéndome prometer que volveria todas las noches. La abandoné loco de alegria.

Al llegar á casa me encontré á mi prima acostada en el divan, al verme se levantó y con los ojos

húmedos aun, me dió un abrazo y me preguntó:

—¿Has recitado los dos versos?

—No, le respondí, me he olvidado y este pañuelo tiene la culpa.

Aziza dió algunos pasos como el que recibe una herida de muerte y cayó á plomo sobre el divan, deshaciéndose en lágrimas.

—Oh, primo mio, esclamó al fin entre sollozos, dame ese pañuelo.

Se lo arrojé á los piés, lo desdobló y estuvo largo rato mirando las gacelas en silencio.

Por la noche me dijo:

—Vé y que Dios te proteja; pero cuando os separeis recítale esos versos que te he dicho y que olvidastes.

—Vuélvemelos á decir.

Aziza los repitió.

En la sala del jardin encontré á la sultana, la cual al verme se levantó, vino á mi encuentro y me dió un abrazo, haciéndome sentar á su lado para cenar juntos. Por la mañana le recité los dos versos de Aziza:

Oye una voz doliente que te implora;
¿Qué hará el alma que la pasion devora?

La sultana me miró fijamente, sus ojos se inundaron de lágrimas y dijo:

Debe callar y sufrir
Dando muestras de valor!

Satisfecho por haber cumplido lo que prometí á mi prima, volví á casa.

Aziza estaba en cama y á su cabecera velaba mi madre contemplándola tristemente: al aproximarme al divan me dijo mi madre:

—Maldicion sobre un pariente tan ingrato como tú. ¿Cómo has podido abandonar á tu prima enferma sin cuidarte de sus sufrimientos?

Al verme Aziza levantó la cabeza, se sentó trabajosamente sobre la cama y me preguntó:

—Aziz, ¿le has repetido los dos versos?

—Sí, le respondí, y al oirlos ha llorado, diciéndome otros dos versos que conservo en la memoria.

—Recítamelos, dijo Aziza.

Se los recité y cuando hube concluido esclamó sollozando:

¿Y si se siente morir?
¿Y si aumenta su dolor
Callar?

Aziza, añadió:

—Repítela esos cuando os separeis mañana.

—Oigo y obedezco, le respondí.

Volví al jardin como el dia anterior y recité al despedirme de la sultana los versos de mi prima.

La sultana me miró fijamente, sus ojos se llenaron de lágrimas y me dijo:

Mas vale morir.

A mi vuelta encontré á Aziza desmayada, velándola mi madre. El eco de mi voz la hizo volver en sí, abrió los ojos y me preguntó:

—¿Has recitado mis versos?

Cuando le repetí la contestacion de la sultana volvió á desmayarse, pero á poco recobrando los sentidos esclamó:

Moriré como me mandas
envidiosa de tu dicha,
pues me robas un tesoro
que amaba mas que la vida!

Por mi parte no falté á la cita del jardin. La sultana me esperaba y cenamos juntos. Por la mañana antes de partir, le recité los versos de mi prima. Al oirlos, prorumpió en llanto y con voz temblorosa me dijo:

—¡Por Alá, la que ha dicho esos versos ha muerto! Despues añadió sin dejar sus sollozos.

—¡Desgraciado de tí! la que ha dicho esos versos, ¿no era parienta tuya?

—Es hija de mi tio, le respondí.

—Mientes, replicó: si hubiera sido hija de tu tio la hubieras amado como ella te amaba á tí. Tú la has matado. ¡Permita Dios que mueras como ella muere! Por Alá que si me hubieras dicho que tenias una prima no te hubiera recibido en mi casa.

—Pues prima mia es, respondí, y ella me ha esplicado las señas que me has hecho dándome instrucciones sobre el modo de conducirme en esta cuestion. Gracias á ella he podido llegar hasta tí.

—¡Luego conocia nuestro amor!

—¡Sin duda! contesté.

—Quiera Alá que llores tu juventud como por tu culpa llora ella la suya. Sal al momento y vé á verla.

Salí en estremo turbado: al entrar en mi calle oi gemidos y lamentaciones. Pregunté qué sucedia y me respondieron que habian encontrado á Aziza tendida en el suelo muerta. Mi madre al verme esclamó:

—¡La muerte de esta niña pesa sobre ti! ¡Ojalá Dios no te perdone esa sangre inocente! Maldicion sobre un pariente tan desnaturalizado como tú.

Mi padre entró y preparamos el cuerpo para darle sepultura. Se celebró la ceremonia fúnebre, y enterramos á la pobre Aziza encargándome yo de mandar recitar el Koran entero sobre su tumba.

Permanecimos á su lado durante tres dias, pasados los cuales volví á casa afligido por la pérdida de mi prima.

Mi madre me dijo:

—¡Oh hijo mio! quisiera saber que has hecho para destrozarle el corazon. Yo le preguntaba sin cesar la causa de su sufrimiento, y nunca quiso confiármela. ¡Por Alá te conjuro me digas qué le has hecho para matarla!

—Yo nada le he hecho, respondí.

—Que Dios la vengue y te castigue, replicó mi madre. La pobre niña no ha querido decirme nada ocultándome la verdad hasta el último suspiro y guardando siempre su afecto hácia tí. Momentos antes de morir abrió los ojos por última vez y me dijo: «¡Oh mujer de mi tio! ojalá Dios no pida á tu hijo cuenta de mi sangre. Alá le perdone lo que me

ha hecho. Ahora que estoy resignada, que Dios me trasporte de este mundo perecedero á la eternidad.»

—Yo le contesté: «¡Oh hija mia! que Dios te conserve y conserve tu juventud.» Y le pregunté la causa de su enfermedad, pero no me contestó nada.

Algunos momentos despues se sonrió y me dijo: «¡Oh mujer de mi tio! si Aziz quiere volver al lugar que frecuenta, dile que antes de salir repita esta frase: «*La fidelidad es noble y la traicion baja:*» Le he servido durante mi vida y quiero serle útil despues de mi muerte.»

—Tu prima, continuó mi madre, me ha dejado una cosa para tí, pero haciéndome jurar que no te la entregaria hasta que llorases y sintieses su muerte de veras. Cuando asi suceda te confiaré su último recuerdo.

—Enséñamela, dije á mi madre; pero mi madre se negó.

A pesar de la muerte de Aziza, yo no pensaba mas que en mis amores: estaba como loco y hubiera querido pasar las noches y los dias al lado de mi adorada. Apenas llegó la noche, corrí al jardin y encontré á la sultana á quien devoraba la impaciencia.

—Ha muerto! le dije; hemos cumplido los ritos y hecho recitar el Koran. Cuatro noches han pasado desde que murió y esta es la quinta.

—No te dije que la matarias, esclamó sollozando. Si me hubieras hablado antes le hubiera dado un testimonio de mi agradecimiento por su bondad,

pues sin ella nunca hubieras llegado hasta mí. Temo que esta muerte atraiga alguna desgracia sobre tu cabeza.

—No, dije; me ha perdonado antes de morir.

Y le conté lo que mi madre me habia dicho, oido lo cual esclamó:

—Por Alá te conjuro le pidas á tu madre ese depósito.

—Tambien, continué, me ha confiado mi madre que mi prima le encargó me dijese: «Si tu hijo quiere volver al lugar que frecuenta, prevenle que antes de salir repita esta frase: *La felicidad es noble y la traicion baja.*

Oyendo aquellas palabras esclamó la sultana:

—Que Dios (cuyo nombre sea alabado), tenga piedad de ella que te salva de mis manos. Me iba á vengar en tí; pero al presente no quiero ya tocarte ni hacerte mal alguno.

Asombrado de oir aquellas frases dije á la sultana.

—¿De qué venganza estás hablando? ¿No nos une un mútuo amor?

—Tú me quieres, respondió ella, pero eres jóven, no conoces la mentira y no sabes cuánta malicia y perfidia encierra el corazon de una mujer. Si Aziza viviera aun, te ayudaria á conocerlo como te ha salvado de la muerte.

De aquí en adelante, añadió, te prohibo que hables á mujer alguna jóven ó vieja. Ten mucho cuidado porque no sabes nada de las astucias de las mujeres: la que te lo esplicaba todo ha muerto, y si

caes en una red nadie vendrá ya á sacarte de ella.

¡Oh, y cómo siento á la hija de tu tio! Que Dios (cuyo nombre sea alabado) tenga piedad de su alma. Ella guardó su secreto, ocultó lo que sufria, y por su mediacion llegaste hasta mí.

Ahora tengo que pedirte un favor. Llévame á donde reposa, quiero visitar su tumba y escribir algunos versos sobre la piedra.

—Mañana, le dije, te llevaré si es voluntad de Dios (cuyo nombre sea alabado).

A la siguiente mañana tomó una bolsa que contenia monedas de oro y me dijo:

—Vamos á visitar la tumba, quiero escribir versos en ella, levantar una cúpula, rezar por el alma de tu prima y hacer limosna á su nombre.

Oigo y obedezco, respondí.

Emprendimos la marcha, yo delante y ella detrás: durante el camino se detenia para dar limosnas diciendo:

—Esta limosna es por el alma de Aziza, que guardó su secreto hasta beber la copa de la muerte, espirando sin revelar su amor.

De este modo agotó el bolsillo en limosnas, repitiendo á cada una de ellas: «Por el alma de Aziza.»

Cuando llegamos al sitio en que reposaba, prorumpió en llanto y se arrojó sobre la tumba: despues sacó una punta de acero y sobre la piedra de la tumba grabó por su mano y en pequeños caractéres los versos que siguen:

¡Vi aquel jardin desierto
donde crecen las zarzas!
¡Vi aquellas flores, que no riega nadie,
caer sobre la tumba deshojadas!
Me aproximé á la piedra
vi la inscripcion borrada,
y pregunté á los árboles y al viento:
—¿Quién duerme en esta tumba solitaria?
Me respondió la brisa
agitando las ramas:
—«Reposa aquí la que murió en silencio
de un ignorado amor víctima santa.
¿Qué importan al dichoso
amarguras estrañas?
¿Qué importan á los vivos los que mueren
y sus secretos en la tierra guardan?
—¡Abandonadas flores!
esclamé, ¡pobre alma!
¡Aunque os olviden todos, cuando menos
yo rezaré y os regaré con lágrimas! (1)

Cuando acabó su trabajo lloró de nuevo, se levantó y partió. Volví al jardin con ella y me dijo:

—Te conjuro por Alá que no me olvides.

Yo le respondí:

—Oigo y obedezco.

Todas las noches iba en busca de mi amada que

(1) Traduccion libre y directa de D. F. de T.

me recibia siempre con bondad haciéndome repetir á menudo la frase que Aziza habia dicho á mi madre. Dichoso al conocer que era amado sin inquietudes ni disgustos, gozaba de aquella vida deliciosa y me ponia colorado y grueso sin pensar para nada en mi prima.

Así pasé un año embriagado de placeres. Un dia de fiesta que me habia puesto mis mejores vestidos, entré en el baño de donde salí mas feliz y mas alegre que nunca. Habia bebido un poco de vino de Shiraz y sentia el corazon contento. El perfume de mis vestidos me embriagaba, mientras decía para mis adentros:

—¿Habrá otro hombre mas dichoso que yo en el mundo?

Al dirigirme á casa de mi amante, equivoqué la calle: el vino de Shiraz se me habia subido un poco á la cabeza y me hizo perder el rumbo. Cuando trataba de orientarme se acercó á mi una vieja que traia en las manos una luz y una carta.

—Hijo mio, me dijo en tono lastimero, ¿sabes leer?

—Si sé, le respondí.

—Pues toma esta carta y léemela.

Tomé la carta, la abrí y la leí. Era de un ausente que enviaba á su familia noticias de su salud. La vieja se alegró mucho al conocer el contenido de la carta, y esclamó en forma de oracion:

—Hijo mio, que Dios disipe tus aflicciones como has disipado las mias.

Tomó la carta y se alejó, pero volvió al poco ra-

to y me dijo despues de besarme la mano:

—Oh, mi señor! asi Dios (cuyo nombre sea alabado) te permita gozar de tu juventud. Te ruego que vengas conmigo hasta aquella puerta; les he dicho el contenido de la carta, pero no quieren creerme: hazme el favor de venir, les leerás la carta desde el dintel y yo rezaré por tu salud.

—¿De quién es la carta? pregunté.

—Querido señor, me respondió la vieja, es de un hijo que salió hace diez años de la ciudad con unas mercancías y no hemos vuelto á saber de él hasta ahora. Pero mi hijo tiene una hermana que durante esos diez años le ha llorado dia y noche, y no quiere creer que esta carta es suya, diciéndome:

—Trae á alguno que me lea esa carta á fin de que mi corazon se alivie y se tranquilice mi espiritu. Hazme ese favor y obtendrás la recompensa prometida por el apóstol de Dios (á quien Dios favorezca y exalte) cuando dice: «Al que ahuyenta del espíritu de una persona afligida una de las inquietudes de este mundo, Dios le recompensa ahuyentando de su espíritu una de las inquietudes del mundo futuro.»

Y aquella otra tradicion que nos dice: «Al que ahuyenta del espíritu de su hermano una de las inquietudes de este mundo, Dios le recompensa ahuyentando de su espíritu setenta y dos inquietudes el dia de la resurreccion.»

Ahora hijo mio, no hagas vana mi esperanza.

Yo respondí:

—Anda que te sigo.

Pasó delante de mi y me condujo á una gran puerta forrada de cobre á la cual despues de haber dicho algunas palabras en persa, llegó una jóven con paso ligero y gracioso. Estaba vestida como una mujer que se ocupa en el arreglo de la casa. Tenia los calzones remangados hasta la rodilla, dejando ver dos piernas que solo podian compararse con dos columnas de alabastro. En los tobillos llevaba dos ajorcas de oro con piedras incrustadas y sus mangas levantadas tambien hasta el codo, dejaban ver sus magníficos brazos realzados por brazaletes de gran valor. Los pendientes eran de perlas, el collar de diamantes y sobre la cabeza lucia un adorno estraño todo cuajado de rubíes Estaba encantadora.

Al verme dijo con voz cuya dulzura no puede ponderarse.

—¿Es esta la persona que va á leer la carta?

Y oyendo la respuesta de la vieja, me alargó el papel.

Como estaba á alguna distancia de la puerta, alargué el brazo para coger la carta, y mi cabeza y mis espaldas traspasaron el dintel. Ya tenia la carta en la mano, cuando de improviso y sin darme tiempo á evitarlo, la vieja topó con la cabeza en mis espaldas á la manera de los carneros, me empujó dentro del vestíbulo, y con la rapidez del relámpago cerró la puerta tras nosotros.

Aun no habia vuelto de mi sorpresa, cuando la jóven se aproximó á mí estrechándome sobre su corazon. Despues me tomó la mano y á pesar de mi

resistencia me obligó á seguirla, en tanto que la vieja nos precedia alumbrando el camino. Atravesamos siete vestíbulos y llegamos á un salon tan grande que podia jugarse en él á la pelota. Los muros eran de alabastro y los muebles y hasta los cojines, de brocado. Habia dos bancos de bronce y un sofá guarnecido de perlas y esmeraldas. Parecia el palacio de un rey.

Cuando llegamos allí, la jóven me dijo:

—¿Qué prefieres, la vida ó la muerte?

—La vida, me apresuré á contestar.

—Pues bien, si no quieres morir, cásate conmigo.

—De ningun modo, esclamé, no quiero casarme con una mujer como tú.

—Aziz, repuso ella, si te casas conmigo no tendrás que temer las asechanzas de la hija de la astuta Dalila.

—Quién es la hija de la astuta Dalila? le dije.

La jóven comenzó á reir esclamando:

—¡Con qué tú no la conoces, tú que hace un año y cuatro meses que la ves todos los dias! Que Dios (cuyo nombre sea alabado) la confunda. No hay mujer mas pérfida. ¡Cuánta gente ha matado! ¡Qué cosas no ha hecho! ¿Cómo has podido escapar á su furor?

—¿Pero tú la conoces? pregunté lleno de asombro.

—¿Que si la conozco? respondió, como la vejez conoce sus propias miserias. Cuéntame todo lo que ha pasado entre vosotros, quiero saber á qué debes tu salvacion.

Entonces le referí mi historia y la de mi prima Aziza.

Mas de una vez esclamó oyéndome:

—¡Que Dios tenga piedad de ella! Cuando llegué á relatar la muerte de Aziza, lloró retorciéndose las manos diciendo:

—Aziz, dá gracias á Dios; tu prima te ha protegido contra la hija de la astuta Dalila, sin ella podias contarte entre los muertos.

Acabada la conversacion dió una palmada y llamó á la vieja.

—Madre, le dijo, haz entrar á los que están contigo.

La vieja salió para volver acompañada de cuatro testigos. Encendió cuatro antorchas, los testigos se sentaron despues de saludarme, y la jóven se cubrió con un velo, encargando á uno de los circunstantes que la representase en el contrato. Se redactó el acta y Fatma (entonces supe el nombre de aquella mujer) declaró que habia recibido adelantado su dote y que me era deudora de diez mil monedas de plata. Despues dió á los testigos sus honorarios y los despidió.

Al dia siguiente quise salir pero ella se aproximó á mí y con tono risueño me dijo:

—¿Crees tú que se sale de la prision con la facilidad que se entra? ¿Piensas que me parezco á la hija de la astuta Dalila? Pues arroja esa idea de tu imaginacion. Eres mi marido, segun el Koran y el Sonnah: si te has embriagado tiempo es de que recobres el juicio. Esta casa no se abre mas que una

vez al año, si no lo crees ve á la puerta de la calle y desengáñate por tus ojos.

—Era verdad, la puerta estaba cerrada y clavada.

—No te inquietes por eso, me dijo mi mujer, tenemos provisiones para muchos años: harina, arroz, frutas, granadas, azúcar, carne y aves: pero convéncete de que no saldrás de aquí hasta que pase un año.

—Solo en Dios reside el poder y la fuerza, dije.

Ella se echó á reir, yo hice lo mismo y me resigné á hacer lo que mi mujer quisiera quedándome á su lado un año justo.

El dia señalado se abrió la puerta, ví entrar á algunos hombres cargados de pasteles, harina y azúcar: quise salir, pero mi mujer me dijo:

—Espera que llegue la noche, saldrás á la hora que entrastes.

Esperé y Fatma me dijo al marcharme.

—Por Alá que no te dejaré salir si no me juras primero que volverás esta noche antes que se cierre la puerta.

Le prometí volver á la hora indicada y me obligó á prestar los tres juramentos irrevocables: por la espada, por el Koran y por el divorcio.

Una vez en libertad, á dónde habia de dirigirme sino al jardin? Encontré la puerta abierta pareciéndome aquello un mal indicio.

—¡Qué! decia entre mi, hace un año que no vengo á este sitio y cuando vuelvo sin ser esperado me encuentro la puerta abierta como si hubiera salido

ayer. ¿Es posible que la sultana esté ahi todavía? Voy á asegurarme.

La noche habia llegado, entré en la sala y encontré en ella á la hija de la astuta Dalila. Estaba sentada en el suelo con la cabeza apoyada en una mano y su intensa palidez hacia resaltar la oscuridad de sus ojos. Al verme esclamó:

—Gracias sean dadas á Dios que te ha salvado.»

Trató de levantarse pero su emocion era tan fuerte que volvió á caer sobre los cojines. Yo me adelanté, confuso, con la frente baja y avergonzado de mí mismo: la abracé y le dije:

—¡Por dónde sabias que vendria esta noche?

—No sabia nada, respondió. Por Alá, hace un sño que he perdido el sueño. Desde el dia que me abandonastes prometiéndome volver al siguiente, he venido aquí todas la noches á esperar tu vuelta: ¡tan absurdas esperanzas engendra el amor! ¿Y á tí quién te ha detenido? ¿Dime por qué hace un año que no te veo?

Le referí mi historia. Al saber mi casamiento palideció.

—He venido esta noche, le dije, pero tengo que dejarte antes que llegue el dia.

—¡Cómo! esclamó, no le basta á esa mujer haberte tenido prisionero durante un año, despues de hacerte su esposo por sorpresa, sino que no ha de dejarte siquiera un dia con tu madre ó conmigo? ¿No ha pensado en lo que habrá sentido durante esa larga separacion, la que te poseia antes que ella? ¡Que Alá tenga piedad de Aziza! La infeliz sufrió lo

que nadie ha sufrido, soportando lo que no ha soportado nadie. Tu ingratitud la mató y ella te ha salvado de mí. Cuando te dejé la libertad imaginé que volverias, ¿si no, quién me hubiera impedido aprisionarte y darte la muerte?

Dichas estas palabras prorumpió en amargo llanto; luego pasando de repente del dolor á la cólera, fijó sobre mí sus airados ojos.

Estaba tan terrible, que tuve miedo y comencé á mirar á mi alrededor.

La sultana llamó, y á su mandato, diez de sus mujeres se arrojaron sobre mí y me derribaron en el suelo. Cuando me vió sujeto, se levantó, tomó un cuchillo y dijo:

—Voy á matarte como se mata una cabra: esa será tu recompensa por lo que has hecho á tu prima.

Conocí que estaba perdido é imploré su piedad, pero mis súplicas solo consiguieron aumentar su furor. Hizo que sus esclavas me atasen las manos á las espaldas. Ya atado, les mandó que me maltratasen, y aquellas mujeres, me comenzaron á golpear con tal furia, que perdí el conocimiento. Al volver en mí esclamé:

—En verdad que la muerte es menos dura que este suplicio.

Y recordaba las palabras de mi prima «Dios te preserve de la malicia de esa mujer,» mientras el llanto me echaba un nudo al cuello.

Mientras tanto la hija de Dalila, afilaba su cuchillo, diciendo á las mujeres:

—Descubridle la garganta.

Cumpliendo esta órden, dos de ellas se sentaron sobre mis rodillas, otras dos, me sujetaron lo pies, y una negra me cogió la cabeza, ladeándola un poco. En aquel momento, Dios me inspiró y repetí la frase que me habia dicho mi prima:

—*La fidelidad es noble y la traicion baja.*

Apenas pronuncié estas palabras, la sultana se detuvo y esclamó:

—Que Alá tenga piedad de ti, Aziza. Has protegido á tu primo durante tu vida y despues de tu muerte. Luego continuó dirigiéndose á mí:

—Por Alá, esas palabras te han librado de mi venganza; pero guardarás la huella de mi resentimiento.

—Y aproximándose, me hizo una cruel herida: la sangre corrió y me desmayé.

Cuando volví en mí, estaba vendado, me dieron un poco de vino, y la sultana me empujó con la punta del pié.

Me levanté como pude, salí con gran trabajo del jardin, logrando arrastrarme hasta la casa de mi mujer. La puerta estaba abierta y me arrojé al suelo en el vestíbulo. Fatma me ayudó á entrar, yo estaba delirante y ni sé lo que hice: cuando pude darme razon de mi persona me encontré en la calle á la puerta del jardin de Fatma. Tambien ella me habia arrojado de su casa y de su corazon.

No me quedaba mas que mi madre y tomé el camino de la casa paterna. Encontré á mi madre llorando y diciendo:

—¡Oh! ¿hijo mio, no podré saber donde te encuentras?

Me arrojé en sus brazos, me estrechó en ellos con toda su alma, y me dijo:

—¿Estás enfermo?

Tenia la cara amarilla y negra de los golpes que habia recibido; pero en aquel momento, lo que mas me hacia sufrir era el recuerdo de mi prima. ¡Habia sido tan buena para mí! ¡Me habia amado tanto!

Lloré amargamente, mi madre, acompañándome en el llanto me dijo:

—Tu padre ha muerto.

Esta noticia aumentó mi desesperacion, y lloré con mayor amargura. En toda la noche no cesé de gemir contemplando el sitio en que se sentaba mi prima. Mi madre volvió á decirme:

—¡Hace diez dias que tu padre ha muerto!

—¡Oh madre mia! le respondí, perdóname, pero en este momento no tengo lágrimas mas que para mi prima. He merecido lo que me sucede desdeñando á la que tanto me amaba.

Fué preciso pensar en mi herida. Gracias á los cuidados de mi madre, pronto estuve restablecido. Viéndome ya bueno, me dijo un dia:

—Hijo mio, ha llegado la hora de entregarte el depósito que me confió tu prima. Me hizo jurar que no te lo daria hasta que dejases de pensar en otras y la sintieses y la llorases á ella. Creo que ha llegado ese momento.

Abrió un cofre y sacó el pañuelo en que están

bordadas las gacelas. Era el pañuelo que yo le habia dado. Habia bordado en una de sus puntas algunos versos, quejándose de amar sin esperanza. Con el pañuelo habia una carta que contenia consuelos y consejos para mi.

Leyendo aquel último adios de Aziza, sentí que se me partia el corazon. Mi madre lloraba conmigo. Yo no podia apartar mis ojos de aquella carta y de aquel pañuelo que me traian á la memoria cuanto habia perdido.

Hacia cerca de un año que me consumia el dolor, cuando se dispuso á salir de la ciudad una numerosa caravana.

—Sal con ella, me dijo mi madre, acaso se mitigue tu dolor con los viajes.

Siguiendo su consejo, vine aquí con la caravana, pero el remedio ha sido inútil. Cada vez es mas grande mi dolor y no dejo de pensar un instante en aquella á quien mató mi crueldad, en la que tanto bien me hizo, y á quien pagué con tanto mal.

Esta es mi historia, señor; que la paz sea contigo.

Taj-el-Moluk era jóven y estaba enamorado: la historia de Aziz halló eco profundo en su corazon.

—Hermano, esclamó abrazando al mercader, de hoy mas no nos separaremos nunca.

—Yo, señor, respondió Aziz, quisiera morir á tus pies; pero me acuerdo de mi madre,

—Hermano mio, insistió el príncipe, tú tienes esperiencia de las cosas de la vida y tengo necesidad de tus consejos. Ayúdame á conquistar á mi ama-

da, y cuando mis votos estén cumplidos, todo irá bien para tí.

Con este motivo entró Aziz á formar parte de la comitiva del príncipe Taj-el-Moluk partiendo con él á las Islas del alcanfor en seguimiento de la princesa Dunia.



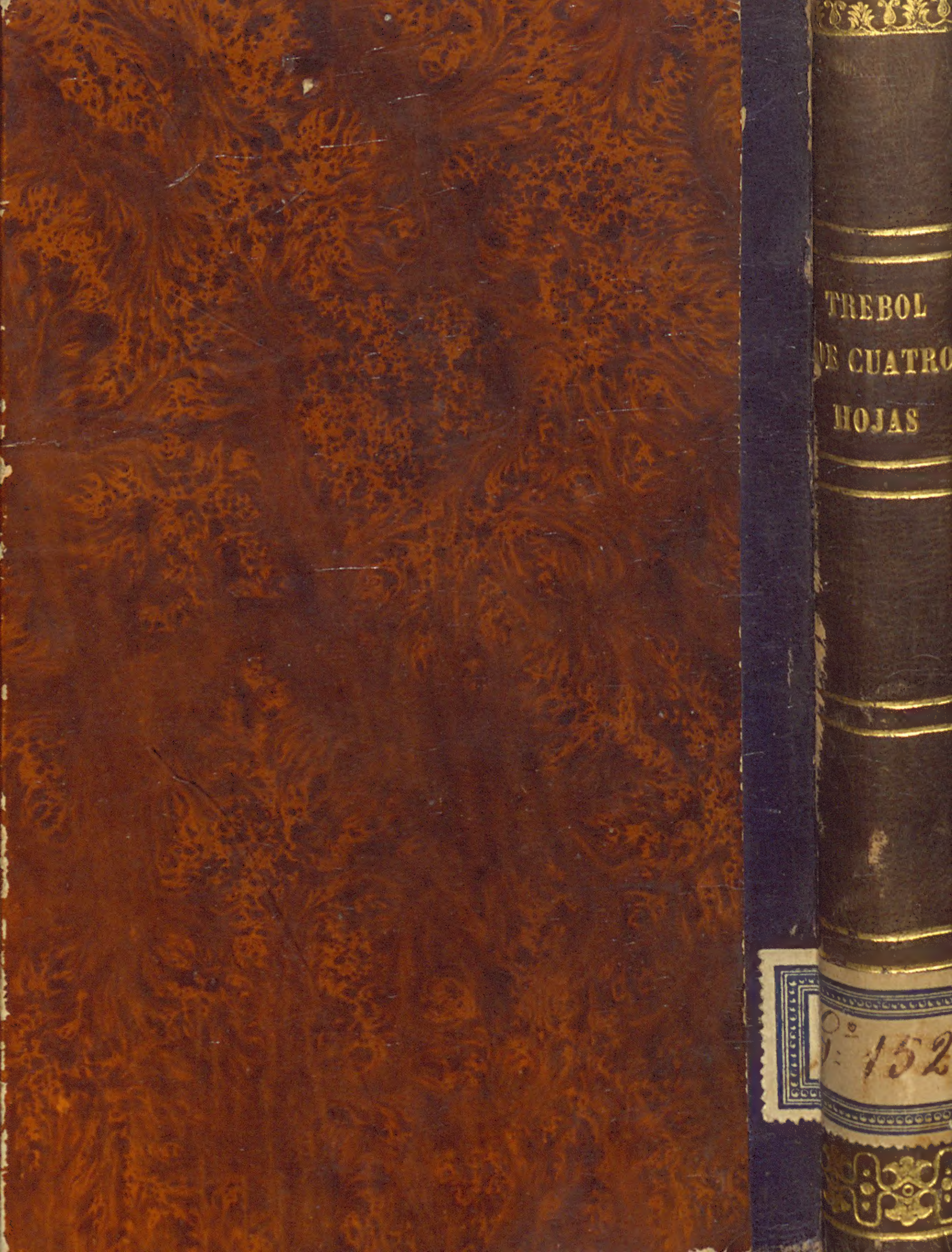
FIN.

ÍNDICE.

AZIZ Y AZIZA.

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES.




TREBOL
DE CUATRO
HOJAS
152


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm